

SARAH WALL

ebook

El efecto
Tulipán
y otros L síndromes

Ediciones JavIsa23

D.J.57

Sarah Wall

El efecto tulipán y otros síndromes

**Ganadora del I Concurso
de Novela Corta EyL.
Categoría Romántica.**



Ediciones JavIsa23

Índice

[El efecto tulipán y otros síndromes](#)

[Sinopsis](#)

[Agradecimientos](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1: Encuentros en la noche](#)

[Capítulo 2: En la redacción](#)

[Capítulo 3: Citas exprés](#)

[Capítulo 4: Conociendo a Johan](#)

[Capítulo 5: Cambios en la redacción](#)

[Capítulo 6: Mi nuevo horizonte laboral](#)

[Capítulo 7: Una situación extraña](#)

[Capítulo 8: Viernes](#)

[Capítulo 9: Sábado bizarro](#)

[Capítulo 10: ¿Por qué es tan rematadamente atractivo?](#)

[Capítulo 11: Mi primer reto](#)

[Capítulo 12: Una situación embarazosa](#)

[Capítulo 13: Una situación embarazosa II](#)

[Capítulo 14: Los "misterios" de Johan](#)

[Capítulo 15: Julia ¡dónde te has metido!](#)

[Capítulo 16: Bajo los influjos del "Efecto tulipán"](#)

[Capítulo 17: Primera noche en Bali](#)

[Capítulo 18: Bali, mucho más que un destino turístico](#)

[Capítulo 19: De vuelta a la rutina](#)

[Capítulo 20: Tenerte frente a mí y no poderte besar: asunto difícil](#)

[Capítulo 21: Siguiendo mis rutinas](#)

[Capítulo 22: Lola: emergencia nacional](#)

[Capítulo 23: La inauguración](#)

[Capítulo 24: Los secretitos de Silvia](#)

[Capítulo 25: ¿Pero qué pasa?](#)

[Capítulo 26: Tres meses después](#)

[Capítulo 27: En casa de los Van der Heer](#)

[Capítulo 28: Empezar de nuevo](#)

[Capítulo 29: Johan: mi vida en el infierno](#)

[Capítulo 30: Madrid](#)

[Capítulo 31: Lola](#)

[Capítulo 32: Iker y Johan](#)

[Capítulo 33: Corazón carbonizado](#)

[Capítulo 34: Silvia y su gran noticia](#)

[Capítulo 35: La despedida](#)

[Capítulo 36: Todo o nada](#)

[Capítulo 37: De nuevo en sus brazos](#)

[Capítulo 38: Donde quiera que tú me lleves](#)

[Sarah Wall \(biografía\)](#)

[Esperamos que haya disfrutado con la lectura](#)

Sinopsis

Julia Martos es periodista y, aunque su trabajo en la discreta sección de cultura de un periódico de tirada nacional no le disgusta, desea más. Lo dejó con su novio y ahora sólo le apetece salir con sus locuelas e inseparables amigas, Lola y Silvia. Por fin coincidirán las tres solteras tras mucho tiempo y quieren pasarlo lo mejor posible, sin chicos de por medio. Tras la experiencia con Sergio no quiere saber nada del amor... ¿o eso quiere pensar? Pero ¿qué pasaría si por azares del destino se cruzara en el camino el chico de tus sueños sin buscarlo? ¿Y si además esa persona no es a priori la adecuada? ¿Cerrarías las puertas? ¿Arriesgarías? Julia caerá rendida al Efecto Tulipán y sus amigas se someterán al influjo de otros síndromes. Descubre esta bella historia de amor y también de amistad y superación.

Título: El efecto tulipán y otros síndromes

© del texto: Sarah Wall

www.sarahwall.es

© diseño de la portada: Xavier Guiamet

© de esta edición: Ediciones JavIsa23

www.edicionesjavisa23.com

E-mail. info@edicionesjavisa23.com

Tel. 964454451

Primera edición en ebook: agosto de 2019

ISBN: 978-84-16887-84-2

© de la edición original en papel: Ediciones JavIsa23, 2019

ISBN de la edición en papel: 978-84-16887-74-3

Conversión en ebook: NOA ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, según las leyes establecidas en esta materia, la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquiera de sus formas, gráfica o audiovisual, sin el permiso previo y por escrito de los propietarios del copyright, salvo citaciones en revistas, diarios, libros, Internet, radio y/o televisión, siempre que se haga constar su procedencia y autor.

Agradecimientos

A Lourdes Tello y Catalina Molina; a Isabel Edrielle, Irene Sánchez y Klara Delgado por hacer de EyL una página dinámica, donde los escritores junto con los lectores formamos una perfecta comunión; donde los retos semanales nos hacen crecer y aprendemos los unos de los otros. Siento admiración y un profundo respeto por todos mis compañeros. Un beso también para todos los integrantes.

Como no, a JavIsa23 y el comité que eligió esta novela como ganadora, muchísimas gracias.

A Laura Tost, Carolina Borrallo y Cristina del Moral que son mis lectoras beta.

Y como siempre, a los míos: mi familia. Sin ellos no soy nada. Os amo desde lo más profundo de mi corazón.

«Muere lentamente quien evita una pasión y su remolino de emociones, justamente éstas que regresan el brillo a los ojos y restauran los corazones destrozados».

(Pablo Neruda)

Prólogo

Vivimos en un mundo que avanza de manera fugaz viéndose influenciado por las nuevas tendencias y las redes sociales. En el caso de la literatura su impacto no es menor ni diferente, evoluciona cada día, acercando no solo los libros a los lectores, sino también a sus escritores.

Hace no tanto tiempo teníamos que esperar a que llegasen ferias, firmas de libros o presentaciones para conseguir llegar y conocer a nuestros autores preferidos, a esos seres capaces de plasmar sus sueños en letras logrando con su magia hacernos navegar en sus ensueños. Esperábamos horas sin importarnos el frío o el calor para lograr de ellos una sonrisa, una foto o una dedicatoria.

Lo que muchos lectores no saben es el placer inmenso que siente el escritor con cada dedicatoria que posa en un libro, con cada reconocimiento o reseña que recoge tras ser leído, esos instantes de euforia que siente el autor, al sentirse valorado y querido solo por sus letras, es indescriptible.

Hoy el tiempo y la tecnología han permitido que tanto lectores como escritores estén conectados y puedan comunicarse bien sea en Twitter, Facebook, Instagram o cualquier otra red social de forma rápida y directa.

Pero algo más maravilloso que esto último, si cabe, al menos para mí, es que escritores que comienzan su carrera literaria, sin apoyo ni recursos, tengan la oportunidad de ser apreciados, puesto que tras esa línea invisible que es Internet, ocultos tras sus avatares y en algunos casos seudónimos, se esconden grandes talentos por descubrir.

Es uno de estos casos el que me condujo a conocer, hace dos años, a Sarah Wall. Descubrí a la autora en un grupo de Facebook, Escritores y Lectores. Un grupo que, con la práctica de talleres literarios, trata de explorar y explotar el genio de cada uno de los integrantes, incitándolos a salir de su

lugar de confort y superarse.

Desde el primer momento, Sarah destacó en estos talleres, demostrando su valía al quedar en muchas ocasiones en los puestos finalistas de las diversas propuestas literarias, llevándole a participar en una antología y a ganar este premio de novela corta.

El poder conocerla a través de los pequeños escritos, me llevó a querer saber de ella como escritora y a embarcarme en sus novelas, obras que no puedo dejar de recomendar por su gran calidad, cotidianidad y cercanía.

Ella consigue que uno se sumerja en la lectura de sus historias, deseando desentrañar y devorar el final de cada capítulo. Una autora polifacética capaz de narrar una bonita y tierna relación sentimental, así como de cambiar su estilo, dando un giro de tuerca a su ya buena narrativa, para desarrollar una desgarradora trama en Camboya.

Para mí supone un inestimable honor que tras haber leído la novela ganadora del I concurso de novela romántica de EyL, apoyado por la editorial JavIsa23, Sarah Wall me permitiera escribir su prólogo, puesto que considero que se trata de una escritora destinada a estar en los mejores puestos del género romántico.

Debo añadir que, El efecto tulipán y otros síndromes, es una brillante y divertida novela romántica que hará las delicias del lector. Un gran trabajo en el que la autora nos narra la vida de Julia Martos, una periodista cuya vida va a sufrir un gran giro tras recibir una oferta de una prestigiosa revista de viajes. Allí se reencontrará con Johan, un atractivo holandés por el que se siente totalmente atraída. El trabajo los conducirá a viajar a Asia, donde deberán hacerse pasar por turistas para cumplir su objetivo y se verán tentados a comenzar una intensa relación, de la que no saben si podrán escapar.

Lourdes Tello.

Madrid a 25 de febrero 2019.

Capítulo 1

Encuentros en la noche

En el local *Atraction* a las doce de la noche no había demasiado movimiento ese día, tan sólo el típico salseo de siempre: el casado que sale a pillar; el soltero horrible que nadie quiere tocar ni con un palo; los amigotes que van de despedida y se dejan caer por ahí en su clásica ronda de bares, que justo acaba de comenzar. Para ser sincera, no esperaba nada fuera de lo común, pero es que mis amigas de un tiempo a esta parte son muy pesadas a lo que a salir se refiere: Sagrado. Cada viernes. Llueva o nieve. Aunque se caiga el mundo.

—Aquí no hay nada que rascar —dijo Lola decepcionada—, no hay «material clasificado como altamente sensible».

Me reí una vez más con las ocurrencias de Lola. Está como una cabra y, pese a que pronto cumplirá treinta y tres no madura ni a tiros.

—¡Mujer! —respondí—, tampoco hemos venido especialmente a ligar... De momento al menos hay buena música y estamos pasando un buen rato.

—Eso es verdad, Julia —intervino Silvia, mi otra inseparable—, aunque podríamos alegrarnos la vista un rato ¿no? ¿Todavía es lícito divertirse visualmente?

Salimos juntas desde hace mil... ya ni me acuerdo y, por fin coincidíamos las tres a la vez solteras y sin pareja, por lo que decidimos aprovechar, cuántos más ratos mejor para pasarlo en grande.

Llevábamos dos gin-tonics cada una cuando, de repente, llegaron unos guiris un poco despistados. Eran tres y, para qué negarlo, realmente atractivos. Tal cual entraban por la puerta del local el más alto y yo nos clavamos las miradas. Nos atrajimos sin darnos cuenta, irremediablemente. Se sentaron en las mesas que había junto a nosotras.

Esa noche me atreví a llevar un vestido rojo bastante escotado y a él se le fueron sus preciosos ojos grises justo ahí.

«¡Qué directo! —pensé—. Me gusta su osadía...»

Él llevaba un polo azul con unos tejanos rotos que le hacían un culo increíble; tampoco pude apartar mis ojos de ese punto de su anatomía. No disimulé tampoco. Mis pestañas se clavaron en su retaguardia antes de que la señal la autorizara mi cerebro.

—Apuesto a que son suecos —soltó Lola—. No me importaría comerme uno en este momento...

Ellos estaban demasiado cerca; yo no perdí el contacto visual con el chico del trasero sexy. Él seguía mirándome sin disimulo, que una no es tonta y lo nota, aunque sus amigos y mis amigas no habían conectado en ningún momento. Iban a su rollo y ni siquiera notaron nuestro juegucito, que ya se iba alargando.

—¡Chicas, voy al baño! —informé—. Vuelvo en dos minutos.

Mis amigas, que estaban cotorreando entre ellas como locas, apenas se dieron cuenta de que me había levantado de la mesa y me había ido. El atractivo desconocido hizo lo mismo y vino tras de mí.

Al salir del baño me acorraló.

—Me llamo Johan, de Ámsterdam ¿y tú?

—Julia... y no soy de Ámsterdam —guiñé un ojo intentando parecer graciosa, lo cual no se me daba nada bien.

Me dio tres besos: como es holandés los ósculos los reparten a tutiplén. Me podría haber dado todos los que quisiera, tampoco me hubiera importado.

—¿No te aburres aquí? —preguntó en un casi perfecto castellano, adornado con un sugerente acento extranjero.

—Pues la verdad, ¡hoy esto es un coñazo! Está muerto —contesté.

—¿Te apetece un plan más divertido? —sugirió con una diabólica sonrisa en sus labios que le hacía parecer aún más seductor.

Nunca me habían entrado tan directamente y, de haber sido otro tipo, le hubiera soltado un bofetón que lo pongo fino, sin embargo, Johan tenía un imán.

Ni siquiera esperó mi respuesta: cogió mi mano y tiró de ella con fuerza acercándose a su pecho.

Mi cabeza quedó a la altura de su cuello y pude percibir lo bien que olía... y a mí me encantan los hombres que usan colonias caras.

—¿Te pongo nerviosa, Julia?

Yo aún estaba extasiada con su aroma.

—La verdad... un poco sí.

—¿Por qué? —preguntó susurrándome al oído.

—Mis amigas me esperan —solté como excusa.

—No es verdad... ni se han dado cuenta de que te ibas.

Su mano recorrió mi espalda semidesnuda y un agradable escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Mi hotel está a la vuelta de la esquina —sentenció sin titubear.

«¿Se habrá pensado este tipo que soy una buscona?». Decidí, por mucho que me gustara, mandarlo a tomar por donde amargaban los pepinos.

Me separé de él bruscamente interponiendo mi mano entre nuestros cuerpos para mantener una distancia prudencial.

—No me interesa. Muchas gracias por el ofrecimiento. Un consejo: vas muy a saco, frena un poco.

Se quedó mudo. Imaginé que esa misma táctica le solía funcionar cada vez que chascaba los dedos, aunque no estaba tan desesperada... Enseguida pasó por mi cabeza que yo no soy nada mojigata y tampoco sería la primera vez que tengo sexo con un, prácticamente, desconocido. Aun así, no me gustaba que me entraran de esa forma, tan a lo bestia... «¡que me invite a tomar algo por lo menos!».

Volví junto a mis amigas que para entonces ya iban por el tercer copazo de la noche y a Silvia comenzaba a notársele el cebollón: el alcohol no es lo suyo... no sería la primera vez que tenemos que acompañarla a casa y meterla en la cama.

—¡Frena tía! —la reñí—. Te vas a poner mala y yo quiero pasarlo bien ¡jopé!

—Es verdad, corazón —intervino Lola—. Ya sabes que el tope son tres.

—¡Que sí, mamis! —se defendió Silvia—. Este es cortito —unió el pulgar y el índice muy juntitos, para indicarnos cuál era la cantidad exacta de gin que el guapísimo camarero de la barra central le había puesto en el combinado.

—¿Te pasa algo Julia? —disparó Lola—. Estás muy colorada. ¿Tienes calor o es que estás con la tía Tula? —preguntó utilizando nuestra frase secreta, la que usamos en público para saber si estamos menstruando.

—¡Qué tía Tula ni que niño muerto! —respondí—. ¡Es que hace mucho calor! ¡Me estoy muriendo!

—Yo estoy perfectamente —dijo Silvia—. Estamos en septiembre, el

clima es agradable... incluso un poco fresco para la época en la que estamos...

—Bueno, serán mis hormonas que están bailando, ¡yo qué sé! —me abaniqué con la mano.

De reojo yo seguía mirando a Johan, ya que era perfectamente conocedora de que él también lo hacía... lo sentía. No podía sacarme de las papilas olfativas su agradable nota cítrica con sándalo.

—¡No sé tías...! —siguió Lola con cara ya de aburrimiento profundo—. Esto es un muermo. Creo que me voy a bailar o me quedaré frita aquí mismo. ¡Como esto no mejore estamos acabadas!

—Te acompaño —Silvia se apuntó al plan.

—Yo me quedo... estoy acalorada, como bien habéis notado. No me apetece nada salir a la pista.

Ya te digo que lo estaba... y también arrepentida de no estar encamada en ese mismo momento con el monumento de Johan.

Volví a mirar de soslayo y no perdía el tiempo la criatura: ya estaba entablado conversación con una morena que le sonreía, como si hubiera visto a un ángel, mientras yo parecía una auténtica gilipollas aparcada en mi asiento e intentando disimular que me lo estaba pasando bien, cuando era todo lo contrario.

Se me acercó el típico pesado que, cuando te ve sola, intenta salvarte la vida. El tío era todo un personaje: mayor, gordito y hasta diría que con peluquín.

—¿Bailas bombón? —preguntó intentando resultar fascinante cuando en realidad sonaba patético...

—No, muchas gracias.

Miré hacia otro lado mientras mi pretendiente, con su traje de los noventa, su cubalibre en la mano y su mirada de simulacro de seducción, desaparecía de mi vista en busca de otra posible víctima de sus encantos.

Vi cómo Johan y la morena bailaban agarrados. Se insinuaban y contoneaban de forma muy explícita, aunque él me seguía observando de reojo con una sonrisa maligna en la cara.

Avisé a las chicas con las manos y vinieron de inmediato.

—Yo me piro —les dije—. Me estoy aburriendo como una ostra y hasta me ha entrado un personaje de Studio 54 de los 80.

—¡Tía! —interrumpió Lola—. Se animará más tarde, ya sabes... ¡Quédate

un rato más!

—Estás muy rara —continuó Silvia—. ¿Qué te pasa?

—¡Nada! —contesté—. Ha sido un día duro en la redacción y estoy cansada, la verdad.

—¡Pero si trabajas en la sección de cultura! —se carcajeó Lola—. ¿Qué hay de duro en eso? ¿Shakira ha anulado algún concierto?

—Sí, a vosotras os hace mucha gracia todo porque sois abogadas *guays* y trabajáis en el despacho de papi, pero yo me tengo que buscar la vida como sea ¿sabéis?

—Bueno, a mí tampoco me han regalado nada, chata —dijo Silvia con el dedo levantado, señalándome.

—Va, no nos enfademos —siguió Lola—. Vete a descansar. Mañana hablamos.

—¡Venga chicas, os llamo! —Les di dos besos a cada una y me fui a buscar un taxi que me llevara a casa.

Mi trabajo es absorbente, aunque mis locuelas amigas del alma pensaran lo contrario. Desde que acabé la carrera de periodismo no me había ido del todo mal, no obstante, trabajar en la sección de cultura —pequeña sección, todo hay que decirlo— de un importante periódico de tirada diaria y nacional tenía su tema: había que publicar cada día y tenía una media de tres páginas. Llevaba en el periódico *Futuro* cinco años y deseaba ser algo más, tener más peso y esperaba que eso viniera con el tiempo. El director del diario era un periodista de los de antes... pronto se jubilaría y Dios quisiera que el que estuviera por venir fuera un poco más moderno: unas semanas atrás nos comunicaron que un grupo extranjero nos había comprado y esperábamos cambios drásticos e inminentes, aunque nada podía ser peor... sinceramente. Llevar junto con mi ayudante esa pequeña parcela me permitía algunos lujos, pues no tenía el estrés de estar en «Política» o incluso en «Deportes», dos apartados que van muy al día y en los que hay que improvisar, pero a mí «me iba la marcha» y no me sentía realizada entrevistando a famosos o yendo a conciertos que no me atraían en absoluto. Sin embargo, no todo era malo, también había conocido a gente la mar de interesante y no pagaba en muchos locales o eventos en los que los demás mortales debían hacerlo. Lidiar con el antiguo del director era complicado, aun así, a mis treinta y dos años empezaba a aprender que lo mejor era ver, oír y callar. Quería escalar y, definitivamente, la sección de cultura y espectáculos no estaba hecha para mí,

pero la cosa era difícil con la crisis actual y ni siquiera pretendía cambiar de trabajo. Debía ser paciente y valorar mis opciones de futuro, con calma, eso sí. Al menos tenía trabajo fijo...

Capítulo 2

En la redacción

Lunes. Ocho de la mañana. Reunión de equipo: tras el turno de las secciones de política, internacional y otras más le tocó a «deportes».

—¿Qué tenemos para los próximos días? —preguntó Antonio, el director.

—Así a grandes rasgos, te cuento lo más relevante —contestó Jorge, el cabecilla de la sección—, hoy nada en especial, tan sólo seguir las reacciones de lo más importante del fin de semana; mañana «Champions» Barça-Bayern de Múnich, que lo cubrirá Rodríguez; el miércoles entrevistaremos al nuevo balón de oro en el hotel *Mandarin Oriental* de Barcelona, iré yo mismo. Jueves y viernes rutina, ya te contaré.

—Bien, Jorge —continuó Antonio ante el silencio de los demás—. Y por fin «cultura» ¿qué tienes de bonito esta semana, Julia?

—El concierto de *Gun's and Roses* en el «Palau» es lo más relevante; también un estreno de cine el viernes, la nueva peli de Amenábar. Nos organizaremos para acudir a todo.

—Vale. Acuérdate del concierto de piano de *John Flags* del miércoles —remarcó.

—Sí. Irá Irene.

—¿No puedes ir tú? Es una figura internacional y nos concede una entrevista. Irene es tu ayudante, está para temas menores, digo yo.

—No me va muy bien, tengo otro compromiso, pero moveré mi agenda si es lo que quieres.

—Perfecto —soltó habiendo, una vez más, antepuesto su criterio al mío.

Estábamos recogiendo nuestras cosas para marcharnos de la sala de reuniones cuando nos volvió a interrumpir.

—Por cierto... el próximo lunes os presentaré a mi relevo ¡no sabéis las ganas que tengo de perderos de vista! —sacudió su montón de papeles contra la mesa en un intento de ordenarlos—. Bueno ¡a trabajar!

Nos quedamos un poco a cuadros por la novedosa información. Estábamos

en septiembre y hasta diciembre no se jubilaba... ¿Ya entraba el nuevo? ¿No podía darnos más información? ¿Hombre o mujer? ¿Edad? ¿Sería nacido en el pleistoceno como él?

—La suerte está echada —sentenció Jorge—. Esperemos que venga algo de novedad a esta empresa.

—Dios te oiga —le contesté entre dientes.

Murmuramos todos los jefes de departamento, divagamos e hicimos un poco de cotilleo sobre el tema. Lo normal en este tipo de empresas.

—¿Hace una copa esta tarde? —me preguntó Joel, de internacional.

—¿En lunes? ¡Estás loco! Y un poco casado por cierto. Te lo recuerdo por enésima vez ya que parece que se te olvida.

—Sabes que estoy en una relación abierta —se justificó.

—Me da igual, sinceramente. No quiero nada contigo y lo sabes. Nada de líos en el curro, ¡sólo me falta esto!

—¡Sólo es una copa! ¡Exagerada! —me gritó por el pasillo.

No quería nada con él. No quiero saber nada de hombres casados por norma y política personal: eso sólo trae problemas y yo ya estaba muy escaldada y, por muy bueno que estuviera Joel, seguiría firme.

Hacía ya un tiempo que había roto con mi novio, Sergio. Lo decidí justo el día que me pidió que viviéramos juntos; no quise dar ese paso con él, pues nuestra relación no iba del todo bien. Había cosas que no me cuadraban y menos para hipotecar mi futuro. Llevábamos dos años saliendo juntos y, a veces, nos comportábamos como dos extraños que llevaban cincuenta años de pesado matrimonio... Otras, en cambio, teníamos sexo apasionado durante tres días seguidos. Mis amigas decían que estaba en una relación bipolar. Él es un gran profesional de la medicina, pero es muy inmaduro para la vida en general.

Sergio no quería hijos. Yo no los deseaba inmediatamente, sin embargo, me veía siendo madre algún día. Eso pesó mucho en la decisión. No pensaba dejar mi vida correr por ese grifo derramando toda mi esencia y perdiéndola por un sumidero.

Mi madre se ponía muy pesada con el tema del matrimonio: no tengo hermanos, así que yo soy el blanco de todas las protestas de casa.

Vivo sola hace tiempo, pero veo a mis padres cuando no están por ahí, al menos una tarde a la semana para merendar y algún día esporádico para comer. Están ambos jubilados... trabajaron en la banca y ahora viven de

maravilla; están llenos de salud y se pasan el día viajando por el mundo.

Me metí en el despacho para organizar la semana. Apasionante concierto de piano el miércoles, menudo aburrimiento —pensé—. Tenía planes con las chicas, una sesión de citas rápidas que Lola había organizado en *Chic*, de esas que pasas por varias mesas con diferentes chicos solamente durante cinco minutos y si luego te gusta alguno y tú a él, pues se intercambian los teléfonos para quedar otro día y conocerse mejor. No tenía mucha fe en este tipo de historias, no obstante, era algo diferente y, a priori, divertido.

Cogí el teléfono para informar que era muy probable que no pudiera acudir.

—Lola al aparato —contestó de forma infantil poniendo voz de secretaria viejuna—. ¿Qué te pasa loca?

—Nada hija... Tengo un muerdo el miércoles hasta las diez. ¿A qué hora era lo de las citas rápidas?

—¡Baja de la luna, chata! Es el jueves... ¡Abuela! ¡Que no te enteras! ¡Toma fósforo que empiezas a chochear!

—¡Ah vale! ¡Joder, cómo estoy! Estaba convencida que era pasado mañana.

—El jueveeeeeeeeeeeeeees —puntualizó—. A las once pm. Por la noche.

—Bueno, no te cachondees, ¡tampoco es para tanto! Hasta el jueves, *baby*.

—¡Adiós, corazón de melón!

Colgamos. Tenía una cita con un agente discográfico al mediodía para comer: me iba a explicar las novedades y blablablá. Con esa información tenía que elaborar un artículo para el martes y, junto a otras noticias menos relevantes cerraríamos la jornada.

Por la tarde pasé por el despacho de Antonio, el jefe, para confirmarle que iría a su maravilloso concierto del miércoles y, de paso, intentar sonsacarle información sobre lo que se nos venía encima.

—Antonio, ¿puedo pasar un minuto?

—Claro guapa, pasa —contestó con esa odiosa actitud condescendiente del típico machote que se cree superior a una mujer y conocedor de que detestaba que me llamara así.

—Te confirmo la agenda, incluido lo del miércoles.

—Okey —confirmó mirándome por encima de sus gafas—. ¿Algo más?

—Se oyen rumores...

—¿De qué tipo?

—Reorganización de plantilla... despidos y todo eso.

—Habrá una reorganización, sí... aunque no puedo hablar de ello todavía. Intentaremos que no haya mucha gente afectada.

—Vaya...

—No comentes nada, de hecho no sé por qué te lo cuento. En la reunión del lunes se explicará todo. Estamos ahora dentro de un gran holding internacional y eso siempre conlleva cambios.

—Me dejas muerta...y preocupada.

—Es posible que tu departamento dependa de otra persona e incluso que desaparezca y se ocupe de él personal freelance —soltó sin anestesia.

—¿Perdona? —abrí los ojos como un avestruz.

—Lo dicho: no hagas ni un solo comentario. El lunes habrá más información. Es confidencial.

Salí del despacho de Antonio con los ojos llorosos: las noticias eran mucho peor de lo que imaginaba... Me veía fuera de mi sección y redactando horóscopos o, mucho peor, en la puñetera calle. Y encima no podía contárselo a nadie.

Regresé al mío, cerré el ordenador y me fui para casa. Eran ya más de las ocho de la tarde, llevaba doce horas trabajando y seguiría después de cenar tecleando en mi ordenador. Valoré si, realmente, valía la pena seguir con ese trabajo y me planteé la posibilidad de abrir otros horizontes profesionales. Tenía amigos en la televisión que siempre me decían que servía para comunicar, que tenía planta para presentar, pero a mí me gustaba estar detrás de la cámara, no delante y, para nada me veía presentando el telediario de las tres...

Me fui a la cama pasadas las doce, con la cabeza dando vueltas sin parar.

Capítulo 3

Citas exprés

Jueves, 9 de la noche.

Cené una ensalada y pescado al horno. Me arreglé a toda velocidad para llegar a *Chic* a la hora acordada y encontrarme con mis amigas del alma. No me gustaba mucho salir en jueves, pero la verdad es que solía hacerlo mucho por trabajo, ¿por qué no iba a hacerlo por placer?

—¡Hola locas! —solté—, ¡cómo os habéis emperifollado! ¿No me dijisteis que era informal?

—Pues tú vas muy mona —contestó Silvia con retintín—, nunca nos haces caso.

—¡Claro! Porque siempre decís «informal» y luego os ponéis como para fin de año ¡qué cabronas! ¡Ya no me pilláis más!

—A ver *zorrrix* —dijo Lola—, si ya lo sabes y vas a hacer lo que te salga del mismísimo *potorro* ¿por qué nos riñes? Somos así, con estilo natural —se carcajeó.

—Sois incorregibles —intervine—, pero os quiero un montón, petardas.

Entramos las tres al local. Parecíamos «Los Ángeles de Charlie»: derrochábamos glamur.

Faltaban pocos minutos para que todos los participantes estuviéramos listos para las citas rápidas. Pedí una copa y eché un vistazo rápido a mi alrededor. Vi a Johan y se me aceleró el pulso. «¿Qué hará este aquí? —pensé—. Si es un guiri ¿no?».

Empezamos la ronda.

—Me llamo Luis —se presentó mi primera *fast* cita.

Era guapetón, aunque no mi tipo. Sinceramente parecía un poco friki... y, tras ver a Johan, ya no podía pensar con claridad en nada más.

—Yo soy Julia —contesté—. ¿A qué te dedicas?

—Soy informático ¿y tú?

—Psicóloga —mentí adrede, sabiendo que esa cita no se iba a repetir.

—¿Cuáles son tus hobbies? —preguntó—. A mí me gusta el cine, viajar, los deportes de aventura...

Un clásico de los de siempre.

—La naturaleza —dije lo primero que me pasó por la cabeza—: me paso el día abrazando árboles.

Se quedó en silencio, mirándome. Por fin sonó el timbre que nos obligaba a cambiar de cita.

Me senté en la misma mesa que Johan.

—Ya sé cómo te llamas —me miró a los ojos—. ¡Qué casualidad encontrarnos aquí de nuevo!

—Sí... qué pequeño es el mundo. Y yo que pensaba que estabas aquí de vacaciones.

—No. Me he mudado a Barcelona por trabajo. Por cierto, ¿a qué te dedicas, Julia?

—Soy enfermera —mentí de nuevo—, ¿y tú?

—Soy ingeniero.

—Entonces ¿ahora vives aquí?

—Sí. De momento en el hotel, aunque la semana que viene ya tendré un apartamento disponible.

—Oye... no quise parecer borde el otro día, me pillaste desprevenida.

—No pasa nada... La verdad es que tenías razón: fui un poco bestia ¿lo olvidamos y empezamos de cero?

—¡Claro!

Sonó el timbre de nuevo y no me podía mover de la silla. Sólo la chica que venía tras de mí, y que debía citarse con él, consiguió sacarme de allí, casi a empujones, para ocupar con ansia mi lugar... y no era de extrañar que lo estuviera deseando al ver a ese pedazo de hombre.

Las siguientes conversaciones que tuve con los otros chicos, un total de diez, no me sirvieron para nada. Johan estaba en Barcelona y se iba a quedar aquí... Era toda la información que había retenido en todo ese tiempo.

Llegó la hora de, en secreto, enviar un mensaje a la cita que más nos había sorprendido y dejar el teléfono para otro encuentro. Soñé con que Johan me lo pedía a mí, yo me lancé y le dejé el mensaje a él.

Mis amigas se lo habían pasado bomba con sus citas.

—Qué rico el chaval de la ONG —dijo Lola—. Es monísimo... haría un acto de altruismo y me lo llevaría al catre.

—¡Qué burra eres! —siguió Silvia—. Si es un «yogurín».

—Veintiséis me dijo —contestó Lola—. ¿Qué tal te fue a ti, Julia?

—Bien... he visto a un chico que conocí el viernes pasado...

—¡No jodas! —dijeron al unísono—. ¡Qué casualidad!

—Ya te digo... además está buenísimo. No sé si os habéis sentado con él.
Se llama Johan.

—No —volvieron a responder juntas—, además si estaba tan bueno —apostilló Lola—, me acordaría.

Salimos del local. Yo iba con mis mensajes en la mano, sin abrir y, en el taxi lo hice; diez mini citas y siete mensajes positivos. Entre ellos uno era el del friki y otro, de Johan:

«Voy a ir más a saco aún. Sábado, 21hr, te invito a cenar en *Marteen's*. Te espero allí».

No me dejó el teléfono, así que, si no asistía no tendría manera de saberlo.

Yo sí le dejé el mío, aunque no me escribió ni me llamó.

Decidí que ¿por qué no? Iba a acudir a esa cita, esta vez una de verdad.

Capítulo 4

Conociendo a Johan

Sábado. Estaba nerviosa... acudiría, lo tenía clarísimo, sin embargo, no quería parecer una desesperada.

Me puse un mono largo de finos tirantes, negro y con adornos plateados en la cintura. Me calcé mis tacones y cogí mi bolso. Antes de salir por la puerta, volví a mirarme por enésima vez en el espejo: «tampoco estás tan mal, chica» —me repetía a mí misma—. Había recogido mis cabellos en una coleta y decidí en el último momento dejarlo suelto. Mis amigas siempre comentan que mi cabellera es lo más atractivo que tengo junto con mis ojos, aunque yo no los veo nada fuera de lo normal. Tengo el pelo castaño oscuro y mis ojos oscilan entre el verde y el azul dependiendo de la luz.

Respiré hondo un par de veces y salí por el portal.

Paré un taxi en la puerta de mi casa, en la calle Aribau. No suele haber problemas un sábado a esas horas para conseguir uno. Faltaban apenas diez minutos para las nueve y sabía que me retrasaría al menos quince minutos: lo hice a propósito.

Llegué a *Marteen's*. Entré en el elegante comedor indicando al maître que mi cita me esperaba dentro —supuse—. Le vi al fondo de la sala, sentado en la mesa con una copa de cava en la mano.

Me saludó de lejos, sonriendo. El corazón se me aceleró.

¿Por qué me ponía tan nerviosa? ¡Sólo era una cita!

—Hola Johan, perdona el retraso... —le di tres besos, me acordaba perfectamente que en su país son tres y los disfruté, aunque fueran en la mejilla.

—No pasa nada..., lo bueno suele hacerse esperar: estás guapísima.

Me sonrojé, lo cual tiene guasa porque no soy excesivamente vergonzosa, aun así Johan me intimidaba.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije.

—Claro, es nuestro tercer encuentro... puedes preguntar lo que quieras.

—No me compete, es igual.

Iba a preguntarle cómo acabó, la noche en que lo conocí, con la morena, aunque decidí cambiar la pregunta.

—¿Cómo es que hablas tan bien mi idioma?

—Mi madre es española, de Madrid.

—¿Ah sí? Tienes mucho acento extranjero, aun así te defiendes muy bien.

—Soy bilingüe, aunque a veces meto la pata por falta de práctica. Hace dos meses que vivo en Barcelona y me estoy empezando a soltar de nuevo.

—¡Genial! Porque mi holandés está muy oxidado —bromeé.

—¿Qué te apetece tomar?

—Una copa de cava, como tú.

Pidió al camarero que me sirviera una copa y otra para él, mientras hojeaba la carta.

—¿Te has decidido? —preguntó e imaginé que se refería a la cena y no a su propuesta del primer día...

—Sí. Creo que tomaré una ensalada *Caprese* y el *Rissotto* de setas.

—Muy buena elección. Yo tomaré lo mismo.

Fue una cena larga y pausada con una conversación muy agradable.

Johan tenía treinta y cinco años muy bien llevados. Su aspecto era varonil, pero el hecho de ser rubio y con ojos claros le hacía parecer algo más joven. Era muy alto, como buen holandés. Yo no soy bajita, aunque a su lado, mi metro setenta y tres me hacía parecer una pigmea.

—¿Estás con alguien? —preguntó durante los postres.

—No, hace tiempo que lo dejé con mi ex. ¿Y tú?

—Yo tampoco. Me separé hace tiempo, tras dos años de matrimonio.

Me sorprendió su confesión pues no parecía el típico separado.

—Me casé muy joven para fastidiar a mi padre —confesó—, pero realmente ni estaba enamorado ni deseaba hacerlo, fue una estupidez. Por suerte no tuvimos hijos.

—¿Eres un rebelde? —sonreí—. ¿Debería tener miedo de ti?

—Soy un angelito... pero tuve un pasado. Sí, un poco rebelde he sido, la verdad. Mi padre es muy estricto y no se le puede llevar la contraria. Por eso me encantaba retarle de jovencito.

—Por suerte mis padres me dejan hacer... son muy liberales; ¡van a playas nudistas y todo!

—¡Qué suerte! Bueno, cambiando de tema, ¿vamos a tomar algo? Me lo estoy pasando bien contigo, Julia.

—¡Claro! Yo también.

Seguía con la pregunta en la cabeza de cómo acabó con la morena, pero no dije ni pío.

Tomamos una copa en una terraza muy cuca.

—Me apetece besarte, Julia... —soltó sin contemplaciones.

Fui yo la que lo besó. Cogió mi nuca y me atrajo aún más hacia él... Nuestras bocas encajaron a la perfección, como si ya se conocieran con anterioridad y nuestras lenguas se entrelazaron, buscándose profundamente, pero con suavidad.

—¿Quieres que vayamos a mi hotel? —preguntó.

—Johan, no soy de esas... —mencioné en un intento de recato impropio de mí.

—Perdona que sea tan directo: me gustas mucho, Julia. No puedo ni quiero negarlo.

—Creo que me tengo que ir. Estoy a diez minutos andando... ¿Quedamos otro día? Tienes mi teléfono.

—Te acompaño. No quiero que vayas sola.

—Vale...

Bajamos por la calle Balmes y cogió mi mano con ternura. No dijimos nada más. A mí también me gustaba, por supuesto, pero no quería caer en los mismos errores del pasado, una vez más.

Paramos en un semáforo en el cruce de la calle Mallorca con Aribau y me cogió de la cintura. Volvió a atraerme hacia él y me besó.

—Sabes muy bien Julia —susurró mientras me acariciaba la cara con una mano.

—¿Quieres tomar la última? —pregunté sin pensar—, vivo aquí mismo.

No hizo falta decir que sí. Subimos a casa en el ascensor, preparé dos copas de cava y unas patatitas para picar.

Nos sentamos en el sofá y esta vez le besé yo.

No lo pude remediar, ni quise demorarlo.

Ese beso fue todavía más profundo y sentido. Le quité la camisa y sentí de nuevo su aroma. Pasé mi lengua por su pecho y su respiración se volvió

agitada y confundida... Me despojé del mono, no con poca dificultad, pero con estilo, y me quedé en ropa interior. Él se quitó el pantalón quedándose sólo con el bóxer... Me subí a horcajadas sobre él y noté su miembro excitado, lo que me hizo perder el control.

Me quitó el sujetador y admiró mis pechos... los acarició y lamió tornándose duros al encontrarse con su lengua.

Me cogió en brazos y me posó sobre la alfombra. Sacó un preservativo que había dejado a mano, rasgó el envoltorio con los dientes, se lo colocó con premura y me penetró haciéndome llegar al orgasmo más increíble de mi vida.

Deseaba a Johan, quería tenerlo dentro de mí a toda costa...

Estallamos...

Nos quedamos unos minutos recostados el uno junto al otro, sin decir nada...

—Eres maravillosa —besó mi hombro—, fascinante... bella y dulce.

Suspiré. Me levanté y le llevé a mi cama.

Nos estiramos y empecé de nuevo a acariciarle sin saber siquiera si estaba preparado para otro asalto tan pronto. Reaccionó rápidamente... la cosa prometía.

Pasé mi lengua por sus pezones mientras con mi mano palpaba de nuevo su pene y sopesaba mis posibilidades de otro coito... respondió de inmediato.

Fui bajando hacia su abdominal y me acerqué peligrosamente a su fruto... lamí, besé, succioné y Johan se derramó en mi boca.

—Dios mío... —susurró—. Esto no va a quedar así...

Me obligó a ponerme bajo sus brazos y empezó a devorarme. Mi clítoris hinchado y húmedo le esperaba... Me había puesto cardíaca haciéndole la felación y deseaba que tomara de mi néctar con sus labios... su lengua, sabía, supo dónde dar y cómo... y volví a alcanzar el zenit sexual al cabo de pocos segundos.

Nos dormimos extasiados de placer. Al amanecer volvimos a hacerlo.

Despertamos pasadas las nueve. Johan puso una excusa, se vistió y se marchó rápidamente.

—Te llamaré.

Y esperaba que así fuera porque yo seguía sin tener su teléfono...

Capítulo 5

Cambios en la redacción

Pasé el fin de semana pegada a mi móvil. No hubo noticias de Johan. Me cabré mucho. Pensé que era más de lo mismo: un jeta. Suelo mirar siempre el lado positivo de las cosas y lo cierto es que me lo pasé muy bien. Lo que me fastidiaba es que era bastante probable que no se repitiera.

Llegó el lunes y me fui a la redacción. Sabía que ese día iban a anunciar cambios y que no iban a ser pocos.

Pasamos a la sala de reuniones y allí estaba Antonio, junto con los jefes de redacción y de departamento.

—Buenos días a todos —Antonio inició la sesión—. Como ya os anuncié, hoy os presentaré al nuevo director. Yo me jubilo en diciembre, aunque hasta entonces quedaré en un segundo plano, dejando el mando al Señor Van der Heer. Estaré en la sombra en estos meses de transición. Si hubiera decisiones difíciles de tomar lo haremos juntos.

Entró un hombre muy atractivo de unos sesenta y pico años en la sala.

—Os presento a Mark Van der Heer, el nuevo propietario del periódico.

—Mucho gusto —respondió en nuestra lengua con un marcado acento extranjero.

Nos quedamos todos atónitos, sin embargo, esperábamos más información.

—Mark, si te parece vamos a explicar algunos de los cambios que vamos a tener a partir de ahora —sugirió Antonio—. Te cedo el mando.

—Gracias, Antonio —siguió el nuevo directivo—. Primero quería daros las gracias a todos por asistir. No es agradable tomar cierto tipo de decisiones y, tras pensarlo mucho, algunos departamentos sufrirán modificaciones.

—¿Cuánta gente se va a la calle? —interrumpió Jorge bastante cabreado por la encerrona.

—Usted es de la sección de «Deportes» si no me equivoco —cotejó con sus documentos—. Verá, habrá una nueva estructura e intentaremos recolocar a todo el mundo, aunque sea en otros departamentos. Déjenme seguir y lo

explico con detalle.

Nos miramos todos deseando saber en qué, exactamente, iban a consistir esos cambios.

—Deportes queda igual. No se preocupe —siguió Van der Heer—. Hay cambios en Internacional, donde incorporaremos a una persona más; en Política Nacional sobra uno, que es el que se irá a Internacional y en Cultura, que pasa a ser llevado por freelances. Lo mismo ocurrirá con otras secciones menores.

—Perdone y yo ¿qué voy a hacer? —interrumpí—, llevo muchos años gestionando Cultura.

—Señorita Julia Martos ¿verdad?

—Sí —respondí acojonada ante lo incierto de mi futuro.

—Con Ud. hablaré finalizada esta junta, si no le importa.

Me pasé el resto de la reunión intentando unir un complejo rompecabezas para entender dónde podía encajar yo... rezando para que no fuera en «Sucesos» o alguna penosa sección similar o, simplemente intentando convencerme de que no me iba a la puñetera calle con una hipoteca de cuarenta años.

Finalizado el *meeting* Antonio y Van der Heer me llamaron a su despacho.

—Pasa Julia —comentó Antonio—. Como hemos comunicado tu departamento desaparece como tal.

—Sí. Debo decir que estoy un poco sorprendida ya que siempre me has dicho que estabas muy contento con mi labor aquí y de cómo lo he gestionado durante todo este tiempo —justifiqué mi trabajo ante un despido que creía inminente—. Me siento un poco confundida con esta decisión.

—Srta. Martos —intervino Van der Heer—, no tiene de qué preocuparse, ¿sabía que el holding que ahora gestiona este periódico es de mi propiedad?

—No, no lo sabía —contesté.

—Tenemos grandes planes para Ud.

—Estoy a su entera disposición —dije con los ojos abiertos como platos.

—¿Conoce la revista *Gold Traveller*?

—Sí, es de viajes. Alguna vez la he comprado. Soy una incansable viajera...

—Lo sabemos y, nuestra propuesta es que pase Ud. a dirigirla. Necesitamos a alguien joven, vital, con experiencia y que le apasione el periodismo y, por supuesto, viajar.

—¿Es broma? —pregunté mirando a mi alrededor, intentando encontrar la cámara oculta.

—No, para nada. Antonio habla maravillas de ti y cree que aquí estás desaprovechada.

—Sería un honor...no sé qué decir.

—Pues no se hable más. El 1 de octubre pasas a dirigir *Gold Traveller*. Las oficinas están a dos manzanas de aquí, pero, en el futuro, todas las empresas del grupo pasaran a ese nuevo edificio que he adquirido para poder gestionar mejor todas ellas.

—Te lo mereces Julia —intervino Antonio ante mi asombro—. A veces he sido duro y antipático contigo, sin embargo, siempre has sabido ser tú misma y demostrar que vales mucho.

—Te lo agradezco, a los dos... no tengo palabras. ¡Qué sorpresa tan agradable! —reprimí una lágrima de emoción para no parecer débil.

Nos estrechamos las manos y me fui saltando del despacho en dirección al mío. Sabía que a Irene, mi colaboradora, la iban a recolocar así que estaba tranquila en ese sentido también.

Abrí un chat con mis chicas:

«¡Quedamos esta noche, tengo algo importante que contaros!» —Julia.

«¿Has follado?» —Lola.

«¿Qué pasa? No me entero» —Silvia.

«Esta noche en mi casa, a las nueve, os invito a un vino y os cuento» — Julia.

«Allí estaré zorróna» —Lola.

«¡¡Me apunto!!» —Silvia.

Estaba tan contenta que, una vez a solas lloré de la emoción. Llamé a mis padres que estaban en Roma para comunicarles que yo, su niña, iba a ser la flamante directora de una revista. Quedamos en celebrarlo a su vuelta.

Sólo podía pedir una cosa más a la vida: quitarme a Johan de la cabeza o que me llamara y me explicara por qué había pasado así de mí, tras lo que habíamos vivido el sábado...

Capítulo 6

Mi nuevo horizonte laboral

Pasé la semana planeando mi aterrizaje en *Gold Traveller*. Al siguiente lunes empezaría en el nuevo despacho y conocería a mis colaboradores y ¿subordinados? Ni siquiera hubiera podido imaginar, ni de lejos, que tendría una oportunidad similar. Estaba claro que me había equivocado con mi anterior jefe, Antonio... aunque su forma de comunicarse conmigo no dejaba lugar a dudas. Estaba absolutamente alucinada por su opinión sobre mí.

Seguía sin noticias de Johan... intenté sacármelo de la cabeza. No sabía ni su apellido para poder buscarlo en Facebook y enviarle un mensaje reprochándole sus «malos modos». No hacía falta ser tan cretino.

No podía negar que era guapo, me gustaba y reunía todos los ingredientes para mi receta del chico perfecto, aunque estaba claro que él no sentía lo mismo y quería pasar página. Somos adultos, estas cosas pasan y debía saber encajarlas, sin embargo, me sentía un poco tonta al pensar que quizá me llamaría para quedar. A lo mejor soy demasiada mariposa para ese estómago, o demasiado pedo para ese culo, que diría Lola.

Ese fin de semana ni siquiera salí de casa, pasé el tiempo estudiando la estructura de la revista y leyendo ejemplares antiguos. Estaba deseando que llegara el lunes y por fin llegó.

Me fui directa hacia la nueva oficina. Hasta me compré un elegante traje de chaqueta de entretiempo, ni carca ni sexi, la justa medida para mi edad y nueva condición.

Van de Heer me esperaba allí.

—Pasa Julia. Bienvenida a tu reino.

—Gracias Mark.

Me acompañó a mi despacho con unas preciosas vistas a la Avenida Diagonal.

—Puedes ponerlo a tu gusto —sugirió Mark—, aunque todo es nuevo.

—Es precioso tal y como está, muchas gracias.

El escritorio era enorme y en el mismo despacho había también una mesa de metacrilato para reuniones. Las paredes de color hueso estaban adornadas con portadas llamativas de la revista, todas ellas puestas de forma muy estética y moderna; una escultura de un tulipán dorado, símbolo del grupo, en un rincón. Ni yo misma lo hubiera decorado mejor. Me sentí como la presidenta de los Estados Unidos.

—A las once he pedido al personal que se reúna con nosotros en la sala principal para poder presentártelos y que, a su vez, te conozcan.

—Perfecto —contesté ya acomodada en mi maravillosa silla de directora.

Era pronto y veía pasar gente por delante de mi despacho. Los colaboradores iban llegando y miraban con curiosidad a través de la pared de cristal que separaba mi nuevo habitáculo del resto. Cerré la persiana para poder tener un poco de intimidad, hasta que llegara el momento «oficial» de conocerlos, ya que me sentía como un mono de feria.

De mi minúsculo zulo en *Futuro* a una impresionante sala con las mejores vistas de Barcelona. Estaba todavía en una nube...

Y llegó la hora del encuentro con el personal...

—Chicos, os presento a Julia Martos, la nueva directora de la revista. Espero que este cambio aporte novedad y un nuevo giro a nuestro proyecto.

—Bienvenida, Julia —respondió María, mi asistente personal.

Fui conociendo a muchos empleados, al menos veinte personas.

—Faltan un par de personas que están de viaje y no llegan hasta mañana —continuó Mark—. Los fotógrafos no paran... ni los «testers»... les diré cuando lleguen que pasen por tu oficina a presentarse.

Los *testers* es como llamamos a las personas que trabajan para nosotros valorando hoteles, nuevos destinos, actividades, etc...

—Genial.

Llevaba años soñando con un cargo laboral como este. Me había formado en periodismo, comunicación audiovisual y gestión empresarial... estaba preparada para asumir el reto. Aun así, me producía vértigo y un cierto dolor tripa la rapidez de los acontecimientos.

Estaba cumpliendo con todas mis metas... Lo único que no quería era volverme una solterona rodeada de gatos, aunque eso no estaba en mi mano.

Pasé por la redacción a saludar más personalmente a mis nuevos compañeros. Era una plantilla joven y llena de vida, lo cual me gustaba.

En mi anterior etapa laboral, a veces, me sentía como pez fuera del agua. La mayoría eran maduritos, ya rozando la edad de jubilación y, aunque no tenía nada en contra de ellos, sí había un abismo respecto a cómo trabajábamos y nuestros métodos, pues pertenecían más bien al periodismo de la vieja escuela. Antonio, pese a su visión un tanto anticuada de la profesión, supo ver en mí el potencial y le agradecí que hubiera sugerido a Van der Heer este nuevo puesto para mí: era exactamente el oxígeno en vena que necesitaba tras unos meses muy mustios en todos los sentidos.

—¡Chicos! El viernes a la salida os invito a una copa en Luz de Gas —les invité—, así nos conocemos un poco mejor fuera de estas paredes.

—¡Claro jefa! —contestó Sandra, una de las redactoras. Los demás se unieron.

—Perfecto pues, pero llamadme Julia. Es un placer tener la oportunidad de trabajar con vosotros.

Había chicos guapos que presumí de mi edad aproximadamente, no obstante, quería seguir fiel a mi principio básico: donde tengas la olla... así que los miraría como si fueran los hermanos que no tengo.

La jornada transcurrió perfecta y me fui a casa como si me hubiera tocado la lotería.

Dormí plácidamente.

Al día siguiente salí rápida hacia la revista. Me vi involucrada en un colapso de tráfico y llegaba tarde ¡en mi segundo día! Como tenía plaza de aparcamiento decidí ir en coche: me fallaron los cálculos. Siempre me había movido en metro o autobús y no estaba acostumbrada.

—Julia ¿quieres un café? —preguntó María justo cuando entraba por la puerta.

—Sólo si tú te tomas uno conmigo.

No quería parecer la típica jefa abusona pues yo no soy así.

María trajo los cafés al despacho y se sentó junto a mí.

—No te apures por llegar diez minutos tarde —intentó consolarme—, eres la jefa, ¿recuerdas?

—Pues no sabes el mal rato que he pasado... odio la impuntualidad.

—No te preocupes, aquí harás más horas que un reloj.

—Eso es verdad...

—El *planning* del día —siguió—. Te cuento: a las diez, reunión con Mark; a las doce, tienes la visita del Grupo Hotelero *SilverHotels*; comida a la una y media con los de la agencia de publicidad y por la tarde, a las cuatro, *meeting* de contenidos.

—Perfecto María. Muchas gracias.

—Ahora pasará Álex, uno de los fotógrafos, que ya está aquí. El otro está por llegar... es de los que se les suelen pegar las sábanas... ya se sabe, horario flexible.

—Muy bien. Que pase Álex cuando quiera.

Conocí a uno de nuestros fotógrafos en plantilla. Un chico de Madrid con un currículum brillante y varios premios en su haber.

Me emocionaba saber que en el equipo había gente tan preparada. Cada vez me gustaba más este reto.

Sonó el teléfono, era Mark.

—¿Puedes venir a mi despacho, Julia? Quiero presentarte a alguien.

—Sí, claro, ahora mismo voy.

Recorrí los escasos metros que separaban mi oficina de la suya, me aseguré de tener mi falda de tubo bien colocada y mi moño en su sitio antes de tocar a la puerta delicadamente con los nudillos. Entré.

Mark estaba sentado en la silla de su escritorio y frente a él un chico, del que únicamente vi su espalda.

—Pasa mujer, quiero presentarte a mi hijo.

Se giró. Enmudecí.

—Es Johan, mi hijo —siguió—, además de fotógrafo y *tester* habitual.

—Pues tiene cara de ingeniero —solté con ironía—. Encantada de conocerte, soy Julia, Julia Martos.

Él se quedó atónito, como yo, aunque pude reaccionar tirándole un dardo.

—Encantado Julia —respondió casi tartamudeando sin saber dónde fijar la mirada.

Todo parecía maravilloso hasta ese momento. Ahora iba a resultar que sería la jefa del tipo con el que tuve el mejor sexo de mi vida...

Capítulo 7

Una situación extraña

Salí del despacho de Mark y me escondí un rato en el mío. No sabía si reír o llorar, porque la situación hasta resultaba cómica de lo incómoda que era.

A los diez minutos exactos Johan entró por la puerta...

—Tampoco tú pareces enfermera. Ha sido un poco surrealista ¿no?

—Johan Van der Heer, ¿qué tal? ¿Cómo te va la vida?

—Perdona. No te llamé, pero hay una explicación. Además quería asimilar lo que pasó.

—Discúlpame... seré muy sincera: no le des más vueltas. Fue sexo, un polvo. Nada más.

—Me siento fatal —alegó en su defensa, aunque peor me sentía yo.

—No te justifiques. No hace falta —disimulé, porque estaba deseando saber qué coño le pasaba por la cabeza.

—Ahora tenemos que trabajar juntos.

—Johan, somos adultos. Soy tu jefa y «eso» no volverá a ocurrir y, en lo que a mí respecta está olvidado.

—¿Tan claro lo tienes?

—Mira, aquí no quiero hablar de asuntos personales. Este despacho es para temas laborales —zanjé—, e imagino que tienes muchas fotos que repasar o algo por el estilo, ¿verdad?

—Lo pillo. Ya hablaremos.

Johan salió por la puerta muy tenso. Noté que se quedó con ganas de soltar algo más por su boquita de piñón... sin embargo, yo estaba intentando digerir que lo iba a tener en plantilla y sentiría su aroma en cada rincón. Mi sofá aún olía a él, mi casa entera...

Lo que menos me apetecía era tenerlo por allí, distrayéndome a cada momento, aunque desde luego, ¡no podía despedir al hijo del gran jefe! Tendría que aprender a lidiar con él y disimular que el muy cretino me gustaba mucho más de lo que podía admitir.

Cumplí con mi agenda del día y al caer la tarde María entró a despedirse.

—Hasta mañana, Julia. Mañana, será un día complicado, ¡como todos!

—Nos vemos, que descanses.

Más complicado que ese, lo dudaba bastante.

Cogí el coche, prometiéndome, a cada metro que recorría, que iba a usar el bus a partir de ese día, siempre que fuera posible. Deseaba tomarme un vino para olvidar mi pequeña tragedia...

«Soy una mujer responsable, no ocurrirá nunca más. No volveré a tener a Johan bajo mi cuerpo» —me repetía a cada momento.

Llegué a casa, dejé las llaves en el poyete y me preparé un baño relajante. Me sentó de maravilla para relajar la tensa musculatura y las neuronas... Abrí una buena botella de vino tinto y me puse la copa que llevaba mereciendo todo el día.

Sonó el teléfono y mi subconsciente se emocionó sin pedir permiso, pensando que era él. Era mamá.

—Hola mamá, ¿qué tal estáis? ¿Por dónde paráis?

—Ya estamos en Venecia, hija. Todo genial, ¿qué tal en el nuevo trabajo? Le expliqué que estaba encantada de la vida y que todo era color de rosa.

—Dale besos a papá. Nos vemos a la vuelta.

—¡Vale cariño! Ten cuidado y ya sabes, cierra con dos vueltas de llave.

—Claro mamá, sólo hace seis años que vivo sola... un besazo... ¡ciao!

Lo cierto es que, tras colgar, comprobé que había cerrado correctamente...

Hojeé una revista de moda mientras bebía, a pequeños sorbos, de mi copa de tinto. Sonó el timbre y pensé que era Paca, la pesada vecina que vive sola y a la que siempre le falta algo: sal, azúcar, huevos, un pollo entero...

Abrí sin comprobar por la mirilla y era Johan.

Y yo en albornoz y con una toalla en la cabeza a modo de turbante. Parecía una yonqui en rehabilitación.

—Necesito hablar contigo, Julia. Sabía que no me ibas a coger el teléfono.

—Pasa y ponte un vino. Voy a cambiarme... no esperaba visitas a las diez de la noche.

Me puse un tejano y una camiseta. Me deshice de la toalla y sequé un poco mi cabellera. No es que pretendiera estar guapa, tan sólo presentable, o quizá mi yo interno sí..., no quería estar de esa guisa.

—Y bien, ¿qué te trae por aquí? —pregunté con retintín, como si no lo supiera.

—Como te dije esta mañana, te debo una explicación.

—Y yo te respondí que no hacía falta.

—Pero yo quiero dártela...

—¿Es porque ahora soy tu jefa?

—No tiene nada que ver con eso.

—Te fuiste pitando sin apenas decirme adiós...

—Tenía mis motivos.

—Pues ahora estoy deseando que me lo expliques porque de eso hace diez días y no he vuelto a tener noticias tuyas...

—Esa mañana debía irme a Tanzania, por trabajo. Mi vuelo salía a las dos y no tenía ni la maleta hecha. Cuando nos despertamos tan tarde casi me da un infarto... Ojalá tuviera una explicación mejor, como que me han abducido unos extraterrestres, aunque esa es la verdad. Además, para colmo, me robaron el puto móvil nada más aterrizar en el aeropuerto de Dodoma... Volví ayer noche, ¿cómo iba a ponerme en contacto contigo si ni siquiera sabía tu apellido, hasta hoy?

—En cualquier caso, eso ya no importa. Los dos mentimos en esa cita, ¿recuerdas? Tú no eres ingeniero y yo, obviamente, no soy enfermera y ni siquiera supe por qué lo hice. Supongo que porque lo que quería era follarte contigo y nada más —intenté que sonara cruel.

—Ahora la que está resultando muy bruta, eres tú.

—Es la verdad. Ya obtuviste lo que pretendías aquella noche en la que nos conocimos. Y no pasa nada, sigamos con nuestras vidas...

—¿Es lo que quieres?

—Es lo que debemos hacer y punto. No se lo cuentes a tu padre ni a tus compis de redacción. No quiero problemas ni chismorreos en el trabajo. Lo entiendes, ¿verdad? Seamos profesionales y trabajemos juntos, pasando página.

Ni yo misma daba crédito a las palabras que salían por mi boca. Tampoco sabía ciertamente si podría llegar a cumplirlo, no obstante, fui directa y concisa.

—Perfecto Julia. Así lo haremos —me retó con una fría mirada.

Johan dejó la copa sobre la mesa y se despidió estrechándome la mano fríamente.

—Nos vemos mañana, «jefa» —remarcó.

—Adiós, Johan.

Se fue por la puerta, enfadado.

Me sentí fatal en el preciso instante en el que salió de casa.

Siempre había tenido buena relación con mis ligues del pasado. Incluso con mi ex quedábamos de tanto en tanto para comer e intuí que eso no iba a ser posible con Johan. Podríamos llevarnos medianamente bien, eso sí, evitándonos en lo íntimo por razones de peso.

Capítulo 8

Viernes

El resto de la semana nos evitamos al máximo. Tuvimos un par de reuniones comunes con más personal y todo fluía perfectamente, no obstante, Johan intentaba provocarme con sus comentarios, coqueteos con otras compañeras y miraditas... o al menos así lo interpretaba yo.

Pensé que ese comportamiento infantil para llamar mi atención se le pasaría, aunque a veces me divertía ser el centro de su atención.

El tipo era un gran profesional, eso era cierto. También había ganado premios, había realizado exposiciones de sus mejores fotos y la verdad es que era la persona perfecta para ese trabajo. Se le daba bien y no quería prescindir de él, sin embargo, su presencia me ponía muy nerviosa, más bien me hacía temblar las piernas, pues cerraba los ojos y todavía lo sentía dentro de mí.

Llegó el viernes y, tal y como prometí al personal, nos fuimos a *Luz de Gas* a tomar unas copas para celebrar mi llegada a la oficina.

Por supuesto Johan se apuntó.

Fuimos unos quince y mis amigas también se unieron a la fiesta.

—Ese rubio alto de allí al fondo me suena —comentó Lola.

—Luego te cuento, pero ahora ¡calla! —exclamé.

—¡Joer! si es uno de los tres suecos del otro día ¿no? —intervino Silvia.

—Sí, pero ¡callad joder! Que luego os explico los detalles... ¡¡Qué ansiosas que sois!!

Me las llevé a un rincón y les expliqué por encima quién era el misterioso chico, lo que habíamos tenido y lo que jamás volveríamos a tener.

—¡Tú eres tonta del culo! —soltó Lola—. Ese tío es un bombón.

—No puede ser hija ¡que no ves que soy su jefa!

—Y ¿qué más da eso? —siguió Silvia—. Ahora seguro que quiere más: la erótica del poder —se reía a carcajadas.

—¡Bah! es igual, dejadlo estar. No se puede hablar en serio con vosotras —di por zanjada la conversación.

—Pues, si no lo quieres tú, ¡me lo pido! Es broma, ¡no te estreses! — exclamó Lola, que, al ver mi cara, rectificó «por su bien».

—De verdad... ¡mira que sois! Mantened la boca cerrada y dejad de mirarle que se va a dar cuenta de que hablamos de él...

Observé a lo lejos cómo Johan bailaba «agarrado» con una de las chicas de la redacción: una joven y muy mona que le ponía ojitos. No soy tonta y me di cuenta enseguida de que ahí había algo más que un simple baile y me recomió por dentro con sólo pensarlo.

David, otro de los chicos de la redacción me agarró.

—¡Venga, jefa! ¡A bailar!

—Me agarré al cuerpo de David como si me fuera la vida en ello. Estábamos muy cerca de Johan y su *partenaire* y sabía que él no me quitaba el ojo de encima, eso sí, con disimulo.

—¡Cambio de pareja! —gritó David a Johan.

Glubs. Tragué saliva y me puse roja como un tomate.

La música dejó de ser tan rápida para dar paso a un tema de bailar mucho más juntos, sin ser una canción excesivamente romántica...

Johan se agarró a mí y pegó su cara a la mía todo lo que pudo. Volví a sentir su agradable aroma.

—Qué bien bailas, jefa.

—Gracias. A ti tampoco se te da nada mal —contesté intentando mantener la compostura.

Seguimos bailando un rato más, hasta que decidí que era mucho más prudente y sensato separarme de su lado, pues mi corazón se iba acelerando por segundos.

—Bueno, voy a charlar con los chicos.

—No pretendía acapararte, «jefa».

—No quiero que en la redacción haya cotilleos, Johan —le recordé—. Para mí es un tema muy serio.

—Lo comprendo. Al menos dame la oportunidad de resarcirte por «dejarte plantada», aunque no fuera esa mi intención ¿te va bien mañana?

—No puedo. He quedado con las chicas —mentí.

—¿Domingo? ¿Hacemos un vermut?

Medité por un segundo. Me daba miedo estar cerca de él, sin embargo, sabía que no iba a parar hasta que le dijera que sí.

—Vale. Sólo uno y como compañeros. El domingo a las doce.

—Te recojo, si te parece bien...

—Perfecto.

Fui al lavabo a recomponerme, pues el color de su voz me había trastocado por entero y no daba pie con bola.

Quería dejarle claro que era imposible que mantuviéramos algo más que una bonita amistad en el trabajo, por motivos obvios. Aun así, debía comenzar a relajarme, ya que su presencia me hacía poner los ojos en blanco.

Iba a ser una situación bizarra y tenía que aprender a convivir con ello: este chico no era ni el primer polvo ni el último y, aunque me gustara hasta decir basta, no era prudente ni siquiera intentarlo.

La fiesta acabó y me fui con las amigas a casa.

A veces éramos tan crías que una vez al mes se quedaban a dormir, como si de una fiesta pijama se tratara, para hablar de nuestras cosas y hacer el loco.

Al llegar a casa Lola se puso la enésima copa de vino, Silvia abrió una bolsa de patatas y yo me puse el pijama de animalitos que me regalaron por mi cumpleaños: todo muy maduro.

—¿Nos vas a explicar el rollo que te traes con el sueco? —preguntó Lola.

—Como buena periodista que eres queremos que nos cuentes todos los detalles —siguió Silvia.

—No es sueco, es holandés.

—Me da igual su nacionalidad, zorrilla —volvió a intervenir Lola—, sólo quiero saber si te empotró contra esta pared o aquella —señaló una pared y luego a la otra.

—Simplemente os diré que es el mejor sexo que he tenido en mi vida, honestamente. También que es imposible que vaya a repetirse. Es un problemón trabajar con él después de lo que ocurrió. Además, es el hijo del dueño, ¿os parece poco complicado?

—La verdad, es un marronazo, nena —dijo Silvia.

—Depende de cómo lo llevéis... a mí me molan estos intrínquilis de despacho, follando en la mesa de reuniones y todo eso —soltó Lola con su tono habitual.

—No te lo tomes a broma.

—No lo hago. Te digo lo que pienso. Tú no sabes la de polvos que he echado en el bufete...

Silvia se quedó al margen de la conversación por un momento ya que con Lola estaba jugando a una especie de partida de ping pong.

—Lola, ¡madura! ¡Coño! Tú ves muchas series americanas, pero esto es España y no funciona así. No puedo ser su jefa y acostarme con él... que eres abogada ¡joder! Parece mentira que se te pase por la cabeza... Esto es más serio de lo que parece ¿no crees?

—Bueno mujer, no te pongas así —intervino Silvia—, a ver si se va a romper una amistad por una tontería, además las dos vais pasaditas de copas.

—Las tres —puntualizó Lola.

—Bueno ¡pues a dormir la mona! —bajé el tono para que resultara más conciliador—. Mañana nos levantamos pronto y vamos a comer unos churros por ahí.

—¡Hecho! —confirmaron las dos al unísono.

Nos fuimos a dormir y yo seguía notando el aroma a Johan tan sólo por haber bailado con él. No soy tonta y sé detectar cuando alguien me interesa más de la cuenta, pero lo nuestro era totalmente imposible. Quizá debiera despedirle, aunque no estaría bien siendo el hijo del jefe. Además, ¿qué motivo podría alegar? ¿Ser tremendamente sexi? ¿Qué quiero tener algo con él y que si no funciona todo se va a la mierda?

No era una situación cómoda en absoluto y debíamos aclarar los términos y condiciones de nuestra relación, que sólo podía acabar siendo una linda amistad.

Capítulo 9

Sábado bizarro

Obviamente nos despertamos las tres con una resaca del quince. Por mucho que me vaya a dormir tarde soy incapaz de despertarme a las quinientas, así que a las ocho y media, lo más tardar, suelo estar en pie y conectada a internet para enterarme de las noticias del día.

Me puse a revisar alguno de los artículos del especial de Navidad que estábamos preparando: destinos en familia; en pareja; para solteros... y hasta pensé en disfrutar de unos días de vacaciones en uno de esos idílicos parajes, sola, sin amigas, sin chicos: totalmente a mi bola. No descarté la idea de pillarme unos días para el puente que se avecinaba y me pareció una buena idea plantearle a Mark, mi jefe, ese mismo lunes si podía ser una *tester* en uno de esos destinos, para ir en plan solitario.

Salí con las chicas a por los churros y tomamos un poco el sol de otoño que aún calentaba casi tanto como el de verano. Lola estaba mucho más relajada y sensata que la noche anterior y no quiso tocar el tema.

—El lunes tengo el pleito por estafa documental —se lamentó Lola—. El cabronazo del ex marido de mi clienta ha contratado a uno de los mejores abogados en la materia y, aunque lo tenemos bien pillado con las pruebas, no sé cómo acabará.

—No tiene nada que hacer —intervino Silvia—. Está bastante claro lo que sucedió, no creo que se libre.

—Bueno... ¿y qué hacemos hablando de trabajo un sábado? —solté—. ¿Estamos locas o qué?

—Lo peor —continuó Lola ignorando mi comentario—, es que el abogado contrario es amigo mío...

—Bueno, seguro que más bien es un «follamigo». Cuando hablas con ese tonito... —puntalicé.

—¡Punto para la nena sabionda! —exclamó Lola—. Me horroriza verle fuera de la cama. Soy una tía muy profesional y cuando me cruce con él en los juzgados y me mire con esa cara de «empotrador»... me pondré mala.

—¿No te había tocado nunca como parte contraria? —preguntó Silvia.

—Sólo en la cama —contestó—, que es donde me gusta verle. Nunca hablamos de trabajo cuando estamos juntos.

—¿Pero os veis a menudo? —seguí con el interrogatorio—. Creo recordar que decías que te acostabas sólo tres veces y luego *bye bye*...

—Bueno con Daniel han sido unas cuantas más... unas veinte en los últimos seis meses.

—¡Son demasiadas! —Silvia se extrañó tanto como yo—. ¡La vas a cagar, pero bien! ¡Eso si no la has cagado ya!

—Pero a ver, ¿tú sientes algo especial por el tal Daniel? —pregunté—. No parece propio de ti...

—No sé... me gusta, sin más, pero ninguno de los dos da un paso para afianzar la relación. Cuando vi su nombre en los papeles como abogado de la otra parte casi me da un telele. Me envió un Whatsapp donde me deseaba suerte. Encima con retintín...

—¿Y no habéis hablado sobre el tema? —preguntó Silvia—. Va a ser muy embarazoso.

—No, ¡qué va! Lo he intentado y no me coge el teléfono. Me está torturando. Lo hace a menudo para cabrearme, aunque vaya, ¡que le den! Una vez me pongo el traje de los pleitos soy otra Lola, así que intentaré que no me dominen los nervios.

—Es lo que debes hacer —pasé la mano por el hombro de mi amiga, apoyándola—. Es lo que tiene haberse acostado con medio colegio de abogados, guapa.

—Algún día tenía que pasar —suspiró.

—Pues ese día llegó —Silvia se carcajeaba sin parar, no podía aguantarse la risa, aunque en el fondo, conociéndola, le sabía fatal.

Es que Lola es una mujer muy desinhibida, esa es la verdad. No tiene pelos en la lengua y, según ella excepto en la cabeza, en ningún otro sitio.

Tras el chocolate con churros «cada mochuelo a su olivo». Nos desperdigamos cada una a su casa ya que teníamos cosas que hacer.

Silvia comentó que estaba en contacto con alguien que había conocido por internet en una aplicación de esas de ligue. Movida por la curiosidad encendí mi ordenador y me creé un perfil e imagino que lo hice más movida por quitarme a Johan de la cabeza que por otra cosa.

No tardaron en entrarme algunos mensajes en dicha red social que no

quise responder de momento, de hecho, me sentía algo ridícula habiéndome inscrito en esa página.

Repasé de nuevo algunos documentos ya que aún me estaba haciendo con mi nueva faceta de directora. No me lo creía aún y pensaba que en algún momento podría irse todo a la mierda, no obstante, quise disfrutarlo mientras pudiera.

Johan me envió un recordatorio de la cita del día siguiente:

«Jefa, ¿nos vemos mañana tal y como acordamos?»

Lo acompañó con un emoticono feliz.

Le estaba cogiendo el gustillo a llamarme así y a mí me daba la risa por lo tonto que sonaba. Le contesté con el mismo tono guasón:

«Sí, subordinado. Puntualidad».

Me dispuse a leer un rato y deshacer un poco mis nudos mentales. Se trataba de una novela de esas de ciencia ficción que no me atraía nada y que estaba leyendo por recomendación de Silvia, mi amiga más friki. No era para nada mi estilo, sin embargo, cualquier cosa me valía para no recordar el aroma de Johan, o al menos, así lo deseaba.

Cómo no, me quedé frita con el libro entre las manos... ¡un clásico!

Capítulo 10

¿Por qué es tan rematadamente atractivo?

Desperté a mi hora, como siempre demasiado pronto para ser domingo. Desayuné tostadas y mi clásico batido de chocolate, costumbre arraigada desde niña y que no quería abandonar.

Recordé que en la terraza tenía plantas y que debía acudir a «darles de comer», eso si no estaban ya muertas.

Me puse una mascarilla nutritiva en la cara y a la media hora me duché y sequé mi melena.

Estaba nerviosa, lo reconozco.

A las doce menos diez ya estaba preparada para salir por la puerta y Johan se presentó puntual, como un reloj suizo.

—¡Qué guapa estás «jefa»! —exclamó con el tonito habitual.

—Le estás cogiendo el gustillo a llamarme así...

—Mejor te llamo Julia fuera de la oficina, ¿no?

—Sí, definitivamente suena mejor.

Me dio los tres besos de rigor en las mejillas, pero muy cerca de la comisura de mis labios y le correspondí.

—Te voy a llevar a un sitio genial, aunque tenemos que ir en coche.

—¿Para hacer el vermut? Tampoco hará falta ir muy lejos.

—Bueno, está a unos pocos kilómetros, en la costa. La vista es espectacular y aún hace buen tiempo. Vamos a aprovechar el sol de otoño ¿no te parece?

—Vale. Vamos donde quieras...

Me sorprendió que condujera un coche normalito, pues le pegaba más un deportivo; en cambio conducía un cuatro por cuatro que, por cierto, tenía un par de abolladuras considerables.

—Perdona el desorden —Johan se apresuró a retirar los trastos relacionados con el mundo de la fotografía que se hallaban encima del asiento delantero y que yo debía ocupar—. Es el coche que utilizo para trabajar y está

hecho un desastre, no tengo perdón.

—No pasa nada, tranquilo —contesté para quitarle hierro al asunto, aún a sabiendas que ese desorden no le pegaba nada de nada.

Abandonamos Barcelona por la autovía de Castelldefels y después enfilamos las Costas del Garraf.

—Me encanta ir por aquí, lo prefiero a la autopista, el paisaje es fenomenal.

Paró el coche en el punto más alto de la carretera, en un mirador y observamos con tranquilidad el maravilloso paisaje. El mar estaba en calma, no como mis latidos que se iban acelerando a cada segundo. Unos veleros navegaban por la costa. Era la estampa perfecta.

—A veces vengo aquí a pensar, meditar —rompió el silencio—. Me siento en paz.

—Es un lugar precioso. Pensar que he pasado por aquí miles de veces y nunca he parado...

—Eso es porque lo tienes tan a mano que ni siquiera reparas en ello. Suele pasar.

Cogió mi mano con delicadeza y suavidad. No pude articular palabra. Debí haberle dicho en ese momento que su conducta era inapropiada dadas las circunstancias, aunque mi cerebro se bloqueó sin atender a razones y no me permitió verbalizarlo.

Nos quedamos unos minutos allí, observando desde el bonito mirador.

—¡Qué paz! —suspiró—. ¡Vamos! ¡Al final no podremos hacer el vermut!

Nos dirigimos hasta el coche con las manos enlazadas. No quería soltarle, me atraía como un potente imán.

—¿Dónde me llevas? —pregunté con la curiosidad de una niña pequeña.

—A Sitges... En uno de sus rincones hay un pequeño bar que sirve las mejores tapas de la comarca. Picaremos algo.

—Vale.

No atiné a decir nada más... deseaba que el momento perdurara y eso que sabía que debíamos zanjar nuestro pequeño idilio para evitar problemas futuros.

Llegamos y, efectivamente, el sitio era una maravilla. Ni siquiera estaba en el centro del pueblo, sino en una zona apartada, con unas vistas al mar preciosas.

—¿Qué te llevó a ser periodista?

—La curiosidad por todo, imagino. ¿Y a ti fotógrafo?

—Me encanta hacer eternos los lugares que me apasionan. También me ocurre con las personas. Creo que, en definitiva, eso es lo que me motiva en realidad. Por cierto, en unas semanas inauguro una exposición, me gustaría que vinieras.

—¡Claro! —respondí—. ¿Alguna temática en concreto?

—Asia: sus gentes, sus costumbres, su gastronomía...

—Me encanta Asia. Allí estaré.

—Mira —dio un sorbo a su *Martini*—, sé que te sientes incomoda, yo también... De hecho si no morí de un infarto el día que te vi entrando por la puerta del despacho de mi padre, dudo que sufra alguno...

—No sé si es incomodidad lo que siento —me sinceré—, el problema es que trabajar juntos lo complica todo.

—¿Por qué?

—Porque los sentimientos siempre lo hacen, lo entorpecen todo. Debemos de dejar de vernos fuera del trabajo.

—Seamos amigos, al menos.

—Por supuesto.

Acepté sabiendo que cada vez que cerrara los ojos lo seguiría sintiendo entre mis sábanas, dibujando con sus dedos en mi piel y con sus labios alimentándose de los míos.

Johan me contaba cosas de su vida, sin embargo, yo tenía la cabeza en otro sitio y, aunque quería salir corriendo para no liarme más, mis pies no se movían del lugar.

Tenía encanto el chaval..., era guapo, listo, buen profesional y como amante no tenía parangón.

Me gustaba y me fastidiaba bastante ese hecho.

Finalmente pasamos el día juntos. Tras el aperitivo nos comimos una paella y así hasta las ocho de la tarde.

Volvimos a Barcelona y ciertamente el día se había pasado volando... las horas parecían minutos cuando estábamos juntos.

No quise ofrecerle ni un café en casa porque no me fiaba de mí misma. Estaba segura de que, de ponerse a tiro, no lo hubiera dejado salir de mi cama en años y no quería correr ese riesgo: el fuego seguía ahí y ni siquiera se

había convertido en brasas. Así que, tras un beso de amigo peligrosamente cerca de la boca, lo mandé a su casa con un «hasta mañana».

Al llegar vi que tenía tres mensajes de Lola. La llamé:

—Hola guapa ¿qué te cuentas? Acabo de ver tus llamadas.

—Vaya horitas... Llevo todo el día intentando localizarte. Bueno, no pasa nada grave, es que quería comentarte una cosa.

—Me estás asustando —Lola no solía ponerse tan seria a menos que pasara algo gordo.

—Ayer me vi con Daniel. Me lo encontré en el súper.

—¡Qué romántico! —bromeé—. Dime al menos que cuando os visteis no iba con un paquete de papel del culo en la mano... eso le quitaría glamur al encuentro.

—No tienes remedio —suspiró—. Me armé de valor y le dije que quería hablar con él, quiero dejarle claras algunas cosas.

—Y ¿qué te respondió?

—Que quedáramos para cenar esa misma noche.

—Imagino que aceptaste ¿no?

—Sí, sí, obviamente. De hecho, me invitó a cenar en su casa. Dijo que estaríamos más tranquilos.

—Eso ya me parece más peligroso...

—Y lo fue: nada más entrar por la puerta, me empotró contra la pared. Julia, esto se me ha ido de las manos.

—Tampoco es tan grave enamorarse, hija.

—Sí que lo es, y más cuando lo haces de un capullo integral.

—Bueno, digamos que él actúa como has hecho tú siempre. Tú te has pillado, aunque él ¿crees que no siente nada? A mi modo de entender se toma demasiadas molestias para echar un polvo: te invita a su casa, te prepara una cena... vamos, que tampoco parece el típico que va al grano.

—La verdad es que nunca nos hemos dicho las palabras mágicas, no somos excesivamente cariñosos. Tampoco es una relación típica. Como te dije, nos vemos de tanto en tanto y ya está, sin compromiso. Lo único es que se está alargando más de lo previsto... seguramente ambos esperamos que sea el otro el que se ponga serio y proponga ir más allá.

—¿Mañana tenéis el juicio verdad? ¿Estás nerviosa?

—Sí. Anoche no tocamos el tema y era precisamente de lo que quería hablar con él. No lo hice... ¡joder!

—Y ahora estás que no puedes dormir, ¿me equivoco?

—Estoy atacada... más nerviosa que el monitor de natación de los *gremlins*.

—Mi consejo es que entres en esa sala y no te imagines que ese tío es un tipo al que te estás trajinando, sino el abogado de la parte contraria, que es lo que será en ese momento. No hables con él antes de entrar y evita también el contacto visual o te desarmará.

—¡Ostia! Pareces una profesional.

Evidentemente era lo mismo que pensaba hacer yo en cuanto Johan se interpusiera en mi camino.

—Tú inténtalo. Eres una gran abogada, Lola. Sé que te intimida porque has tenido un contacto íntimo con él y no lo consideras apropiado dadas las circunstancias en la que os encontráis —seguía pensando que Lola casi tenía un papel parecido al mío, salvando las distancias, pues ella no era su jefa—. Aun así, olvida que le conoces y si te has de dirigir al él en algún momento no lo hagas por su nombre, llámale «letrado» o por su apellido: así se alargará la distancia que ahora sientes tan cercana con él.

—Y ¿después? ¿Le llamo? ¿Hago algo?

—¡Ni de coña! Ya te llamará él si quiere y, estoy segura de que lo hará.

—¡Joder! Me siento como una niña, con la mili que tengo yo...

—Es normal, se llama «pánico escénico» y en tu caso tienes todos los motivos, así que, mi niña, tómate alguna pastillita mágica antes de ir a la cama, duerme al menos ocho horas y al despertar una buena ducha caliente y un desayuno bien completo: estarás como nueva.

—Gracias por escucharme, amor. Sabía que podía contar contigo.

—Siempre estaré aquí, lo mismo que siempre estás tú para recomponer mis pedacitos. Te quiero, guapa. Buenas noches.

—Y yo a ti cielo, que descanses.

Ni siquiera le conté cómo me había ido con Johan... aunque en este caso consideré que debía ser ella la protagonista de nuestra conversación, al menos por una vez.

Capítulo 11. Mi primer reto

Ese lunes desperté con un mensaje de mi jefe:

«¿Julia, podemos hablar sobre las 11 horas? Necesito comentarte unos temas y si no lo hago hoy se nos hará tarde, pues debo marchar unos días a Ámsterdam y quiero dejarlo atado».

«Por supuesto, lo que necesites. Nos vemos en tu despacho».

No conocía demasiado a Mark, aunque sí iba pillando su forma de trabajar. Me sorprendió la premura, puesto que lo suele tener todo bajo control. Me asusté un poco y, de hecho, se me pasaron varias historias trágicas por la cabeza: que se había enterado de lo que tuve con su hijo, por ejemplo, aunque enseguida descarté eso, ya que me pareció demasiado fuerte; otra de las cosas que pensé es que no estaba a gusto con mi gestión, cosa que también me extrañaba, pues apenas llevaba unas semanas en el cargo... Total que iba a tener que esperar a la hora de la reunión para salir de dudas.

Mi asistente, María, me recordó una serie de llamadas pendientes que debía realizar ese día y también la agenda de la semana que venía apretadita. Lo de cogermé unos días libres para irme por ahí iba a estar complicado...

A las once menos cinco me dirigí hacia el despacho de Mark y ¡sorpresa! también estaba Johan. El corazón casi se me sale por la boca y mis manos empezaron a sudar, cosa que siempre me pasa cuando me pongo de los nervios y algo escapa de mi control.

—Pasa Julia, siéntate.

Mark como el caballero que es me ayudó a acomodarme en la silla. Johan me miraba sin tener ni idea de qué iba la película.

—Pues dime, Mark, ¿en qué puedo ayudarte?

—Sí, eso digo yo —replicó Johan con la misma cara de sorprendido que yo—, ¿a qué vienen estas prisas? ¿Pasa algo grave?

—No, no es nada grave, es que os quiero hacer una propuesta.

—Tú dirás —dijimos al unísono.

—Mi amigo Reinaldo Cabañas, el empresario hotelero de Miami del que os he hablado alguna vez, necesita unos *tester* de confianza para ir a valorar unos hoteles en Bali. Hace poco han adquirido unos nuevos edificios que han reformado... se han gastado varios millones de dólares y necesita de primera mano una opinión sincera y veraz, pues no tiene mucha fe en que las cosas se estén haciendo según sus directrices. Se trata de una cadena hotelera de lujo enfocada a parejas en viaje de luna de miel, su clientela mayoritaria.

—Muy bien —siguió Johan—, puedo ir cuando quieras, no hay problema.

—Sí, por mi parte tampoco hay problema en que Johan vaya, pues hay otros fotógrafos disponibles para suplirle.

—No me habéis entendido: me gustaría que fuerais los dos y os hagáis pasar por una pareja en viaje de novios. En total son diez días. No quiere que nadie del personal del hotel sepa que sois *testers*, de ahí que acuda a vosotros, daríais el pego como pareja —puntualizó Mark.

—¡Claro! ¡Será divertido! —exclamó Johan rápidamente con la misma sonrisa que tendría un niño pequeño tras haberse comido los caramelos de su hermana.

—Es una locura, Mark —respondí—. ¿Quién hará mi trabajo aquí durante todo ese tiempo?

—Por eso no te preocupes, estará todo controlado. Además hay cosas que puedo hacer yo mismo y tú desde la distancia... nos apañaremos. Es un favor que le debo a mi buen amigo y, necesito gente con buen criterio y en la que confío plenamente, ¿qué mejor que mi hijo y mi mano derecha?

Me dejó desarmada, sin argumentos y sin palabras, mientras Johan seguía sin disimular su alegría.

—¿Cuándo salimos? —preguntó.

—Partiríais dentro de un mes, como mucho. Tomadlo como unas vacaciones pagadas, ¡hay gente que mataría por ello! Ya os daré el *planning* de lo que hay que hacer y chequear exactamente.

Me quedé muerta.

—De acuerdo Mark, si es lo que necesitas, cuenta conmigo —contesté.

Salimos de su despacho y Johan se acercó a mi oído y susurró con su sexi voz:

—Después de todo parece que los astros quieren que tú y yo estemos juntos, ¿no crees?

No respondí, pues de haberlo hecho, con el mosqueo que tenía, quizá le

hubiera mandado a tomar por donde amargaban los pepinos.

Me metí de nuevo en mi despacho y a los cinco minutos ya tenía un mensaje interno de él:

«Tampoco lo tomes como una condena, lo pasaremos bien, como amigos... ¿es que crees que voy a violarte o qué?»

Le contesté:

«No es apropiado y lo sabes. Estoy segura de que tu padre de haber sabido lo que hubo entre nosotros, ni se le hubiera pasado por la cabeza proponérselo».

No tardó en replicar:

«Somos adultos y unos profesionales. Iremos a Bali y haremos el trabajo que nos ha encomendado nuestro jefe».

Y yo no me quedé corta:

«Imagino que serías igual de profesional si en vez de proponérmelo a mí, se lo hubieran dicho a Conchi de Contabilidad...».

Siguió:

«Conchi es fea, vale, y no sería lo mismo, aunque por unas vacaciones gratis en Bali a todo trapo, me llevo hasta a Eva de Recursos Humanos».

Reconozco que me hizo reír con sus ocurrencias pues Eva era una señora ya entrada en años, a punto de jubilarse diría, que llevaba todos los temas administrativos del departamento y además no era precisamente famosa por su simpatía.

Zanjé el tema:

«Bueno pues nada, ves renovando el pasaporte si es el caso, porque parece que nos vamos a Bali y ahora... ¡A TRABAJAR!».

Salí a comer algo rápido, una ensalada y un postre, con mi ayudante, en la misma plaza Francesc Macià. Trabajé toda la tarde con la cabeza puesta en otro sitio y dándome cuenta por momentos en el follón que iba a significar ese viaje. De ir juntos y hacernos pasar por un matrimonio tendríamos que compartir habitación. Cierto es que Mark nos había enviado un link de los hoteles en donde nos íbamos a alojar y, no eran habitaciones precisamente pequeñas... es más, eran bastante grandes, todas ellas suites. Decidí no pensar en los inconvenientes hasta que estuviera metida de lleno en el problema. Era lo mejor: no avanzarse a la situación.

Había quedado a la salida con Lola y Silvia para tomarnos unos vinos. Los

lunes son días duros en los que se necesita alguna sustancia extra para sobrellevar la semana que nos viene encima. Además, Lola ya había tenido la vista y estaba deseando que me contara cómo le había ido. Y yo... tenía unas ganas locas de confesarme sin pelos en la lengua.

Pasé de ir al gimnasio, una vez más, para ir con ellas. De hecho, ni siquiera sabía por qué me había apuntado, si no iba casi nunca... Tomé nota mental de que debía de retomar las clases y ponerme las pilas... o borrar me definitivamente.

Capítulo 12

Una situación embarazosa

Mis amigas y yo acordamos que nos iríamos de fin de semana juntas, irnos por ahí y disfrutar de la vida. Lola era la que solía llevar la voz cantante y organizarlo todo, aunque, honestamente, me daba igual a dónde... quería salir y ajustar las clavijas de mi loca cabeza.

Aprovechamos que se presentaba un puente de tres días y decidimos escaparnos a Ámsterdam. Ya era casualidad también, pero es que tanto a Silvia como a Lola les encanta ese destino y, para qué negarlo, a mí también.

Ese viernes por la mañana me crucé con Johan y su inquietante sonrisa. Me deseó un buen fin de semana y desapareció como el humo. Ciertamente iba algo distraído por uno de los pasillos de la redacción y no me hizo mucho caso. Se me escapó el característico gesto extraño con la nariz, una mueca que me sale de repente cuando ando un poco mosca.

Tras lo de Sitges llevaba unos días evitándome. Era justo lo que le había pedido, «normalidad dentro del trabajo», aunque no puedo negar que echaba de menos sus comentarios jocosos y sus indirectas. No habíamos vuelto a hablar del tema de Bali y, según el plan que nos envió Mark, salíamos en poco más de dos semanas.

Ya por la tarde hice las maletas para, a las siete de la mañana, salir de casa con todo listo y no demorar ni un minuto el viaje a Holanda. Acordé con las chicas que las recogería con el taxi, como hacíamos siempre, para optimizar recursos y reducir gastos.

—¡*Mecagontoloquemecago!* —gritó Lola entrando ya en el aeropuerto—. ¡Me he dejado la plancha del pelo! ¡Tenemos que volver!

—¡Estás loca! —exclamó Silvia—, yo llevo una, la compartimos y ya está... ¡ya ves tú qué problemón!

—*Ains*, suerte que te tengo a ti, *cuchicuchi* —contestó Lola con cara de alivio, como si el problema fuera de envergadura y no una chorrada, que es lo

que era en realidad.

Ya embarcadas, nos pedimos un vinito, pese a que todavía no eran ni las diez de la mañana... la cosa prometía y, honestamente, tenía muchas ganas de coger una buena turca y sacar a ese hombre de mis pensamientos. Me estaba resultando difícil teniéndolo cerca casi a diario en la redacción.

Aterrizamos y fuimos directas al hotel. Dejamos las maletas y nos fuimos a comer a la plaza Dam, donde está todo el meollo concentrado. Ya por la tarde, un poco de compras por las mejores tiendas del centro y, de vuelta, a cenar cerca del Barrio Rojo, en un cuchitril no muy atractivo, pero en el que sabemos hacen unas quiches deliciosas. Nos sentamos en una terraza pese a que refrescaba, aunque llevábamos bastante alcohol circulando por las venas y eso lo hizo más llevadero.

—¡Ostia! —exclamó Lola—. ¿Ese no es tu ligue? ¿Aquel tío que trabaja contigo?

Levanté la vista y a escasos metros estaba Johan paseando junto a una chica. Me dio un vuelco el corazón. No nos vio, claro que tampoco imaginaría que iba a estar por allí.

Ella le cogía del brazo y le cuchicheaba algo cerca de su oído. Él reía sin parar. Iban, lo que se diría, acaramelados.

Pasaron cerca, pero siguieron su camino sin percatarse de nuestra presencia.

—¡Madre mía! ¡Qué pequeño es el mundo! —intervino Silvia.

—El mundo es un pañuelo lleno de mocos —replicó Lola.

—Sí, es Johan. Qué curiosa casualidad...

Desde ese momento mi viaje a Ámsterdam se volvió extraño y no pude dejar de pensar en ello en ningún momento. Mis amigas me llamaban la atención continuamente dada mi distracción, sin embargo ni siquiera pensaron que era por Johan, pues mentí diciéndoles que no significaba nada para mí. Era el hombre que más me había gustado en la vida y me estaba costando una barbaridad dejar de considerarlo más que a un compañero de trabajo.

La última noche recibí un mensaje de él:

«Hoy he escuchado esta canción y me acordé de ti»

Me incluyó el enlace de «All of me» de John Legend y la escuché, aunque a media canción lo dejé.

Me pareció muy osado que tras descubrirlo paseando con otra mujer me dedicara canciones románticas, claro que él no tenía ni idea de lo que yo había presenciado.

No contesté a su mensaje y le dejé «el visto» con toda la mala leche; ¿a qué jugaba este hombre?

Bajamos a la disco de moda y me tomé tres chupitos de *Jaegermeister* seguidos. Tenía clarísimo que si me acercaban una cerilla podía arder con mucha facilidad. Silvia andaba tonteando con un chico en la barra y Lola se intercambiaba mensajes con *nosequién*. Me sentí como pez fuera del agua. Vi mi futuro pasar ante mis ojos y no me gustó: sola, con una mascota y con un libro de «recetas para uno» en la mano. No deseaba casarme ni nada por el estilo, pese a todo, creo en la pareja, ¿y si Johan era ese «*perfect match*»? ¿Sería tan idiota como para perderle? ¿No sería más sencillo dejar mi trabajo e intentarlo con él? Descarté esa opción por motivos obvios: no está el horno para bollos y no van regalando el dirigir una revista bajo las tapas de los yogures.

Recibí un mensaje de mi ex que me hizo automáticamente pensar en otra cosa que no fuera Johan. Iba a venir a Barcelona a un congreso y quería cenar conmigo. Acepté, pues me llevaba muchísimo mejor con él desde que no estábamos juntos e incluso nos habíamos acostado en alguna ocasión tras dejarlo, aunque ambos teníamos claro que una relación de pareja no era posible, pues Sergio, que es un hombre guapo y que se gana muy bien la vida siendo cardiólogo, es bastante inmaduro en lo que a relaciones sentimentales se refiere. Teníamos una visión muy diferente sobre el futuro.

El caso es que nos veíamos cada cierto tiempo, aun sabiendo que en su país de residencia tenía una relación con otra mujer. No me importaba, de hecho le dejé y nunca me he arrepentido de ello. Sin embargo, a veces le echaba de menos... Lo más probable es que en mi fuero interno añorara tener pareja.

Quedamos para cenar el siguiente martes y decidí invitarle a la redacción para que viera en qué estaba metida: estaba orgullosa y deseaba que viera que yo también había progresado.

Al día siguiente desperté pronto y salí a correr un poco: había sido una escapada llena de excesos y necesitaba un poco de oxígeno. Me duché y me fui a la redacción.

Johan no apareció por allí esa mañana. Comprobé en su perfil de empresa si estaba de viaje por trabajo y no, en teoría estaba activo; tampoco se presentó a la reunión planeada con el equipo a mediodía.

Me picaba tanto la curiosidad que tuve que soltarlo:

—Quería consultarle un tema a Johan, ¿sabéis si ha venido?

—Llamó esta mañana —contestó María—, dijo que tenía papeleo y que luego trabajaría desde casa.

—Ah, perfecto. No estaba informada.

—Culpa mía —continuó—. No me pareció importante y no quise molestarte. ¿He hecho mal?

—No te preocupes. No pasa nada... has hecho bien, ningún problema.

Noté cómo María respiraba aliviada... es una gran colaboradora. En este poco tiempo que llevamos trabajando juntas, me ha demostrado ser muy eficiente, proactiva y perfecta para el puesto.

Ya sabiendo que él no iba a venir me relajé un poco, pues estaba con la escopeta cargada por lo que pudiera decir tras haberlo visto en una situación que lo dejaba en bastante mal lugar, aunque ¿qué me importaba a mí? Si fui yo la que lo había rechazado y la que insistía en que lo nuestro no podía ser...

Decidí responder a su mensaje, el de la canción:

«¿Seguro que es para mí? ¿No te equivocas de chica?»

Me respondió con un emoticono con la carita desencajada, el que interpretas como «qué me estás contando». Ahí lo dejé y supuse que en cuanto nos viéramos pediría una explicación a mi comentario.

Mi sorpresa fue que el día siguiente por la mañana tampoco se presentó y yo había quedado con Sergio que se pasaría por la redacción a eso de las cinco, le enseñaría la oficina y nos marcharíamos. La idea era que me acompañara a casa y después de cambiarme salir hacia el restaurante.

Y así fue, me recogió en el despacho y nos fuimos, pero cuando llegamos a casa, Johan estaba en la puerta, esperándome. Nos miró, torció el gesto e intentó sonreír de forma forzada.

Capítulo 13

Una situación embarazosa II

Johan nos miró de arriba abajo en un intento de comprender quién era mi acompañante.

—¿No nos presentas? —sugirió Johan.

—Soy Sergio, mucho gusto —se presentó sin que yo tuviera que mediar.

—Johan, el placer es mío —contestó.

—Hola —intervine—, ¿a qué debo tu visita?

—Quería comentarte algo —respondió—. Veo que estás ocupada, ya hablaremos mañana en la oficina.

—Por mí no hay problema —siguió Sergio—. De hecho, íbamos a tomar unos vinos y picar algo, por si te quieres unir.

Di un brinco ante su sugerencia.

—Puede esperar —soltó Johan al ver mi cara—. Mañana hablamos en el despacho. Un placer, Sergio.

Johan se subió a la moto que tenía aparcada enfrente de casa y se marchó.

—¿Este chico es algo importante? —preguntó.

—¿A qué te refieres? Es un compañero de trabajo.

—Julia, por favor... no hace falta verbalizarlo, con ver tu cara y la de él es suficiente.

—¿Desde cuando hablamos tú y yo sobre amantes?

—Bueno, tampoco me cuentes detalles sórdidos, pero no me niegues que tenéis algo.

—Lo tuvimos, fue algo muy fugaz. Trabajamos juntos y no puede ser.

—Qué pena... incluso no me disgusta para ti.

—No digas chorradas ¡que eres mi ex no mi celestino!

—Pero somos amigos y quiero lo mejor para ti.

—Tú sigues con Verónica, ¿no?

—De eso quería hablar contigo, entre otros temas...

—¿Lo habéis dejado?

—Cámbiate y vamos que llegaremos tarde. Luego te cuento.

Subí y me arreglé lo más rápido posible. Chequeé el móvil y tenía un mensaje de Johan:

«Quería explicarte algo, pero tranquila, mañana comentamos. Que disfrutes de la cena y de la compañía».

Me estaba intrigando por momentos entre el tema de Sergio y el de Johan.

Cogí el bolso y bajamos por mi calle hasta Consejo de Ciento donde paramos un taxi.

—Te has puesto guapa, nena.

—Gracias. Estoy con el intríngulis en el cuerpo... ¿Estás bien con Verónica?

—¿Y tú con Johan?

—De hecho, como te he dicho, no estamos juntos: sólo fue un rollo de una noche.

—No te lo crees ni tú, pero bueno...

El taxi llegó al Born, nuestro destino y entramos en el restaurante.

Nos sirvieron una copa de vino y Sergio soltó la bomba:

—Voy a ser papá... Verónica está embarazada.

Me quedé muda.

—Esperamos una niña. Será para marzo —siguió.

—¿Debo felicitarte? —pregunté sabiendo de antemano que Sergio odiaba a los niños y que siempre mantuvo que no quería tenerlos.

—¿Es una pregunta capciosa?

—No te enfades. Te conozco y siempre dijiste que nunca los tendrías. Me sorprende.

—No estoy molesto. Ha sido sin buscarlo, tal cual: Verónica llevaba el DIU.

—Esas cosas pasan; aun así, ¿estás contento?

—Si he de ser sincero, al principio no me hizo ninguna gracia... ya sabes cómo soy. Sin embargo, ahora que veo cómo crece en su interior me hace más ilusión. Si no hubiera sido de esta manera nunca lo habiéramos hecho, pues ella tampoco quería hijos.

—Lo importante es que todo vaya bien.

—Sí. Tanto Verónica como la niña están bien. Hay más...

—¡Suéltalo!

—Nos casamos el mes próximo y nos mudamos de nuevo a Barcelona.

—¡Enhorabuena! —fingí un poco de entusiasmo.

No estaba tan contenta ni me alegraba tanto como quería aparentar. En el fondo me gustaba que Sergio estuviera pendiente de mí. Sí, es un sentimiento egoísta, lo sé, aunque no podía evitar sentirlo. Hace tiempo que lo dejamos, él se mudó a Londres y rehízo su vida... es lo más normal del mundo.

—Quiere que dejemos de vernos —espetó a media cena.

—¿Perdona? ¿No nos vamos a ver más? Somos amigos desde hace años...

—Dice que está muy bien ser amigos de los ex, sin embargo no le gusta este nivel de confianza que tenemos. De hecho, antes de prometernos le comenté que nos habíamos acostado en unas cuantas ocasiones ya estando con ella: no quería que nuestro matrimonio empezara con secretos.

—Disculpa Sergio, pero eres idiota perdido, ¡cómo se te ocurre contárselo! ¡Si los dos sabemos que no fue más que sexo! ¡Es absolutamente normal que te haya pedido que no tengas contacto conmigo!

—Quería ser honesto con ella...

—¡Pues mientras follábamos te daba un poco igual su opinión!

—No volverá a ocurrir...

—Desde luego que no, eso te lo aseguro. Podrías haber sido más inteligente. ¡Ahora se entiende que no quiera que nos veamos!

—Hablaré con ella para comentarle que lo nuestro es un capítulo totalmente pasado y que no debe preocuparse, aun así quería comentártelo.

—Sergio, ¿puedo ser sincera contigo?

—Ya sabes que sí.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? ¿Estás enamorado?

—Lo estoy, no obstante, nunca será como lo que tuvimos tú y yo, eso lo tengo claro.

Un triste silencio se cruzó entre nosotros. Duró un par de minutos.

No dije nada, simplemente cerré los ojos unas décimas de segundo sabiendo que mi amigo la estaba cagando y no quería tener esa presión en mi vida. Lo dejamos por muchos motivos, entre ellos, que él no quería tener hijos y yo sí.

Cenamos... y yo estaba triste. Sergio me importaba mucho. Lo del sexo me daba igual y más tras lo de Johan. En realidad, de lo que tenía ganas era de encontrar a alguien que lograra ponerme los ojos en blanco y volver a sentir mariposas en el estómago, de esas que se apoderan de tus vísceras. Sentía una cierta envidia de que él sí hubiera pasado página y de que su vida

sentimental se estuviera encaminando. Pero, pese a todo, yo le apreciaba como amigo y no quería perderle.

—Te acompaño a casa —sugirió.

—No hace falta, me apañó con un taxi.

—No seas tonta, Julia. No me importa, además mi hotel está cerca.

Fuimos juntos y en el mismo portal acercó sus labios peligrosamente a los míos...

—Podríamos hacerlo por última vez... —susurró.

—¡Estás loco! —contesté sin tener claro si me apetecía o no estar entre sus brazos a modo de despedida, aunque la tentación era muy fuerte, pues se agolpaban millones de recuerdos en mi cabeza.

Me besó y en un acto de cordura me retiré.

—No lo hagas más complicado...

—¿Y vamos a acabar así, sin más? —preguntó.

—Tú sabrás... A mí nadie me dice a quién tengo que ver o no —dejé caer que no tenía por qué aceptar órdenes de nadie.

—Subimos y hablamos. Yo tampoco quiero dejar de verte.

—¡Márchate! Lo nuestro no es ni será nunca más amor y lo sabes. Quédate con ella, es lo más sensato: esperáis una hija.

—La última copa y me voy.

—Vale —contesté a medio convencer—. ¡Después te largas!

Se acomodó en el sofá y se deshizo de la corbata la cual llevaba aflojada hacía mucho rato.

—Me encanta practicar la medicina, pero los congresos no los soporto...

—Debe ser pesado, sí —contesté desde el office de mi apartamento mientras preparaba dos gin-tonics.

Me senté junto a él con una de mis piernas bajo mi trasero, muy típico de mí.

—Quiero que seas muy feliz. Te lo digo en serio —solté mientras chocaba mi copa con la suya.

—Lo intentaré —su voz no me transmitía tranquilidad alguna.

—Empiezas una nueva vida... deberías alegrarte.

—¿Sabes? No te lo he dicho en todo este tiempo... Estoy muy arrepentido de no haberle dado una oportunidad a lo nuestro... me siento cómo un auténtico gilipollas.

—Creo que empiezas a ir un poco pedo, amigo —intervine para intentar que no se pusiera intenso.

—Nunca la querré tanto como te quise a ti. Es la única verdad. Sergio me besó en los labios.

—No puede ser, déjalo —susurré mientras me iba deshaciendo al recordar la última vez que estuvimos juntos.

—Hagamos el amor por última vez. Te deseo Julia...

Cerré los ojos y me dejé llevar por unos segundos, pero Johan apareció de repente en mis pensamientos.

Le pedí que se marchara.

No fue una noche memorable en ningún sentido y descubrir que el holandés me gustaba tanto como para rechazar una noche de buen sexo me hizo reflexionar: me estaba enamorando de Johan.

Quizá porque sabía que era el fruto prohibido o tal vez porque ni siquiera debía mirarlo... En cualquier caso tenía que olvidarlo y sacarlo de mi mente antes de que fuera tarde. No quería sufrir.

Por otro lado, ya ni siquiera sabía si Johan estaba interesado en mí, pues estaba la chica de Ámsterdam...

Me fui a dormir con la pena en el cuerpo, dando vueltas desde los pies hasta la cabeza.

Capítulo 14

Los «misterios» de Johan

Llegué al despacho con diez minutos de antelación; me esperaba María con el café en la mano.

—Hola Julia, buenos días, ¿qué tal has dormido?

—*Regulín*. Me va muy bien este cafelito mañanero —contesté con pocas ganas de entrar en detalles.

—Yo tampoco dormía bien hasta que me apunté a yoga —siguió—. Si quieres puedes acompañarme a una clase y lo pruebas: a mí me ha salvado la vida.

Pensé en que el rollito zen me podría ayudar a distraer la mente.

—¡Jolín, pues es una gran idea! —respondí además considerando que podía ser una muy buena actividad para hacer «equipo» con ella y no ser sólo la jefa—. ¿Cuándo podemos ir?

—Suelo ir los martes y los jueves cuando salgo —intervino—. Así pues, ¿te apuntas? Si es así te pido entonces una clase de cortesía.

—Genial María, muchísimas gracias.

—¡Ah! ¡Por cierto! Ha llamado Johan.

—¿Hoy también trabaja desde casa? —pregunté con curiosidad.

—No. Me ha comentado que necesitaba unos días libres por temas personales. También me ha dicho que intentó decírtelo ayer, pero que no fue posible.

—¿Sabes si tiene algún problema?

—Lo desconozco. Dijo que volverá cuando solucione unos asuntos en Ámsterdam.

Me pregunté por qué era tan protocolario y no le pedía directamente a su padre las vacaciones, aunque luego recordé que Mark se hallaba de viaje por trabajo.

María desapareció y me puse a jugar con el móvil... Le envié un mensaje:

«Me ha comentado María que te marchas unos días por temas personales. Tómate el tiempo que consideres. Si puedo ayudarte en algo sólo tienes que decirlo»

Johan no contestó pese a que el maldito Whatsapp me indicaba que lo había leído. Me puse nerviosa.

Esa mañana no tenía la cabeza en su sitio: estuve distraída en todas las reuniones, no me enteraba de nada...

Llamó María por el teléfono interior:

—Tengo a Johan en línea, ¿Te lo paso?

—Sí, gracias, pásamelo.

María pasó la llamada con rapidez y yo no tuve tiempo de prepararme para oír su preciosa voz de nuevo.

—¿Johan?

—Hola, Julia.

—¿Va todo bien? —pregunté tras notarle en muy bajo tono y no sólo por el volumen de su voz.

—Sólo quería comentarte que me cojo unos días. Estaré en Ámsterdam por temas personales. Era justo lo que te quería contar ayer.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No. Ya te lo explicaré, por teléfono no son maneras. Hasta luego, Julia.

Tras pronunciar esas palabras Johan colgó el teléfono.

Estaba preocupada. ¿Qué le pasaba a este hombre?

Llamé de nuevo a María.

—¿Quieres que vayamos a comer juntas? Invito.

—¡Claro, Julia!

—Anula nuestros compromisos de esta tarde, nos la tomamos libre.

—¡Qué guay! ¡Gracias!

Quería estar distraída y quitarme esos segundos de conversación con Johan de mis sentidos... Instintivamente supe que algo no iba bien y estaba claro que no me lo quería contar, al menos por teléfono.

¿Temas personales? Eso pueden ser mil cosas: desde papeleo hasta una enfermedad grave. Me estaba haciendo mil películas a cuál más terrorífica...

Llevé a María a un restaurante frente al Puerto Olímpico, pedimos unos entrantes a compartir y un arroz caldoso, especialidad de la casa.

—Estoy muy a gusto trabajando contigo —dijo mi compañera—. Es una

suerte que tengamos tan buen ambiente de trabajo.

—¿Hace mucho que trabajas en el grupo? —pregunté intentando conocer más detalles de mi colega.

—Dos años.

—¿Es tu primer trabajo?

—No, ¡qué va! Trabajé unos años como Secretaria Jurídica, pero la verdad, acabé muy harta.

—El mundo del derecho está fatal —solté—, tengo buenas amigas abogadas.

—Yo me preparé para ello, me gustaba el mundo que rodea ese sector, sin embargo los horarios son locos y está muy mal remunerado.

—Es cierto. Ahora lo importante es que estés a gusto trabajando con nosotros.

—Y tú ¿lo estás? Ya llevas unas semanas y parece que todo está bajo control. Me gusta que sea una mujer joven la que capitanee la revista ¡mujeres al poder! —hizo un gesto con el puño alzado en señal de fuerza que me hizo reír.

—Estoy muy contenta. Comparado con mi trabajo anterior no hay color... Para mí es una gran oportunidad laboral, además, el proyecto va muy con mi estilo de vida y mis gustos. Soy muy feliz, la verdad.

—Y ¿en el tema personal? Perdona, no debería haberte preguntado esto —puntualizó un poco apurada por su indiscreto comentario, aunque tras la tercera copa de vino blanco era comprensible entrar en materia.

—No pasa nada: estoy soltera. Lo dejé hace casi dos años con mi novio, sin malos rollos y, estoy muy bien así. No creo para nada en los príncipes azules.

—Yo tampoco, sinceramente —María se reía a carcajadas—. Tal y como está el patio quizá valore pasarme al otro bando.

—Pues es una opción, lo pensaré —bromeé.

—¿Te apetece hacer yoga esta tarde en vez del jueves?

—¡Uf! Con las copas que llevo no me veo haciendo la postura de flor de loto ni nada parecido.

—Pues nada, el jueves, como estaba previsto.

Nos quedamos en la terracita tomando un gin-tonic. Las vistas al mar eran impresionantes y estábamos muy relajadas disfrutando del momento.

—Creo que le voy a proponer a Mark que tengamos una actividad de

equipo rollo *teambuilding* para que todos nos conociéramos mejor.

—¡Ostras! ¡Qué buena idea! Podría hacer algunas propuestas.

—Estaría muy bien. Busca algunas opciones y se las presento en la reunión de Dirección del próximo mes.

Cogimos un taxi y acerqué a María a su casa ya que pasábamos de camino a la mía.

—Nos vemos mañana, Julia.

—Hasta mañana, guapa.

Subí a casa, me preparé un bañito relajante y la enésima copa de vino; ya no venía de una más. Alcancé el móvil y me dispuse a grabar en Whatsapp un audio para Johan:

«Me has colgado el teléfono sin más explicaciones y me has dejado preocupada, eso sí que no son formas»

Lo envié aun a sabiendas de que mi tono de voz dejaba entrever que llevaba unas copillas de más, no obstante, me lo pedía el cuerpo.

No tardó en contestar:

«¿Has bebido? ¿Estás bien?»

Respondí:

«Sí, ¿y qué? Me he tomado unos vinitos, ya soy mayor para tener que dar explicaciones».

Seguimos conversando a través de audios...

«¿Es por mi culpa? Estoy aquí por temas personales que nada tienen que ver contigo. Es por una amiga».

«Me parece muy bien, San Johan»

«Te recomiendo que te vayas a dormir. Volveré el viernes y hablamos tranquilamente»

«Si no tienes nada más que decir, buenas noches, entonces».

No recibí más mensajes y me dispuse a hacerle caso. Tomé un yogur y me metí en la cama.

Cerré los ojos y sus besos volvieron a mi cabeza, que no paraba de darme vueltas por el efecto del alcohol.

¿Quién era esa amiga tan importante como para cogerse unos días libres e irse junto a ella? ¿Sería la misma que vi en mi escapada? ¿Era alguien tan imprescindible en su vida? Todas esas preguntas se agolpaban en mi mente haciéndome mucho daño.

Capítulo 15

Julia, ¿dónde te has metido!

Mark nos envió un correo electrónico a Johan y a mí.

«El lunes salís para Bali, os adjunto todos los detalles, ya me iréis contando».

Había pasado casi un mes desde que nos anunciaron que debíamos ir y hacer el papelón de nuestras vidas. No me apetecía nada y menos tras la «huida» de Johan. No le había visto aún y estaba esperando que eso ocurriera, aunque no sabía muy bien por qué. El caso es que anhelaba su «molesta» presencia a mi alrededor.

Fui a yoga con María, tal y como acordamos y me gustó muchísimo, además, el profesor estaba bastante bien, aunque no era mi tipo, era más bien de los que le gustan a María. Ahora entendía su interés por las clases...

Johan no había dicho ni «pío» en esos dos días y se suponía que volvía a la oficina el viernes. Decidí tomarme libre ese día para renovar el pasaporte y hacer unas cuantas gestiones y compras antes del viaje a Bali, así que no aparecí por allí.

Le mandé un mensaje diciéndole que nos veríamos en el aeropuerto a la hora convenida y me contestó con un simple vocablo: «perfecto». Me resultó dolorosamente escueto.

Quedé con mis amigas esa noche de viernes, deseaba verlas y que nos riéramos un rato. Las invité a casa a cenar.

Lola es una fanática de mi lasaña casera y Silvia de mi brandada, así que hice unas tostadas con esa rica crema de bacalao acompañadas de mermelada de tomate y de segundo el plato favorito de Lola.

—¡Ya estoy aquí! —exclamó Lola, contoneando su culo al entrar por la puerta.

—¡Baja las armas, aquí no hay hombres! —solté divertida—, sólo estamos Silvia y yo, loca.

—Soy así de natural, ya sabes —contestó Lola—. Huele de maravilla, ¿me

hiciste lasaña, *amore*?

—¡Pues claro! Y brandada. Así os tengo contentas a la dos.

—Se va a Bali con Johan, la cabrona —intervino Silvia—. Por «trabajo» dice...

—Esta vendrá embarazada de «rebote», ya verás —insinuó Lola—: nos va a dar un sobrinito.

—Madre mía, si ya decís gilipolleces antes de beber, qué será de mí después...

—¡Hombre! Es que enviaros a Bali después de todo —siguió Silvia—, es arriesgado.

—Somos unos profesionales, lo haremos bien.

—Bueno, aprovéchalo —comentó Lola—. Estuve allí hace unos años y, como sabes, es un lugar espectacular. Supongo que tras el trabajo algo podréis visitar...

—Nos han pedido que actuemos con naturalidad, que nos hagamos pasar por unos turistas más... Hay programados siete días llenos de cosas que hacer. Además, tenemos que fingir que somos unos recién casados de luna de miel.

—¡Eso no nos lo habías contado! —continuó Lola—. Eso quiere decir que dormiréis en la misma habitación... ¡Ay madre! ¡Zorrón!

—Está todo pensado —respondí—. Nos alojaremos en una suite enorme y tendremos espacio de sobra para los dos. No tenemos ni que vernos si no queremos.

—Creo que estás enamorada, Julia —Silvia cogió mi mano y me miró a los ojos—. ¿Puedes negarlo? ¡Estás pillada!

—¿Lo estás? —preguntó Lola.

Derramé una lágrima. No hizo falta confirmar lo que mis amigas me preguntaban. Sufría lo que Lola ya había bautizado como «Efecto Tulipán».

—Creo que está con otra. Se habrá cansado de ir detrás de mí sin éxito, como un perrito faldero —confesé.

Les expliqué lo que había ocurrido durante los días anteriores.

—Yo creo que es un cerdo más —soltó Lola sin anestesia—. ¡Seguro que se folla a todas las que se le ponen a tiro!

—¡Qué dura eres Lola! —Silvia la riñó—. No sabemos qué ha pasado en realidad. Nos estamos haciendo una película y esta vez de miedo... muy en nuestra línea. Somos unas *drama queens*.

—Es verdad —intervine—. No tenemos ni idea de lo que está pasando, pero lo nuestro es imposible, no puede ser. Estoy deseando volver de Bali y todavía no me he ido.

Cenamos y dejamos de hablar de él. Tres botellas de cava después sonó el timbre de arriba.

—¿Esperas a alguien a las once y media de la noche? —preguntó Silvia.

—No. Será Paca, la vecina, que es más pesada que un collar de melones, la pobre mujer.

Me dirigí hacia la puerta, miré por la mirilla y era Johan. La abrí ante la estupefacción de todas las que allí estábamos.

—Hola, Julia.

—No es buen momento. Estás cogiendo por costumbre venir a mi casa a horas intempestivas. Tengo visita.

—Ya lo veo, estáis de aquelarre.

—¡Oye, tú! —gritó Lola—, ¿nos estás llamando brujas?

—Es una broma —puntualizó—. ¡Joder qué carácter!

Nos apartamos un poco para hablar, pero no lo suficiente para que las cotillas de mis beodas amigas lo escucharan todo:

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Sólo comprobar que estás bien. Tras tus mensajes no estaba tranquilo.

—¡Lo está! —contestó Silvia por mí—. ¡Está en buenas manos!

—¡Pírate ya! —gritó Lola de nuevo—. ¡Es una noche de chicas y no queremos testosterona merodeando por aquí!

—¡Calla, Lola! ¿Y por qué no iba a estarlo? —respondí con chulería.

Johan me cogió de la cintura acercó su boca a la mía y a punto estuvo de besarme, aunque no lo hizo.

—Tienes razón, no es buen momento —dijo reprimiendo un beso que yo estaba deseando—. Nos vemos el lunes en el aeropuerto.

Acto seguido se marchó mientras mis amigas le jaleaban al grito de ¡guapo! ¡Qué culito! Yo, mientras tanto, las reñía e intentaba hacer callar, muerta de vergüenza. El alcohol hizo que esas dos locas se desataran más de lo normal, lo cual ya era demasiado para lo que puede soportar un ser humano estándar.

—¡Estáis locas! ¡Parecéis unas crías! Pensará que nos estábamos cachondeando de él.

—¡Bah! Ya es mayorcito —replicó Lola—; lo superará.

—A mí me sabe mal —siguió Silvia—. Aparte de unas borrachas pensará que somos unas imbéciles. Creo que nos hemos pasado.

Desde ese mismo instante la fiesta terminó para mí. Esa visita me había descolocado. Estaba segura de que quería contarme algo importante y, una vez más, me iba a quedar con las ganas de resolver el misterio.

Capítulo 16

Bajo los influjos del «Efecto tulipán»

Dejé preparada la maleta el domingo por la noche y, bien pronto por la mañana, salí hacia el aeropuerto con la suficiente antelación. Johan cumplió escrupulosamente su palabra de vernos directamente allí y no me escribió mensajes ni me llamó. Yo tampoco lo hice tras la ridícula «*performance*» del viernes. Sentía un cierto bochorno y ni siquiera sabía qué decirle. Decidí que lo mejor era actuar como si no hubiera pasado nada y que, en todo caso, fuera él el que sacara los temas de conversación: yo miraría de torear los que no me interesaran.

Tras todos los trámites de seguridad al fin llegué a la puerta de embarque. Johan todavía no había hecho acto de presencia; quedaban apenas cuarenta minutos para embarcar. Me senté en el bar más cercano, con vistas a mi *gate*, para poder observar si finalmente acudía, ya que por un momento pensé que no iba a aparecer.

Finalmente con una bolsa de mano y corriendo por los pasillos a diez minutos de la hora límite, llegó.

—¡Perdona! ¡Ha sido un follón que no veas! —se disculpó dándome un beso en la mejilla.

—No te preocupes, aún tenemos unos minutos.

—Se me ha roto la caldera y había agua por todas partes —se lamentó—. Ha sido un desastre total.

—¿Lo has solucionado? ¿Te la han arreglado?

—Sí, en ello están. Mi hermana se encargará de todo.

—No sabía que tenías una hermana...

Caí en la cuenta de que realmente sabía muy poco de él.

—Sí, Helena. Es dos años mayor que yo.

—Pensaba que eras hijo único, como ella no trabaja en el grupo.

—Sí, trabaja desde la oficina de Ámsterdam. Está pasando unos días aquí. Tiene problemas con su marido y quería poner un poco de distancia.

—Vaya, lo siento...

—Supongo que será una de esas típicas crisis que se sufren de forma cíclica. No será la primera y desde luego tampoco la última —siguió—. Helena lleva todo lo relacionado con el marketing digital a nivel del grupo. Utiliza su apellido de casada, Maarsen, por eso no la has relacionado conmigo.

—Ahora que lo dices, hace unos días estuve hablando con ella de algunos asuntos. ¡Qué sorpresa!

—Bueno, pues ya lo sabes. Helena Maarsen es mi hermanita mayor.

Embarcamos en primera clase, tal y como estaba previsto. Soy una incansable viajera, aunque nunca con tanto dinero como para hacerlo a ese nivel. Soy *mindundi* por principios, aun así, a nadie le amarga un dulce. Iban a ser doce horas de vuelo hasta Singapur donde conectaríamos con nuestro destino final, Bali.

Nos sentamos en las cómodas butacas, que no asientos, y nos sirvieron Champagne bien frío. No eran horas, pero no supe decir que no y Johan me acompañó.

—Es un poco pronto para mí —sonrió—. Lo cierto es que no estoy acostumbrado.

—Frena guapo, yo tampoco. Aunque reconozco que últimamente te he dado motivos para pensar que soy un poco ligera con el tema del alcohol.

—Pues no, no me había dado cuenta —siguió con su sonrisa en la cara—. No te preocupes, son cosas que pasan.

—Disculpa el numerito del viernes. Nos pasamos mucho y estoy avergonzada.

—Relájate. Te noto incómoda y no debes estarlo. Fue culpa mía, nunca debí presentarme sin avisar.

—Mis amigas están un poco locas, aunque te aseguro que no son malas personas.

—No te disculpes más, Julia. Somos mayorcitos y aquí no ha pasado nada.

Quise preguntarle que quería decirme cuando se presentó en casa, sin embargo, preferí callar y que fuera él el que retomara el tema.

Me quedé dormida nada más despegar, como era costumbre en mí. Desperté cuando nos sirvieron la comida y volví a mecarme en los brazos de Morfeo... Esta vez y sin darme cuenta amanecí con mi cabeza apoyada en el

hombro de Johan, que había tenido el detalle de poner bajo ella un pequeño cojín para que estuviera cómoda.

—Debes tener muchas horas de sueño atrasadas y te has puesto al día — bromeó—. Lo positivo es que no roncas.

Le miré y sonreí. Me levanté y fui al lavabo para ponerme un poco decente. Me acomodé de nuevo en mi asiento y pedí un zumo de tomate.

—La verdad es que me cuesta dormir, aunque en los aviones es despegar y me quedo frita, sin problemas.

—A ver cómo encajas el *Jet lag*...

—Me amoldaré, no es la primera vez que viajo a Asia.

Johan se puso los auriculares y empezó a ver una película mientras yo cogía el portátil y me dispuse a revisar unos cuantos artículos que tenía pendientes.

Fue raro... Yo no pregunté quién era esa amiga misteriosa y él tampoco lo hizo sobre Sergio y, al menos yo, me moría de ganas. Temía que no fueran buenas noticias para mí y preferí vivir en la ignorancia.

Aterrizamos e hicimos conexión al cabo de tres horas con el vuelo que nos llevaría a Bali. Allí nos recogió un chofer que nos llevó directamente a una villa situada en el precioso entorno de Ubud y nos registramos.

—Los señores Van der Heer, les estábamos esperando.

La amable señorita de la recepción nos acompañó hacia una cómoda mesa para inscribirnos con una bonita sonrisa en su cara.

—Mantengo mi apellido de soltera, que es Martos.

—Disculpe.

Johan me miró como preguntándome de donde venía eso.

—Es que en España funciona así y es donde vivimos —puntalicé.

—Sí. Mi mujer es muy moderna e independiente y no le gustan estos temas machistas del pasado —comentó Johan dándome cobertura—. Lo cierto es que cada vez, incluso en mi país, se lleva menos adoptar el apellido del marido.

—Como gusten —la chica tomó debida nota—. Les hemos reservado la mejor suite, como deseaban.

—Muchísimas gracias —contestó Johan.

—Les hemos preparado una cena de bienvenida en el restaurante *Butterfly*. Es para darles nuestra enhorabuena por su matrimonio.

—Gracias de nuevo —intervine—, aunque estamos un poco cansados...

—Pero cariño —Johan se metió en el papel—, de igual manera tenemos que cenar. Nos da tiempo a descansar un poco, recargar las pilas tras el vuelo e ir al restaurante.

Le miré, indicándole que sólo tenía ganas de meterme en la cama con el antifaz ese en el careto y dormir, pues tenía un acusado síndrome del viajero y me caía de sueño.

—De acuerdo, mi amor —interpreté mi rol con el mismo énfasis que él—, aunque si puede ser más tarde de las ocho y media mucho mejor.

—Por supuesto Sra. Martos, lo tendremos todo preparado —indicó la amable recepcionista.

Nos dio las llaves de la suite y un cochecito como los de los campos de golf nos acercó hasta allí ya que la villa estaba situada en la otra punta del complejo.

Entré y ante mis ojos pude observar la habitación, por llamarlo de alguna manera, más grande que había visto en mi vida, decorada con piezas locales con sumo gusto.

—¡Joder! Es dos veces mi casa —solté.

—¡Qué pasada! Sabía que era una instalación de lujo, pero esto supera mis expectativas.

Johan me cedió el dormitorio principal, cuya cama mediría al menos dos metros y medio de ancho. Tenía unas vistas fantásticas al jardín privado, con piscina y jacuzzi exterior.

La suya, contigua a la mía, tampoco estaba nada mal, aunque un poco más pequeña.

El salón era enorme, con dos sofás blancos y una televisión gigantesca, equipo de música y una barra de bar. Parecía un palacio.

—Johan, voy a darme un baño, si no te importa. Tengo los músculos entumecidos. Luego me estiraré un rato hasta la hora de la cena.

—Yo iré a la piscina y me daré un chapuzón. Descansa, Julia.

Encendí unas velas, puse música suave y vertí las sales relajantes en la bañera con agua bien calentita. Era tan grande que cabía prácticamente estirada, no estaba nada mal. Era el paraíso... lástima que estaba tan tensa por todo.

Su presencia me imponía, en cambio él parecía mucho más relajado de lo que lo estaba yo.

Cerré los ojos y me quedé medio adormilada. Desperté con el agua ya templada tirando a fría y con las huellas tanto de las manos como de los pies arrugadas como una pasa; enrollé una toalla en mi cabeza y me coloqué el albornoz que había en el baño, diez tallas más grande que la mía.

De esa guisa deshice la maleta y ordené cuidadosamente todo mi equipaje en el armario, pues si algo odiaba era que se arrugara mi ropa e ir hecha unos zorros.

Johan con un bañador tipo bermuda estaba estirado en una tumbona del jardín privado, aunque a esa hora ya refrescaba un poco. No le molesté. Desde mi habitación pude observar lo guapísimo que es y lo que, seguramente, me estaba perdiendo.

Envié mensajes a mis amigas avisando que habíamos llegado bien y que ya iría informando y enviando fotos para que tuvieran mucha, mucha envidia.

Sequé mis cabellos con el secador y los recogí en un moño. El restaurante al que estábamos invitados era bastante lujoso, como todo en el complejo y no quería dar el cante.

Me maquillé suavemente pero a conciencia; me puse un vestido negro de tirantes, ajustado, con escote cuadrado y me calcé un buen par de sandalias de tacón alto plateadas.

Al llevar todo eso puesto me sentí segura de mi misma, poderosa, elegante y a la vez muy yo. Soy lo que parezco: una mujer que tiene mucho que contar. Pese a mis inseguridades, que a veces me jugaban malas pasadas, creía en mí, al igual que decidí acabar con Sergio porque lo nuestro no tenía futuro al ser una relación en la que ya no estábamos implicados de la misma manera, en la que no importaban mis necesidades de cara a un futuro y formar una familia, podía ser capaz de ordenar mi vida de nuevo e intentar ser feliz. No quería reconocerlo, pero estaba enamorada de Johan. Padecía el síndrome del Efecto Tulipán y ni siquiera sabía si existía el antídoto.

Capítulo 17

Primera noche en Bali

Cuando acabé de arreglarme fui al salón y Johan ya estaba allí. Llevaba un sencillo polo rojo, conjuntado con un tejano que le quedaba como un guante. Pese a vestir informal estaba igualmente elegante.

—Señora Van der Heer, qué guapa estás... creo que voy a cambiarme y a ponerme algo para estar a tu altura.

—Estás bien así, quizá yo voy un poco exagerada.

Johan no me hizo caso y se puso un pantalón más acorde a la ocasión y una camisa blanca de cuello mao.

—Ahora sí, creo que pasaremos por un matrimonio compenetrado hasta en el vestir —sentenció.

Llegamos al restaurante y nos acomodaron en la mesa, en la misma terraza y con unas vistas fantásticas. Velas, violines... ¡Qué sueño más bonito!

—¡Qué bien se está aquí! —Johan suspiró y siguió—, intentaremos pasarlo bien y sin agobios.

—Sí ¡claro! —respondí.

—A la vuelta inauguraré mi nueva exposición, ¿vendrás?

—No me la pienso perder —me relajé un poco.

—Las brujas de tus amigas también están invitadas —bromeó.

—¡Qué gracioso! No son tan malas, es sólo que lo parecen si se ponen muy zopencas.

—Yo aún tengo contacto con compañeros del instituto, no muchos, pero sí con algunos.

—Nosotras somos amigas de... ya ni me acuerdo. Es una amistad que implica mucho más pues somos como hermanas: lo sabemos todo las unas de las otras.

—¿Os contáis todo tipo de secretos? —Johan me miró a los ojos—. Está claro que sabían quién era yo.

—Obviamente hemos hablado de ti, de alguna manera les tenía que

explicar que me iba a Bali a «trabajar» y que iba a ir acompañada.

—¿No les has contado nada más?

—Veo que el menú que nos han preparado son todos platos típicos balineses...

Cambié de tema, dejando a Johan con ganas de saber más. No insistió y tampoco quise explicarle las confesiones que tengo con mis chicas.

Cenamos bajo la tenue luz de las bonitas lámparas y apenas cruzamos palabra. Él me miraba y, de vez en cuando mostraba una sonrisa, como imaginando o recordando algo. Nos comunicábamos sin palabras.

—¿Cómo puntuamos de momento esta aventura? —soltó—. Si seguimos la lista de tareas a realizar que nos ha dado mi padre, la acogida es una de ellas. Diría que roza el diez ¿no?

—¡Es fantástico! —respondí—. Me he estado fijando que todo está tan limpio que parece que se ha cometido un asesinato y se han esmerado en dejarlo todo impoluto.

Johan se partía de la risa.

—Me encanta tu sentido del humor, Julia. Pareces un poco borde, sin embargo eres muy tierna.

—Apenas me conoces. Dame tiempo y confirmarás tus sospechas... puedo ser muy estúpida, créeme.

—Yo creo que te proteges... das una imagen que no corresponde.

—¿Me estás psicoanalizando?

—No, aunque he vivido mucho mundo y conocido a gente muy dispar, y tú no eres para nada estándar.

—Me lo tomaré como un piropo.

Tras la cena volvimos a la suite y, según dijo Johan, lo debíamos hacer cogidos de la mano para no levantar sospechas. Todo debía ser creíble. Lo hice encantada, aunque aparenté contrariedad. Quizá sí era un animal herido que no quería volver a sufrir por amor, sabiendo que teníamos muchos números para que alguien saliera perjudicado.

Me bajé de los tacones y me cambié para estar más cómoda y prepararme para ir a dormir. Ni corta ni perezosa me puse un pijama corto de *Hello Kitty*, mi favorita de siempre y a la que no pensaba renunciar.

Como era relativamente pronto salimos a la zona *Chillout* de nuestro jardín privado a observar las estrellas.

—Bonito pijama...

—¿Pensabas que dormía con falda de tubo y tacones?

—Me encanta, simplemente digo eso. Además, es muy sexy.

Estuvimos en silencio mirando las estrellas y cuando noté que me estaba poniendo intensa me levanté, cogí unos papeles de la mesa y los estudié a fondo.

—Mañana tenemos que evaluar la zona del SPA —indiqué—. Tenemos varios tratamientos reservados.

—No sé si podré hacerlo... —Johan seguía partiéndose de la risa—. ¡Qué suplicio de viaje! ¿Qué hemos hecho para merecer esto? ¡Oh señor, apiádate de nosotros!

—Sí, parece muy bonito... yo odio que me toquen los pies y tengo, entre otras cosas, reservada una pedicura.

—Lo superarás.

—Creo que me voy a dormir, estoy cansada.

—¿Ya? ¿No te tomas la última?

—No. Estoy muerta y mañana será un día completito —quise retirarme y evitar «males mayores».

Me fui a la cama y no pude dormir. Seguía sintiendo el intenso aroma de mi tulipán... esa flor tan elegante que según la cultura popular es el símbolo del amante perfecto, de la pasión y del romanticismo... ¡Qué ironía! Lo tenía a escasos metros de mí y tenía prohibido rozarlo. No debía hacerlo, por mis propias convicciones.

Al rato oí a Johan conversando en holandés por teléfono. No pillé ni una, aunque por el tono parecía alterado. No parecía una conversación amigable. Tras unos pocos minutos colgó y no volví a oírle.

Por la mañana desperté pronto y me fui directa a la ducha. Apenas había cerrado los ojos durante la noche y me sentía rara. Claramente se trataba de la diferencia horaria.

—He pedido que nos traigan aquí el desayuno ¿te parece bien? —preguntó tras tocar suavemente con los nudillos en la puerta del baño, pero sin atreverse a entrar.

—Sí, genial. Gracias.

Desayunamos juntos en nuestra maravilla de habitación.

—¿Has podido descansar? —preguntó—. Tienes ojeras...

—No he dormido mucho, la verdad.

—Bueno, luego podemos hacer la siesta, después de comer.

—Tenemos una visita a los arrozales, ¿no?

—Eso será mañana.

—¡Uy! ¡Es verdad! Hoy es el SPA y por la noche el espectáculo balinés ¡qué cabeza!

—Todavía quedan dos horas para los tratamientos ¿quieres que hagamos algo?

—Me pondré a trabajar un rato. Quiero revisar unos artículos.

—Yo haré lo mismo... voy a repasar las fotos que presentaré en la exposición. Siempre hago cambios de última hora y los vuelvo locos a todos.

Se sentó en una punta de la mesa y yo en la opuesta. No hablamos y, ni tan siquiera intercambiamos miradas.

Volvió a atender una llamada, otra vez en tono acalorado.

—¿Va todo bien? —pregunté sin querer parecer cotilla.

—Sí, todo bien.

Johan salió al jardín y volvió a llamar. Seguí escuchando el tono alto de su conversación. No quise insistir y pensé que si quería contarme algo ya lo haría. Sin embargo, no era normal que Johan se comportara de esa manera y mantuviera ese tipo de comunicación tan agresiva. El simple lenguaje de su cuerpo ya decía mucho de lo incómodo que le estaba resultando.

Envié un correo electrónico a Lola y Silvia y les adjunté un par de fotos, pero no entré en detalles. Prefería explicarlo todo a la vuelta con el énfasis adecuado.

Miré y remiré los artículos que estaban listos ya para ir a la imprenta. Me sentía cada vez más orgullosa de trabajar con este equipo, incluido Johan.

No pude evitar buscar por internet información sobre él, básicamente sobre su trabajo. Me impresionó saber que tenía más premios que los que había mencionado; además había expuesto no sólo en España y Holanda, también en medio mundo: tenía un bagaje laboral excepcional.

Algunas de sus instantáneas estaban en su página web; eran maravillosas... captaban mucho más de lo que un ojo humano era capaz de percibir. Estaba deseando ir a su exposición.

Capítulo 18

Bali, mucho más que un destino turístico

Llevábamos ya tres días en Ubud, de aquí para allá, evaluándolo todo según lo previsto. Todo era perfecto, ninguna pega. Tanto los servicios como la comida, la limpieza y el personal rozaban el excelente. No podíamos opinar nada malo. En realidad no entendía cómo el amigo empresario de Mark tenía dudas, si aquello era la N.A.S.A. en lo que respecta a la perfección...

Ahora tocaba probar otro hotel de la isla, en Seminyak, hacia el sur.

Nos recogió un transporte privado y después de cuarenta y cinco minutos llegamos a una villa, muy similar a la anterior a lo que a lujo se refiere y que, si cabía, aún me gustaba más.

Al entrar observamos bastante alboroto ya que estaban celebrando una boda. Nos invitaron a pasar y pudimos disfrutarla casi en primera fila.

Música balinesa en directo, flores de colores por todas partes, bailarinas tradicionales... Los novios eran unos australianos que estaban renovando sus votos. Era un espectáculo increíble.

—Si algún día me vuelvo a casar me gustaría que fuera aquí —soltó Johan.

—Creo que no se trata de una boda válida... —contesté como una tonta, sabiendo que es mejor callar que abrir la boca y decir una tontería.

—¿Desde cuándo se necesitan papeles para ser feliz? Ya lo hice una vez y no resultó.

—Tienes razón, no es necesario firmar un papel hoy en día. Esta opción es buena si quieres celebrar una unión de manera distinta y original. Parece divertido.

Nos instalamos y esta vez nos prepararon una cena romántica en nuestra propia villa privada: pétalos, música azucarada, comida exquisita y una camarera en exclusiva para nosotros.

Llevábamos ya unos días juntos y ciertamente Johan no había intentado acercarse a mí en otro plano que no fuera el del papel que allí estábamos interpretando. Yo tampoco a él. Estaba claro que se había tomado a pecho el hecho de que no podía haber nada entre nosotros. O, quizá había ya otra mujer que me reemplazara en sus obsesiones... Esa idea me dolió y recordé la bronca que tuvo por teléfono y, aunque no entendí nada al no hablar su idioma, supe que algo iba mal.

Después de la cena, aunque ya refrescaba, me apeteció un chapuzón en nuestra piscina. Deseaba aclarar mi mente.

—No te quedes mucho rato o cogerás frío, Julia. Me voy a dormir. Buenas noches...

Desapareció con cara de cansancio y preocupación y, yo cada día que pasaba notaba cómo me iba enamorando más y más de él... Como dijo Lola, el «Efecto Tulipán» se estaba apoderando de mí y no podía hacer nada para remediarlo.

Los días fueron pasando y por fin llegó la última noche. Había oído hablar de un club, el *Ku De Ta*, un local muy selecto a pie de playa al que sólo se puede acceder para cenar con reserva previa. Manejé un poco mis influencias al trabajar en un círculo muy relacionado con el turismo y conseguí una mesa.

Quería dejar de trabajar por unas horas y dedicarlas a tomar una copa con un «amigo» en mi última noche en Bali.

Me puse mi mejor vestido y le llevé. Qué decir que el lugar, tal y como me habían explicado, era muy exclusivo y muy muy de moda: estaba a reventar.

Tras la cena, nos dirigimos hacia la zona de baile, donde me descalcé y bailamos con los ritmos más actuales del momento. Me estaba apeteciendo mucho estar en sus brazos y fue la excusa perfecta, además, Johan se defendía bastante bien en la pista pues es un gran bailarín.

Me excusé unos minutos para ir al lavabo y a la vuelta vi cómo Johan estaba siendo asediado por unas turistas. Me quedé observando cómo coqueteaban y me estalló el alma.

Bailaban y se reían mientras una de ellas le decía cosas al oído. Era una mujer joven y atractiva, como no podía ser de otra manera. Las amigas que la acompañaban formaron un corro alrededor de ellos, como para darles ánimos.

Quise huir, desaparecer y eso hice. Cogí un taxi y volví a la villa.

Johan me llamó varias veces al móvil y no quise atender la llamada. Estaba tan ofuscada e invadida por la decepción que podía llegar a decirle cualquier barbaridad.

Él llegó al cabo de media hora y me hice la dormida.

—Julia, ¿estás despierta? ¿Hola? ¿Por qué te has ido?

No contesté. No obstante, estaba segura de que él sabía que estaba fingiendo.

—Vale, lo pillo. Te has enfadado por algo y te has marchado, ¿puedo saber por qué?

Seguí sin responder.

—Sé que te estás haciendo la dormida. La pregunta es ¿quieres que hablemos de esto ahora o mañana?

—Buenas noches, Johan. Hasta mañana.

—Pues no, vamos a hablar ahora. ¿Se puede saber qué te pasa?

Caí en la cuenta de que estaba llevando mi papel de mujer casada a la realidad. Johan y yo no estábamos juntos y ni siquiera habíamos tenido un acercamiento: no tenía por qué justificarme nada.

—Me dolía la cabeza, te vi pasándolo bien y decidí volver —mentí.

—Ya tengo una idea clara de lo que te ocurre... Me viste bailar con la chica estadounidense, ¿verdad?

—No me des explicaciones, no tienes por qué hacerlo.

—Sólo hemos bailado un par de canciones. Perdona si te hice sentir mal, no era mi intención. Estaba contigo y no debí distraerme con nadie más. Me dejé llevar...

—No soy tu mujer... esto es solamente una tapadera. Ni siquiera somos novios o pareja...

—Sin embargo, estábamos juntos en ese momento y no estuvo bien. Yo también me hubiera enfadado, ahora lo veo.

—Déjalo estar. Buenas noches.

—Adiós, Julia. Que descanses.

Se disculpó, aunque el daño ya estaba hecho. Me dolió en el corazón verlo coquetear con otra, cuando hasta hace pocos días yo era su objetivo.

No podía dormir y consulté mis mensajes en el móvil. Había uno de Sergio:

«Tenemos que hablar. Nuestro último encuentro me ha hecho meditar: no puedo estar sin ti. Lo sé, perdí mi oportunidad por egoísta e imbécil.

Verónica lo sabe y la he dejado. Estoy loco, no hace falta que me lo digas tú, pero loco por ti y nadie me dirá jamás a quien debo ver o no y si me hacen escoger lo tengo claro, Julia».

Me quedé muerta... ¡Sergio esperaba un hijo con ella! ¿De qué iba después de casi dos años? Desde luego se estaba volviendo majareta. Le contesté:

«Sí, estás como una cabra. Hablaremos a mi vuelta, aunque sabes perfectamente las circunstancias de nuestra ruptura y que sólo podemos ser amigos. Yo no te amo, no te quiero de esa forma y lo sabes».

Sergio ya no contestó y, ni qué decir que estuve dando vueltas en la cama toda la noche entre una cosa y la otra.

Al día siguiente, por la tarde, volvíamos a Barcelona. Otro largo viaje en avión en el que pensaba emborracharme desde el minuto uno para evitar cualquier tipo de conversación intensa con él.

Me levanté muy temprano y quise poner en práctica lo aprendido en las clases de yoga ante el impresionante amanecer de Bali. El sitio era perfecto y seguramente no volvería jamás, así que quise grabar en mi retina todos los detalles posibles.

Johan se levantó y me vio haciendo posturitas.

—¿Puedo unirme? —preguntó—. Me encanta el Yoga.

—Claro, pero en silencio —me acerqué el dedo índice a los labios indicándole que debía estar callado.

Hicimos unos cuantos ejercicios de relajación y Johan se quitó la camiseta dejando su torso al descubierto. Pude ver con más claridad el tatuaje del dragón que llevaba en el costado; era impresionante. Llevaba un pantalón corto gris que le hacía un culo increíble. Se acabó la meditación para mí pues sólo era capaz de fijar mi atención en él.

Acabó la sesión y nos trajeron el desayuno.

—¿Quieres que hablemos de lo de anoche? —sugirió.

—No. Todo está bien.

—No. No lo está —fijó sus intensos ojos grises en los míos—. Estás tensa, Julia. Puedo oír tu cerebro a toda máquina desde aquí.

Claro que lo estaba, ¡no me podía quitar a ese hombre de la cabeza!

—Creí que ya estaba todo claro. No soy más que tu jefa y si me apuras, tu «amiga» —mentí.

Johan se levantó y se acercó.

—¡No puedo más! ¡Me tienes harto!

Me sacó de la silla de un tirón, me rodeó con sus brazos y me besó intensamente. Su lengua buscó la mía de forma desesperada... y yo le atendí con urgencia. No pude ni quise negarme, necesitaba tocar su piel y sentir sus labios.

—¿Estoy loco por ti, Julia! ¿Es que no lo ves? ¿Qué más debo hacer?

Me llevó hacia la ducha, tropezando con cada uno de los muebles de la habitación y sin abandonar mi boca.

—Me importa una mierda el trabajo o lo que opine mi padre, ¿entendido? ¡Sólo quiero estar contigo!

Sus manos recorrieron mi cuerpo resbaladizo bajo el agua, sus dedos leían mi piel como tratando de entender un complejo mapa... yo me dejé llevar porque le anhelaba, ya no podía negar mis sentimientos, aunque él no habló de amor en ningún momento, yo sí amaba a Johan Van der Heer.

Nos pasamos la mañana haciendo el amor. Recuperamos el tiempo perdido y dejamos salir a nuestra fiera. Eran demasiados días de tensión sexual y estaba claro que no se le pueden poner puertas al campo.

—Lamento lo de ayer —insistió.

—Johan, déjalo ya, no pasa nada.

—Me encanta que te pusieras celosa, eso me ha dado valor para abalanzarme hoy sobre ti...

—¿Celosa? ¿Yo?

—No lo niegues, aún puedo verlo en tus ojos.

Permanecí callada ante lo evidente.

—Cuando me metí en la cama —siguió— me puse en tu piel y hubiera ardido por dentro...

Me besó de nuevo y yo me dejé llevar una vez más ante el sentimiento tan fuerte que me imponía ese hombre.

¿Cómo lo íbamos a afrontar desde ese momento? ¿Querría algo serio? Dijo que estaba loco por mí, pero ¿hasta qué punto? ¿Para siempre? ¿Para una semana? ¿Un romántico día en Bali?

Dormimos un rato hasta la hora de comer y ninguno de los dos quiso profundizar en lo que habíamos hecho y las consecuencias, sin embargo, a mí

ya me daba todo igual: Johan era mi elegido, pero ¿qué pasaba con Sergio?
¿Y la amiga de Johan? ¿Esas broncas telefónicas? Teníamos muchos frentes
abiertos en los que trabajar si queríamos sacar algo adelante.

Capítulo 19

De vuelta a la rutina

Me dejó en el portal de casa besando mis labios antes de marcharse y despidiéndose con un «hasta mañana».

Entendí que estaba cansado del viaje y deseaba irse a su casa, no obstante, su rostro me dejó adivinar que estaba preocupado: yo también tenía miedo. Habíamos abierto la «caja de pandora», sentimentalmente hablando.

Me preocupaba el tema de Sergio. Yo no quería volver a ser su pareja, ya no. Lo nuestro era imposible. Tan sólo podíamos aspirar a ser buenos amigos y cómplices. Fue una bonita relación hasta que la estropeó poniéndose él y su egocentrismo por delante y ahora, tras dos años, ¿descubre que soy el amor de su vida? ¿Qué pasaba con su novia embarazada? ¿Estamos locos o qué? No quería perderle y me gustaba lo que teníamos, la confianza, reírnos juntos e incluso en el pasado, el sexo sin compromiso. Nada más tenía cabida en nuestra historia cerrada y, no tenía muy claro si Johan y yo estábamos juntos como una pareja. Debíamos hablar, aunque lo que sí era evidente es que estaba enamorada de mi tulipán.

Descansé un rato y puse una lavadora. Es lo que tiene no tener servicio y medio armario en una maleta. Merendé un cruasán y entró una llamada de Johan.

—¿Podemos hablar? —preguntó.

—Sí, claro, dime...

—He estado meditando... Quizá sea una locura, pero no quiero dejar de verte.

—Yo tampoco —confesé.

—Aun así, tienes razón: es un tema delicado por el trabajo. No quiero que nadie cotillee sobre nosotros.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué propones?

—Paso por tu casa esta noche y hablamos, tengo que contarte algunas cosas... no me gustan los secretos.

—¿A las nueve y media?

—Allí estaré.

Colgamos y enseguida me puse nerviosa, ¿qué secretos? No tenía ni idea de a qué se refería, aun así, enseguida lo relacioné con su bronca telefónica de hacía unos pocos días.

Yo también quería explicarle algunos temas y ni siquiera sabía por dónde empezar.

Arreglé un poco mi apartamento, para que no lo viera hecho un desastre, y fui al supermercado, ya que tenía la nevera temblando y quería cocinar algo, aunque fuera sencillito.

Me vestí con unos tejanos rotos y una camiseta de manga larga y esperé a la hora convenida. Ya tenía la ensalada, el pescado preparado y una botella de vino blanco en la nevera. Me senté en el sofá a que llegara la hora, dándole vueltas a cómo iba a explicarle mis embrollos con mi ex. Era agua pasada para mí, pero resultaba que él, ahora, reconocía que tenía fuertes sentimientos hacia mi persona. No quería dañar a Sergio, sin embargo, quizá fuera necesario dejarle claras las cosas y que no se hiciera ilusiones. Mi único futuro posible, era Johan.

Sonó el timbre de la puerta de arriba y me re Coloqué el cabello. Abrí: era Paca.

—¿Tienes cebolla, hija? —preguntó.

—Sí, mujer. ¡Pasa!

—Estaba preparando tortilla de patatas y no me queda ni una y a mí no me gusta si no le pongo una «mijilla» de cebolla.

—No te preocupes, toma —le di un par de ellas.

En ese momento Johan subía por la escalera...

Paca se lo quedó mirando, ojiplática.

—¡Qué guapo y qué largo eres! —le soltó.

—Hola, buenas noches —contestó Johan.

—¿Es tu novio? —preguntó Paca, resultando bastante indiscreta y directa.

—¡Va! ¡no seas cotilla, mujer! —contesté—. Es un amigo que viene a cenar.

—¿Y qué has preparado? —mi entrometida vecina no paraba de preguntar...

—Venga Paca, que tengas buenas noches.

La invité a salir «amablemente» a la vez que Johan se acomodaba en el sofá.

—Vaya espécimen —se carcajeó—. Estarás entretenida.

—Es muy buena persona, pero está muy sola, pobrecita. Es muy, muy, muy chismosa, aunque no tiene maldad...

Le serví una copa de vino.

Me besó en la boca.

Temblé de nuevo.

—Quiero estar contigo, ya lo sabes. No obstante, hay cosas que debes saber de mí. No te asustes, no soy un terrorista ni un asesino en serie, aunque como te dije antes, no me gustan los secretos.

Yo afirmaba con la cabeza escuchando atentamente y cómo no, cagada de miedo. Se puso intenso, suspiró fuertemente y empezó a hablar:

—Como te dije, me casé una vez, ¿recuerdas que te lo expliqué?

—Sí, pero me dijiste que ya estaba finiquitado.

—Lo está, con matices.

—Explícate por favor.

—No tengo aún el divorcio. Sinceramente, hasta ahora con la separación tenía suficiente. No quiero hacer daño a Eve.

—No lo tienes aún..., ¿significa que lo has pedido?

—Por eso me escapé a Ámsterdam. Fui a verla y a comentarle que quería liquidarlo definitivamente.

—Tengo que hacerte una pequeña confesión... Durante el último puente me fui a Ámsterdam con unas amigas y te vi paseando con una chica. ¿Es ella?

—Sí, es Eve. No me vi con ninguna chica más. Qué casualidad. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No tenía derecho a pedirte explicaciones. Entonces me pareció que había muy buen rollo entre vosotros...

—Somos amigos y le tengo mucho cariño. Cuando voy quedo con ella para ver cómo está. Tiene claro que no quiero seguir casado, pero, cómo te diría, Eve es... muy sensible e inestable emocionalmente hablando.

—Vaya... lo siento, ¿no se lo ha tomado bien?

—Para nada. De hecho, cuando me marché estos últimos días fue porque me llamó avisándome de que tenía una de sus fuertes crisis. Me tiene muy preocupado.

—Perdona por mi franqueza... ¿quieres decir que no te está manipulando?

—No lo sé... Eve tiene un historial psiquiátrico importante y no quiero dejarla sola. Me siento culpable y mal, pero debemos firmar pues nuestra relación sentimental está rota desde hace mucho. Llevamos varios años separados. Nuestra boda fue una locura de juventud que nunca debió ocurrir.

—¿Nunca la amaste?

—Sentía una fuerte atracción, sin embargo no estaba enamorado. Pero todavía hay más...

Sentí escalofríos que me helaron la espalda.

—Junto a ella —siguió—, toqué fondo. Tenía muchos problemas con mi familia y no me hablaba con ellos. Caí en el infierno de las drogas —respiró fuertemente y llenó sus pulmones de aire para continuar—. Fueron años locos, estaba desorientado y era muy rebelde. Mis padres no sabían qué hacer conmigo.

Me quedé en shock.

—Hicimos muchas tonterías, aunque estoy limpio de hace mucho, no sufras por esto... ni siquiera fumo tabaco. De esa época sólo conservo el tatuaje. Lo demás está borrado.

—Es muy fuerte —contesté—. Me alegra saber que ahora estás bien...

Viendo a Johan tal y como estaba no podía imaginar que se hubiera drogado en algún momento de su vida.

—Lo dejé todo. Cogí una mochila, la cámara y me fui a recorrer el mundo, a plasmarlo con mi objetivo. Ahora soy otro hombre, por eso quiero dar carpetazo a esta historia. Es sólo un papel firmado y como te dije en Bali no creo en ellos, aun así, en este caso, lo necesito.

—Lo entiendo.

—Dime algo...

—Lo habrás pasado muy mal... lo siento de veras. Me has dejado sin palabras.

Johan me miró buscando aprobación en mis ojos.

—Ni qué decir queda —continué— que yo también quiero estar contigo y no me importa tu pasado. Es tuyo y de nadie más... Estás recuperado, eres un hombre fuerte y sé lo que vales.

Me abrazó y noté los latidos acelerados de su corazón. No tuvo que ser fácil desnudarse de esa manera.

—¿Sabes? —seguí—, yo tampoco soy un angelito.

—¿Quién era el chico del otro día? —preguntó—. ¿Es importante en tu vida?

—Es mi ex, Sergio. También quería explicártelo ya que estamos de confesiones...

—Te escucho...

Cogí su mano. Le miré a los ojos.

—Lo dejamos hace casi dos años, no obstante mantenemos una fuerte amistad. Vive en Londres, es médico y nos vemos cada vez que viene a Barcelona... Tomamos algo y a veces... nos acostamos.... Esta vez, por eso, no ocurrió. Le rechacé.

—Vaya...

—¡El otro día no pasó nada! —repetí alzando la voz para que quedara bien claro.

—No tienes por qué darme ningún tipo de justificación...

—Es la verdad. De hecho, vino a decirme que su novia estaba embarazada, que se casaba con ella y que debíamos dejar de vernos. Intentó tener sexo conmigo, pero no le dejé seguir. Johan: me gustas tú... No puedo sacarte de mi cabeza.

—Hay más ¿verdad?...

—Me escribió el otro día, estando todavía en Bali, para decirme que lo que siente por mí es muy fuerte y que no quiere dejar de verme. Lo ha dejado con su novia, ¡está loco!

—¿Qué le has respondido?

—Que no hay ninguna posibilidad de que volvamos. Es agua pasada... Cierto es que no quisiera perderle como amigo, pero si es necesario que me aleje lo haré sin dudar.

—De acuerdo, cariño.

Era la primera vez que me llamaba cariño. Me sonó a música celestial.

Me envolvió en un abrazo y me besó intensamente...

—Lo que siento por ti, Julia, es muy fuerte. Quiero saber hasta dónde puede llegar... ¿Me acompañas en este viaje?

—Sí... llévame contigo, no deseo otra cosa...

Hicimos el amor, no fue simple sexo. Sentí a cada segundo la sacudida, los escalofríos, las mariposas... lo sentí como hacía mucho que no lo hacía.

Nos dispusimos a cenar a las tantas y seguimos conversando:

—¿Cómo lo hacemos en el trabajo? —pregunté—. Yo abogo por la

discreción...

—Estoy de acuerdo. No digamos nada y actuemos con naturalidad... aunque tampoco quisiera esconderme.

—Ni yo. Aun así, es prematuro hacerlo oficial: técnicamente soy tu jefa... No sé cómo se lo tomarían tu padre y el resto de los compañeros. A ver dónde nos lleva este viaje, como dijiste.

Johan volvió a besarme confirmándome así que, efectivamente, iniciábamos una relación y que esperábamos que llegara a buen puerto. Sin embargo, ambos teníamos frentes abiertos que debíamos cerrar para poder avanzar.

Capítulo 20

Tenerte frente a mí y no poderte besar: asunto difícil

Desperté con él a mi lado. Seguía dormido y le observé: tenía cara de niño y se le veía feliz, incluso se dibujaba una pequeña sonrisa en sus labios. Su piel no albergaba rastro alguno de haber llevado mala vida en algún momento. Ese infierno no le dejó huellas físicas.

Me aterraba el mundo de las drogas, sobre todo tras la muerte de mi primo Andrés: era bastante mayor que yo y, pese a que yo sólo contaba con doce años, fui consciente de lo duro que fue para la familia. Apareció en un hotel de mala muerte con la aguja aún clavada en el brazo. Mi tía, su madre, se volvió loca y nunca levantó cabeza. Mi tío murió de un infarto un par de años después, bastante joven.

Mis padres intentaron en vano apartarme del tema y que no conociera los detalles, pero lo supe todo. Con los años sigue siendo un tema tabú en casa. No se habla de él. A veces me pregunto cómo cayó en eso, que le llevó a pincharse heroína en las venas... fue un buen estudiante y un chico modelo, estudiaba derecho y de repente se torció...

Las drogas para mí eran odiosas y ahora resultaba que me estaba liando con un ex drogadicto. Posiblemente mi familia le haría cruz y raya no queriendo saber nada de él, por lo que en caso de que se conocieran, jamás sabrían ese detalle. Su pasado, como le dije, sólo le pertenecía a él.

Decidió marcharse a su casa, cambiarse de ropa y vernos en la oficina, como si tal cosa. Ahora hasta me parecía gracioso... ¡qué cosas!

Me duché rápidamente, me arreglé y salí escaleras abajo a sabiendas que la chismosa de Paca estaría ojeando por la mirilla: le lancé un beso con la mano, en señal de saludo y dándole a entender que sabía que estaba ahí. No me importaba, yo no tenía nada que esconder en absoluto y era consciente de que ella no tenía malicia alguna en sus actos.

Llegué a la oficina y María me esperaba con ansia para que le explicara

cómo había ido por Bali.

—¡Vaya! ¡Si vienes morenita y todo! ¡Qué suplicio de trabajo! —bromeó.

—Bueno, no me quejo... ha ido todo muy bien. Toma, esto es para ti —le acerqué un pequeño paquetito perfectamente envuelto.

Le había comprado un collar de artesanía balinesa, que sabía le iba a encantar, a base de cuentas de madera y nácar, montado en un cordón de plata.

—¡Ostras! ¡Es precioso! ¡No tenías por qué hacerlo!

—Me ha hecho ilusión...

—Muchísimas gracias ¡me has alegrado el día! ¡Qué jefa más guay que tengo!

—¿Va todo bien?

—Sí, más o menos: me acaban de comunicar que no me renuevan el alquiler del piso y en dos meses me tengo que marchar.

—Lo siento, chica...

—No pasa nada. De hecho, hace tiempo que quería buscar otra cosa, lo que pasa es que Barcelona ciudad está bastante imposible, por no decir inalcanzable.

—Está todo muy caro... Yo compré mi diminuto piso cuando el boom y me está costando Dios y la madre salir adelante.

—No me va a quedar más remedio que irme de nuevo con mi madre o bien compartir con alguna amiga o compañera de trabajo... porque pillar marido millonetas va a ser un poco complicado, ¿no?

—Algo saldrá, no te preocupes, seguro que lo solucionas.

—¡Claro que sí! —continúo—. Ya estoy dando voces a ver si sale alguna buena oportunidad. No puedo pagar más de 750-800 euros y, si hiciera falta me voy algo más lejos. Total, en tren se va a todas partes.

—También es verdad.

El positivismo de María me encantaba. Tenía un marronazo del quince y, aun así, la sonrisa no se le borraba de la cara.

Me dejó el café sobre la mesa y prometió volver más tarde para comentar la agenda.

Empecé a escribir el informe final para Mark sobre la visita a Bali. Fue entonces cuando Johan pasó frente a mi despacho acristalado, me miró y me guiñó un ojo.

Sonreí, no lo pude evitar ni quise hacerlo. ¿Qué problema podía haber?

¡Ninguno! Somos mayorcitos y nos gustamos. Lo peor que puede pasar es que esto no progrese y lo dejemos. Siempre podríamos ser amigos, ¿no?

En cualquier caso, yo lo único que quería era una oportunidad con él: hacía tiempo que no me la daba con nadie. Sergio me había dejado tan tocada que, en esos dos años, sólo había tenido relaciones sexuales eventuales y esporádicas, casi siempre con desconocidos que pasaban por mi vida sin dejar ningún tipo de huella.

Mi ex rompió mis ilusiones; quebró mi manera de ver la pareja; mutiló mis sueños... Sin embargo fue un hombre importantísimo en mi vida, tanto, que me costaría sacarle de ella. Incluso había llegado a pensar que, tras su marcha a Londres, jamás volvería a amar a nadie. Somos amigos... me costó mucho entender que ese era nuestro estado natural y nada más. Ya no le deseaba... y tras lo de la otra noche, al rechazarle, lo supe: quizá había llegado la hora de dejar los «ruedines» de la bicicleta e intentarlo de nuevo. Aun así, me daba miedo lanzarme de cabeza a esa piscina de la cual no sabía la profundidad exacta.

Lo más importante era que, tanto Johan como yo, estábamos de acuerdo en que valía la pena intentarlo.

Llamé a mis amigas para quedar esa misma noche y ponernos al corriente de todas nuestras historias: entre una cosa y la otra ya hacía bastante que no cotorreábamos y las echaba de menos. Lola propuso pedir del chino y cenar en su casa, Silvia traería el vino y yo los postres. Ya teníamos organizado un nuevo aquelarre que seguro no iba a dejar títere con cabeza. Con ellas podía hablar con franqueza de todo lo que sentía y seguro que no me iban a juzgar, ni yo a ellas, aunque algún que otro «zasca» con cariño sí nos dábamos... cosas de la confianza.

Llegué a casa de Lola con los profiteroles de chocolate en una bonita bandeja. Eran nuestros preferidos. Nos atiborrábamos de calorías y luego nos sentíamos culpables... luego tocaría quemarlos corriendo por Barcelona, pero eso era otro cantar.

Lola me recibió con dos besos y al ver nuestro postre favorito hizo una mueca extraña, como de asco.

—¿Qué te pasa chiquilla? —pregunté ante esa cara que no había visto jamás en ella ante un dulce.

—No lo sé —respondió—, me he levantado con el estómago girado otra

vez. Ya es la cuarta en pocos días.

—Nena ¿no estarás preñada?

—Pero ¿qué dices? ¡Ni de coña! Eso es imposible, ya sabes que llevo el anillo vaginal.

—Sólo preguntaba. No es normal que estés con la barriga revuelta tantos días. ¿Has ido al médico?

—¡Qué va! Son los nervios, mujer. Ya se me pasará.

En ese momento llegó Silvia.

—¿Qué pasa locas? ¿Qué andáis tramando?

—Nada en particular. Te estábamos esperando, zorrilla —contestó Lola—. Julia no puedo esperar más... ¿Qué tal por Bali con el *buenorro* de Johan?

—Tengo mucho que contaros —empecé a explicar lo feliz que me sentía—. En resumen: estamos juntos, no podemos negar la evidencia. Nos atraemos y queremos intentarlo.

Estuvimos largo rato hablando de mi tulipán. Mis amigas lloraron de la emoción con los clínex en la mano... En el fondo, aunque íbamos de modernas, éramos unas románticas empedernidas que aún hacíamos maratones de pelis azucaradas una vez al mes.

Mientras les explicaba todo lo bien que me encontraba, no pude evitar sentirme mal viendo sus rostros, y es que nunca habíamos tenido excesiva suerte en el amor: Silvia tenía una idea distorsionada de lo que era, rozando el platonismo. Lola, mi Lola, se hace la dura y castiga a todo hombre que se le acerque debido a sus malas experiencias, pero ese día estaba demasiado «blandita».

Su relación con el tal Daniel la estaba dejando muy tocada. No quiso hablar de él en ningún momento, cediéndome el protagonismo de la velada. Su silencio para mi significaba que estaba muy pillada por ese hombre y que ella intuía que iba a sufrir. No sería la primera vez que le pasa: se enamora y lo pasa mal pues sus anteriores parejas eran personas superficiales sin ningunas ganas de compromiso. Ella se volvió un poco como ellos: se acostaba con hombres, no más de tres o cuatro veces y los mandaba a freír espárragos antes de pillarse por ninguno. Con Daniel estaba durando ya demasiado... O daban un paso adelante o se terminaba para siempre jamás. Sin embargo, Lola estaba enamorada de ese hombre, podía verlo en sus tristes ojos.

—¿Quieres que me quede contigo esta noche? —pregunté al terminar la

velada—. Estás pocha y no quiero dejarte sola así.

—No te preocupes cariño, me he tomado unas sales de frutas y se me pasará enseguida.

—No me cuesta nada, además vivimos cerca. Me quedo contigo. No estoy tranquila.

Silvia se marchó y yo me quedé con Lola. Nada más salir por la puerta se echó a llorar.

—¡Estoy fatal! —confesó—. Llamé mil veces a Daniel después del juicio y no me cogió las llamadas... Se puso en contacto conmigo tres semanas después ¡tres! Y entonces no me dio la gana de responder. Recibí la sentencia hace unos días; hemos ganado y ahora estoy completamente segura de que no quiere volver a verme. Lo único que supe de él fueron unas flores que me envió tras el veredicto con una palabra entre comillas: «Enhorabuena». Me sonó fatal... a estocada final.

—Un poco infantil, ¿no? —respondí—. Reaccionar así tras perder un juicio me parece demencial.

—Fui muy dura con su cliente, es mi trabajo... Él hubiera hecho lo mismo que yo con las pruebas que manejaba.

—No tienes que justificarte. Eres una gran abogada y él un imbécil.

—Estoy colada por ese idiota... ¿Cómo me ha podido pasar?

—Eres humana... simplemente eso.

—Después le dejé varios mensajes y no se ha dignado a responder... Lo hace para castigarme. Eso es lo que me tiene el estómago del revés: su rechazo.

—No puede ser que cada vez que te pase algo malo te lo tragues sola. No entiendo por qué no me lo has contado antes...

—Ya sabes que soy una zorra superficial. No me gusta hablar de mis sentimientos.

—Amor, soy como tu hermana... no hace falta que verbalices lo que yo sé que te ocurre y, no eres ninguna zorra superficial, eres mucho más sensible de lo que te crees.

Lola me abrazó. Le preparé una tila y la metí en la cama. Me quedé junto a ella hasta que se durmió. No había quedado con Johan, aun así le envié un mensaje diciéndole que estaba bien y que tenía ganas de verle. Enseguida me contestó:

«Mañana y pasado, como te dije, estaré en Madrid, pero el jueves me

encantaría invitarte a cenar a mi casa... Me he dado cuenta de que todavía no te he cocinado nada y, aunque no soy Ferrán Adrià, no se me da mal la cocina. ¿Aceptas?»

No tardé en contestar.

«¡Claro que sí! No faltaré. ¿Nos veremos en la oficina el jueves? Si no llegas muy tarde, pásate por mi despacho y tratamos algunos temas de trabajo».

«Por supuesto, jefa. Me encanta cuando me mandas».

«Eso dices ahora, cuando me ponga en plan sargento no te va a gustar nada». Un besito, buenas noches...

«Un besito, guapa».

Me dormí bastante rápido, la verdad. Avisé a María de que llegaría un poco más tarde ya que quería comprobar de primera mano en qué estado se encontraba Lola. Después pasaría por casa a ducharme y cambiarme de ropa.

Capítulo 21

Siguiendo mis rutinas

Llegué al trabajo media hora tarde. Lola se levantó como unas castañuelas y eso me tranquilizó. Imaginé que le había ido de maravilla hablar conmigo. Aunque ella no lo reconozca, en el fondo, es un ser humano que necesita cariño. No se puede ir de dura toda la vida.

Despaché un montón de correos electrónicos que tenía acumulados; supervisé maquetas; revisé artículos... fue un día muy, pero que muy aprovechado. Sin darme cuenta ya eran las ocho de la tarde y me fui a casa de mis padres, que habían vuelto de su enésimo viaje por Europa en pocos meses y hacía muchísimo que no los veía.

Mi madre, guapa como siempre, no se quitaba los tacones ni para cocinar; mi padre sentado en su butaca leyendo el periódico, el mismo en el que trabajaba hasta hacía muy poco. Vi también que sobre la mesilla tenía los dos últimos ejemplares de la revista que dirijo.

—¿Te gusta, Papá?

—Claro que sí, cariño. Lo estás haciendo muy bien.

—Estamos muy orgullosos —intervino mamá desde la cocina—, no veas lo que presumo con mis amigas.

—Tampoco es para tanto.

—¡Claro que sí! —intervino papá—. Apenas en los treinta y ya dirigiendo una revista. Está más que bien.

Cenamos. Mamá es una gran cocinera y todo lo que sé me lo ha enseñado ella. Cuando era una chiquilla siempre estábamos entre fogones.

Mis padres son modernos y me han dejado hacer a mi rollo toda la vida y eso es de agradecer. Mamá quería que estudiara derecho, aunque aceptó de buena gana que me dedicara al periodismo. Papá apenas se inmiscuye... está claro que sólo buscan mi felicidad. Ellos adoraban a Sergio y se quedaron bastante a cuadros cuando le dejé, pero sin entrar en detalles demasiado privados. Expliqué mis motivos y, como siempre, apoyaron mi decisión,

aunque estaban convencidos de que nos íbamos a casar.

No tenían ni idea de que Sergio estaba intentando volver a mi vida de una forma romántica; tampoco conocían la existencia de mi tulipán... sin embargo, si la cosa seguía adelante, tenía intención de presentárselo.

Mi ex me envió un mensaje: quería verme y hablar. Le contesté que no era una buena idea... Le dije con palabras escogidas para no hacerle daño, que se sacara de la cabeza la idea de volver conmigo. Fue bonito mientras duró... Pero insistió en que nos viéramos y quedamos al día siguiente para comer. Quería que entrara en razón y volviera con su novia embarazada... no quería que la cagara más todavía.

Cuando llegué casa, llamé a Lola, que dijo encontrarse mejor tras hablar conmigo y compartir sus inquietudes. Johan seguía en Madrid y no contactó esa noche conmigo. No le di importancia ya que los holandeses son un poco más «despegados», no como nosotros, aun así, yo sí lo hice deseándole buenas noches.

Amaneció y mi vecina Paca me pidió leche, para variar, por segunda vez en pocos días. Ya no estaba segura de si lo hacía sólo por pasar un rato conmigo o realmente necesitaba el producto en cuestión. Entró y se sentó en la silla de la mesa de la cocina, suspiró...

—¿Qué te pasa, Paca?

—Estoy un poco sola, ya sabes.

—Bueno, cielo, ánimo.

Le ofrecí un café, charlamos un rato y se fue más contenta. Pobre mujer, me daba pena que estuviera tan sola. Me trataba como si fuera mi abuela: a veces me traía magdalenas recién hechas y se preocupaba por mí. Si estaba enferma, ni que fuera con un simple constipado, solía prepararme su caldo reconstituyente.

Me fui directa a una reunión en el hotel *Mandarín* de Paseo de Gracia que me llevaría toda la mañana y después me iba a ver con Sergio en el restaurante Citrus, que está allí mismo.

Necesitaba que entendiera que se estaba equivocando. Me daba igual si volvía o no con su «prometida». Pese a esto, sentí como tenía el estómago encogido al tener que afrontar esa conversación... en la que seguramente, alguien saldría herido.

Al llegar, él ya se encontraba allí, esperándome. Me saludó con dos besos

y me pidió una copa vino blanco.

—Es tu preferido, aún me acuerdo.

—Bueno, sí, me gusta... aunque mis gustos van cambiando.

—Estoy loco, lo sé...

—No lo dudes, Sergio. Quiero decirte una cosa: desde la última vez que nos vimos, algunas cosas son distintas, pero eso no altera lo que te dije en su día.

—Te escucho.

—Estoy con Johan, el chico que conociste en la puerta de casa.

—¿El guiri?

—Sólo medio guiri, aunque eso dudo que importe mucho. Es holandés, de madre española.

—Pero...

—Déjame terminar, Sergio —hinché mis pulmones de aire para seguir de una tacada—. Lo nuestro no funcionó en su momento ¿qué te hace pensar que lo haría ahora? Es más ¿por qué piensas que yo voy a estar aquí disponible hasta que a ti te salga de las pelotas? Me hiciste mucho daño en su momento y lo sabes.

—He madurado —intentó disculpar su actitud pasada.

—¿Sabes? —seguí—, tengo la sensación de que sientes toda esta confusión desde que te rechacé porque intuyes que estoy enamorada de otro... y no pretendo herirte, ni jugar contigo. Me conoces perfectamente. Quiero que lo entiendas. Yo sigo teniendo la misma opinión. Tú y yo sólo podemos ser amigos... si tú quieres.

—No es suficiente, Julia. He tardado un poco en darme cuenta, es verdad, pero te quiero, es así de simple... no puedo negar lo que siento por ti.

—Entonces no me quedo ni a comer —me levanté de la mesa—. No podemos ser amigos tampoco. Adiós Sergio.

Me fui tan rápido como mis tacones me permitieron, dejando a Sergio plantado frente a un plato de *Fetuccini amatriciana*.

Sentí el deseo de llamar a Johan, ya que no contestaba a ninguno de mis mensajes, aunque lo reprimí.

Regresé a la oficina, cogí la bolsa de yoga y me fui a clase... quizá alinear los *chakras* y distraer la mente me fuera de ayuda.

Finalmente llegó un mensaje de mi tulipán:

«Te espero mañana, no te olvides de nuestra cena. Iré directo a casa. Me

han cambiado el vuelo y no pasaré por la oficina».

«Allí estaré. Traeré el vino y algún dulce para el postre».

«Para dulce... ¡ya estoy yo!».

Me puso un emoticono enamorado y me dio la risa floja: a veces era como un crío.

Esa noche me senté frente a la tele y me quedé frita, como un tronco... Me desperté con las cervicales hechas una porquería debido a la mala postura... pero nada que no arreglara una buena ducha de agua caliente.

Lola me envió un mensaje matutino:

«Hoy otra vez fatal. Creo que voy a ir al médico»

«¿Te acompaño?».

«Sí, porfa».

«Voy para allá».

Me vestí rápidamente, recogí a Lola y la llevé de urgencias al hospital Clínico. Ella estaba preocupada y yo, también... Su madre murió joven de cáncer de estómago y aún no lo había superado, es más, odiaba ir a cualquier visita médica, sobre todo sola..., le daba un pánico que no podía controlar.

Hacía muy mala cara y no dejaba de vomitar. Lo más probable es que fuera un virus estomacal o algo similar, sin embargo, si la visitaba un médico nos quedaríamos ambas más tranquilas.

Entramos por urgencias y se la llevaron enseguida. Avisé a María de que me iba a retrasar y expliqué los motivos. Me contestó que no me preocupara ya que no tenía nada importante en la agenda esa mañana. Respiré profundamente y esperé en la sala a que dijeran algo de mi amiga.

Capítulo 22

Lola: emergencia nacional

Al cabo de cuatro horas, ¡cuatro!, me llamaron para que entrara a acompañarla.

—¿Cómo estás, Loli? —solté en tono de guasa sabiendo que odiaba que me dirigiera a ella así.

—¡Qué graciosa! Pues más o menos. Me han puesto esta vía —señaló con su dedo índice la aguja clavada en su brazo— y me han dado algo para los vómitos.

—¿Te ha visitado ya el médico?

—Han pasado varios de ellos. Me han hecho un par de analíticas de sangre y de «meados» y estoy aquí... esperando a que pase Brad Pitt.

—Si el médico es como Brad Pitt simulo un infarto ahora mismo —reí.

En ese momento entró el doctor... Nada que ver con nuestra estrella de cine favorita, más bien todo lo contrario.

—Lola ¿qué tal estás? —entró en el box con las gafas acomodadas en la punta de la nariz y mirando por encima de ellas los documentos que llevaba en las manos.

—Un poquito mejor con esto que me han puesto, la verdad. ¿Me puedo ir ya a casa?

—Espera un segundo. La analítica de sangre está fenomenal. A ver la de orina... —siguió revisando los informes.

Estuvo unos segundos estudiando los papeles a fondo.

—¿Doctor? ¿Pasa algo? —preguntó Lola preocupada.

—Nada que no se cure en un tiempo —respondió—. En concreto en unos meses: enhorabuena Lola, estás embarazada.

Lola se quedó como si le hubieran dado una bofetada con la mano abierta, a toda leche: absorta, blanca, muda...

—¡No puede ser! ¡Es del todo imposible! —exclamó—. ¡Uso el anillo vaginal!

—Haremos una ecografía y confirmamos de cuánto estás. La prueba no deja lugar a dudas: embarazo positivo.

El médico se fue, cogí la mano de mi amiga y la apreté bien fuerte.

—Saldremos de ésta, Lola, no te preocupes.

—¡Por Dios y por la virgen que sea un error! ¡No puedo estar embarazada de ese cretino! ¡Me cago en la puta!

—Cálmate... al menos eso explica los síntomas de estos últimos días... ¿no te ha venido la regla?

—Sí ¡joder! La tuve hace tres semanas.

—¿Regla normal?

—Bueno, desde que llevo el anillo apenas me duran un par de días y es cierto que la última vez manché poquito.

—Vale, entonces esperemos a la ecografía a ver qué dice.

—¡Ostia! ¡Joder! —Lola no dejaba de decir tacos y era más *Tourette* que nunca. Su repertorio no tenía fin.

Le hicieron la prueba que confirmó lo evidente: Lola estaba embarazada de nueve semanas y su «regla» no eran más que ligeras pérdidas por la implantación del «alien», como ella empezó a llamar al pobre feto.

Salimos del hospital y la llevé a casa.

—¡No me dejes sola, por favor! —suplicó—. ¡Soy capaz de arrancármelo con mis propias manos!

—No digas tonterías, tú nunca harías eso. Me quedo contigo, tranquila.

Llamé a María de nuevo y le dije que trabajaría desde casa con el portátil y me llevé a Lola conmigo.

Tras un buen rato intentando calmarla, que dejara de llorar y de blasfemar conseguí que se durmiera.

Caí en la cuenta de que ya era un poco tarde y vi muy crudo acudir a la cena con Johan... No quise dejar a mi amiga sola en ese momento pues estaba deprimida, necesitaba apoyo y Silvia no estaba disponible. Lola me animó a ir, aunque, sinceramente, no lo vi una buena idea dadas las circunstancias. Muy a mi pesar le llamé y le dejé un mensaje en el buzón de voz para anular nuestra cita:

«Johan, lo lamento. Ha ocurrido algo con Lola y no voy a poder ir, ya te contaré. Ella hoy me necesita. ¿Lo posponemos?».

Contestó al poco rato:

«Vaya... espero que no sea nada grave. No te preocupes, mañana

hablamos».

«Te compensaré».

«Eso espero, porque tengo muchas ganas de verte y además tengo algunas novedades que contarte».

«¿Nos vemos mañana entonces? ¿Misma hora, mismo lugar?».

«Sí».

Lola se despertó a la mañana siguiente sintiéndose algo mejor. Al menos, con la medicación que le habían dado, las náuseas y vómitos habían mejorado, aunque se le había desarrollado un incipiente asco al café.

—Lolita... anímate —acaricié su hombro en un gesto compasivo.

—No puedo... estoy en shock todavía.

—Tenemos que contárselo a Silvia cuando vuelva de Valladolid —se encontraba allí en un simposio desde el martes.

—No sé qué voy a hacer. Creo que lo más sensato es abortar.

—Medítalo... No tomes una decisión precipitada.

—Esto no entraba en mis planes... No estoy preparada para hacerme cargo de nadie, soy una inmadura.

—Creo que ese es un miedo bastante normal entre las embarazadas. Sólo digo que te lo pienses... Si tomas una decisión en caliente te arrepentirás.

—¿Debo informar a Daniel? —preguntó los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—Primero creo que debes tomar la decisión y luego ya veremos.

—¿Se ha enfadado Johan por dejarlo plantado ayer?

—No lo dejé plantado... y no, no se ha enfadado.

—Va a resultar que es un buen tipo, el tulipán.

—Lo es... o eso creo.

—Me alegro por ti. Sergio te calcinó el alma en su momento y te mereces ser feliz.

—Tengo miedo. Pero algo me dice aquí dentro —señalé mi corazón— que debo intentarlo.

Me confesé con mi amiga, le expliqué lo que Johan me había contado de su vida y Lola no le dio tanta importancia. Como decimos siempre, el pasado es pasado y queda mucho futuro por escribir.

Silvia llegó a Barcelona y vino directa a casa. Lola estaba ya un poco más mentalizada con la situación pese a las dudas sobre qué hacer.

Se marchó a su casa, esta vez acompañada de Silvia, pues decidimos no dejarla sola en unos días.

Me arreglé y salí directa a la casa de Johan, que aún no había visitado. Paré un momento a comprar un buen vino y algo dulce de postre, aunque mi idea fuera ir muy directa y saltarme todos los protocolos: le necesitaba. Ansiaba sus besos... Esa semana se me había hecho muy larga por muchos motivos.

El hecho de añorarlo tanto confirmaba que era muy importante en mi vida. Pese a todo quería arriesgar, aunque el miedo a ilusionarme y que me partieran de nuevo el corazón seguía ahí.

Mientras subía en el ascensor re Coloqué mi vestido y atusé mis cabellos con el ánimo de avivarlos un poco.

Cuando abrió la puerta salté a su cuello. Le besé y abracé con todas mis fuerzas.

—Jefa... ¡qué recibimiento!

—Te he echado de menos, Johan.

—Yo también a ti, guapa.

Su ático no era muy grande. Aun así, estaba perfectamente decorado y con todo el espacio muy aprovechado. Me hizo una rápida visita, tan sólo contaba con una habitación en el piso superior, donde también se hallaba un pequeño estudio fotográfico y una magnífica terraza. La planta inferior disponía de una sala diáfana con cocina americana.

Me sirvió una copa de vino tinto mientras él trasteaba en la cocina. Me hizo gracia el delantal que llevaba puesto y que decía «*I'm the chef*»; olía fabulosamente y ya estaba salivando, entre una cosa y la otra.

—¿Qué tal por Madrid? —pregunté.

—Todo bien, ha ido genial.

—Me alegro. ¿Quieres que te eche una mano?

—¿Dónde? —dijo mientras me guiñaba un ojo desde la cocina.

—No me provoques, tulipán...

Nos sentamos a cenar en la terraza. No es que hiciera calor, pero como tenía una estufita de exterior de esas que ponen en los bares, se estaba de maravilla.

—Pues no lo haces mal del todo —solté—. Es más, se te dan bastante bien los fogones.

—Siempre me gustó cocinar ¿te gusta? Es un simple salmón marinado.

—Está muy rico —le di un piquito en los labios—. ¿Qué es eso tan misterioso que me tenías que contar?

—Es Eve, mi ex. Ha aceptado firmar el divorcio, al fin.

—¡Qué bien! Me alegro de que haya entrado en razón.

—No había ningún motivo por el cual seguir casados. Ya te expliqué cómo fue nuestra historia...

—Yo tengo algo que contarte también. Sergio vino el miércoles.

Le detallé cómo fue nuestro encuentro.

—Si te molesta, dímelo.

—No creo que sea necesario.

—Como veas... aunque por lo que me has contado no parece un hombre que acepte un «no» de primeras.

—No será un problema.

—Bueno... parece que todo está en su sitio. Ya era hora. Recuerda que el próximo viernes es la inauguración de la exposición.

—No te fallaré.

Como era de esperar no llegamos a los postres...

—No sabes lo mucho que he echado de menos tenerte entre mis sábanas —me miró con los ojos llenos de fuego—. Necesito hacerte el amor ahora mismo...

Cogió mi mano y me llevó a su habitación. Olía ligeramente a incienso y cítricos... me recordó a su perfume.

Me desvistió con suma delicadeza, disfrutando del momento. Pronto nos hallamos desnudos sobre la cama, acariciándonos, sintiéndonos, necesitándonos con ansia. Johan jugó con mi carne, lamió mis pezones y me enloqueció... Me penetró suavemente, mientras nos movíamos entre las sábanas, expresando toda la pasión que sentíamos. Sus manos me comprendían... Yo le acariciaba, quería abarcarlo por completo; le di la vuelta y cabalgué sobre él, dándonos placer hasta llegar juntos al éxtasis.

Nos tumbamos juntos, frente a frente. Johan rozaba mi rostro con la punta de los dedos.

—No te asustes, Julia —suspiró y lo miré preocupada—. Te quiero, estoy locamente enamorado de ti.

Mi corazón dio un vuelco, Johan se estaba declarando. Le besé.

—¿No dices nada? —preguntó extrañado ante mi silencio.

—Yo también te quiero, Johan.

Volvimos a besarnos y a abrazarnos, sintiendo nuevamente el calor de nuestros cuerpos para caer en un profundo y placentero sueño.

Desperté rodeada por sus brazos, no había sensación más reconfortante.

Johan se levantó y preparó el desayuno, que luego trajo a la cama: era uno de mis sueños, que un tío bueno, medio en bolas, me trajera dulces manjares matutinos. Me estaba empezando a gustar mucho, pero mucho, que me cuidara de esa manera y tuviera esos detalles conmigo.

Sergio nunca fue el tipo más delicado del planeta, aunque tuvo sus momentos justos de romanticismo al principio de la relación que se fueron disipando conforme los días iban pasando y, jolín, a todos nos gusta que estén pendientes de nosotros.

Johan se estaba esforzando para que me sintiera feliz y cómoda y me encantaba. Me sentía un poco mal por haberlo dejado «tirado» por el tema de Lola; no obstante, él entendió perfectamente la situación sin pedirme demasiadas explicaciones.

Contacté con ella vía mensaje para saber cómo se encontraba y dijo estar mentalizándose con su nueva situación y cavilando qué hacer. Silvia se iba a quedar con ella y lo agradecí porque yo necesitaba estar con mi chico ahora que habíamos confesado que nos amábamos.

Johan propuso que cogiéramos el coche y nos fuéramos el fin de semana fuera, a la montaña, a una casa que sus padres poseen en el pirineo y que es uno de sus parajes favoritos. Acepté encantada.

Pasé por casa a coger la ropa adecuada y nos fuimos. Fue un fin de semana mágico. No hay nada más bonito que sentarse junto al fuego con la persona que amas...

Capítulo 23

La inauguración

Tras unos días de caos en la redacción llegó el viernes y ese día era especial: Johan inauguraba su exposición, la que llevaba meses preparando. Toda su familia y amigos más cercanos iban a estar allí, así como muchos colegas de profesión.

Quedamos directamente en el local ya que él debía estar unas horas antes para supervisar todos los detalles. Me arreglé para el evento con un traje de cóctel sencillo, pero a la vez elegante, y llegué puntual a la sala, en la que ya se encontraba bastante gente dentro. Vi a Mark junto a una mujer rubia de cincuenta y pico y, enseguida imaginé que era la madre de Johan. Ciertamente parecía ella más holandesa que él ya que su estilo no era del típico español con el que siempre nos estereotipan.

Me acerqué a Johan que estaba guapísimo con un curioso pantalón de pinzas rojo que combinó con una camisa negra. Nada más verme me besó en la mejilla. Me quedé a su lado y me presentó a su madre, Carmen y a su hermana, Helena, a la que no había visto aún en persona ya que sólo habíamos hablado por teléfono sobre temas de trabajo en alguna ocasión. En ningún momento dijo que fuera su novia, sino que me presentó como a su compañera de redacción y amiga... no supe qué decir. Tampoco le di importancia, pues en realidad estábamos empezando la relación y tampoco hacía falta ser tan formal.

Johan estuvo durante todo el rato arriba y abajo, atendiendo a todo aquel que se le acercaba y que no eran pocos. Apenas hablamos, aunque a la menor oportunidad buscaba contacto visual conmigo y me devolvía la sonrisa.

Al contemplar su obra «*Soul Asia*» acabé de confirmar lo grande que era como fotógrafo. Eran instantáneas con alma, con sentimiento... No había una sola foto mala, al menos a mi entender. Me alegré no sólo de que fuera mi novio o lo que fuésemos, también de contar con él como profesional en nuestro equipo.

Se le acercó una chica que me sonaba muchísimo y no sabía de qué... Los vi dedicándose unas sonrisas y hablando en su lengua materna y, caí en la cuenta de que debía de ser su ex mujer. No parecía tan afectada como me había contado, es más, sonreía a diestro y siniestro. Como mujer con los cinco sentidos alerta me percaté de que a Carmen le molestaba su presencia.

Johan no me la presentó. Imaginé que le resultaba incómodo, sin embargo, me hubiese gustado que lo hiciera... Se trataba de cerrar de un carpetazo esa relación de por sí ya terminada.

En ese momento estaba sola y Carmen y Mark se acercaron a conversar conmigo.

—Qué gran fotógrafo es vuestro hijo, os doy la enhorabuena por la parte que os toca —intenté bromear y hacer un bonito cumplido a la vez.

—Lo es, posee muchos premios —contestó Carmen algo tensa y no sabía por qué—. No sólo hace fotos, también pinta, compone...

—Tiene alma de artista —intervino Mark—. Con la vida bohemia que llevó en su momento se le pegaron todas estas artes... Lo único que no hace es cantar, eso no, sería una catástrofe —bromeó.

—Es muy completo, sí —respondí nerviosa, pues pensaba que se me notaba que unas horas antes lo había tenido entre mis brazos—, somos muy afortunados en la revista teniéndolo a él. Junto con Álex, tenemos a lo mejorcito del mercado.

—Me preguntaba —Carmen interrumpió— si te gustaría venir a cenar a casa algún día. Te avisaremos de nuestra próxima fiesta; solemos hacerlas cada cierto tiempo con colegas de Mark y otros amigos.

—No aceptaremos un no como respuesta —puntualizó Mark.

—Será un placer asistir.

Estuvimos charlando unos minutos. Carmen tampoco es que hablara mucho, eso sí, me miraba de arriba abajo, como investigándome a fondo; Johan se acercó a mí.

—Mamá, me la llevo un rato, quiero enseñarle un par de fotos —soltó.

—Ya nos marchamos, Johan —le dio los tres besos correspondientes de despedida a su hijo y se fueron.

En realidad, mucha gente desfilaba ya. Ni rastro de su ex, Eve, se había ido. Me llevó a una pequeña sala donde había multitud de trastos. Me besó.

—Qué ganas tenía de beber de tus labios —susurró a mi oído—. No sabes cómo te deseo, aquí y ahora...

Me despojó del vestido con maestría y tomó mi cuerpo de nuevo.

—Esta escena me ha recordado a nuestro primer encuentro, aunque en aquella ocasión no te lo permití —intervine.

—Fuiste mala... quizá debería castigarte —bromeó a medias.

—Me arrepentí al momento, si te sirve de consuelo.

—Soñé contigo esa noche...

Me pareció romántico el comentario a la par que sexi.

—¿Qué soñaste? —pregunté imaginándome su respuesta.

—¿Tú qué crees? Te hacía el amor junto al fuego, en la casa de la montaña.

—Pues ya puedes decir bien alegre que tus sueños se convierten en realidad —besé sus labios.

Salimos de la habitación, cuando ya apenas quedaban una decena de personas, que invitamos a salir amablemente, pues era tarde.

No tocó el tema de Eve, era como si no hubiera asistido. Lo cierto es que no la vi más que un momento y luego desapareció para no volver.

Me acompañó a casa y se despidió con un «hasta mañana» que me supo a poco. Ambos estábamos cansados y nos dimos una noche libre.

Había quedado en verme con las chicas al día siguiente para charlar y necesitaba unas horas de descanso, pues prometía ser una velada intensa... como siempre que nos reunimos las tres cotorras. Aun así, quedé con Johan en vernos por la noche, cenar y «lo que surgiera».

Dormí abrazada a la camiseta que se había olvidado en casa y que no había lavado. Olía a su perfume, a su olor corporal... Me encantaba...

Capítulo 24

Los secretitos de Silvia

Silvia llevaba unas semanas muy misteriosa y casi desaparecida. Comentó de pasada que se había dado de alta en una plataforma de esas de personas que buscan pareja, la misma en la que me apunté y en la que no participé jamás y, estaba segura de que todo esto estaba relacionado con su silencio. Decidí que, como nos íbamos a ver en casa de Lola, afloraría la periodista de investigación que hay en mí y no me iría sin saber algún detalle: iba a sonsacarle información. Ella es de contarle todo y, cuando no lo cuenta, tiemblo... significa que algo está pasando.

Lo cierto es que la pobre no había tenido suerte en el amor... Tuvo varias relaciones que no fructificaron, que no pasaron de unos meses. De hecho ya tenía hasta un gato, Sunny, que era su relación más duradera y fiel hasta el momento.

Johan había quedado a su vez con su grupo de amigos. En realidad, era muy buena idea que mantuviéramos nuestros propios amigos por separado. Yo a ellas las necesito y seguro que él también necesitaba de sus ratos para desfogarse y descansar de mí.

Subí a casa de Lola y, aunque no se le notaba nada el embarazo, ya que apenas estaba unas pocas semanas, acaricié su barriguita.

—Voy a tener al niño... Lo he pensado mucho y lo tengo claro, aunque me voy a poner como una vaca por su culpa —señaló su tripa.

—Aquí la única culpable eres tú... ¿cómo estás tan segura de que es niño?

—Estoy convencida... Mucho me va a sorprender si es niña.

Se unió Silvia que trajo consigo un orujo de hierbas, unos dulces y, como consideración hacia Lola, un licor de mora sin alcohol.

—Somos unas alcohólicas —espetó—. No concibo una fiesta con vosotras sin ponerme pedo.

—Quizá debemos cambiar eso, por Lola —intervine.

—¡No chicas, no os cortéis! Aunque os informo que en cuanto este *bicho*

salga de mí, me agarro una cogorza de esas que hacen historia ¡he dicho!

—No dudes en que te acompañaremos —reí—. Hay cosas que no tienen por qué ser diferentes. Eso sí, si está el bebé delante, alguna de nosotras deberá mantenerse en pie para poder atenderle. Hay que ser responsables ante todo...

—¡No cambiemos nunca! —Lola brindó con gaseosa mirando su copa, nostálgica.

—Cambiando de tema... Silvia —introduje el primer acercamiento al tema que me tenía tan intrigada—, ¿no tienes nada que contarnos? Estoy segura de que algo ronda por tu cabeza... Puedo sentir tu cerebro maquinando a kilómetros de distancia; ¿*habemus* ligue?

—Como os dije, estoy hablando con alguien desde hace semanas por aquella aplicación que os comenté...

—¿Y? —soltamos Lola y yo al unísono.

—Se llama Rubén Izaguirre y tiene treinta y cinco años. Es comercial de una farmacéutica muy importante y es muy guapo...

—¿Ya está? ¿No nos cuentas nada más? —Lola se recostó en el sofá a la espera de más información.

—Sólo hay un problema —Silvia entornó los ojos—: vive en Bilbao.

—¡Ostia puta! —gritó Lola.

—¡Ostras! —quise ser un poco más fina que ella al mostrar mi asombro.

—No nos hemos visto todavía. Sin embargo, hablamos cada día por el chat e incluso hemos hecho alguna video llamada... Viaja mucho por todo el país y pronto vendrá a Barcelona. No puedo decir que esté enamorada, aunque sí muy ilusionada. Él tiene ganas de que quedemos... ¿quedo con él o estoy loca?

—¿Te fías? —pregunté—. A ver si va a ser el típico cretino que está casado, con tres hijos y le van las emociones fuertes.

—Me da la sensación de que esconde algo, es la verdad, pero dudo que esté casado.

—Quizá sólo mienta en su currículum y en realidad es chatarrero —Lola se reía.

—Veo que el embarazo ha agudizado tu sentido del humor —soltó Silvia—. Os tengo que confesar una cosa, pero me tenéis que prometer que no os vais a reír ni me vais a juzgar...

—¿Cuándo he hecho yo eso? —Lola se ofendió cuando era la primera a la

que la lengua le iba a mil por hora no obedeciendo a su entendimiento.

—¡Va Lola! ¡Calla! ¡Déjala continuar!

—Hace un par de noches —Silvia cogió respiró profundamente—, durante el video chat la cosa se puso «calentita».

—Sigue, sigue, que hace tiempo que nadie entra en mi «caverna» y me estoy emocionando —Lola no dejaba atrás sus comentarios obscenos, ni en los entierros.

—Decidí quitarme la camiseta, el sujetador, las braguitas y me alejé un poco para que me viera entera... Rubén se excitó muchísimo, se tocaba, gemía... Yo hice lo mismo. Me masturbé frente a la cámara y me «espatarré» para que viera todo el espectáculo al completo... ¡No me juzguéis! ¡Hace por lo menos tres reencarnaciones que no tengo sexo con nadie!

—¿Y cuál es el problema? —intervine brevemente.

—Que cuando pensé que me iba a hacer lo mismo, con una excusa dio por finalizada la llamada dejándome bastante... digamos... a medias. Sólo pude verle el torso, que por cierto está bastante bien, más que bien. Está francamente bueno... y me hubiera gustado llegar a más.

—¿Me estás diciendo que estás preocupada porque no le has visto la picha? —Lola abrió los ojos como platos—. Piensa que los hombres también pueden ser tímidos, hija. Quizá la tiene pequeña o simplemente tiene complejo... no sé. ¿Fue vuestra primera llamada «hot»?

—No la primera, aunque sí la más calentita —respondió Silvia con un hilo de voz, como avergonzada.

—Dale tiempo. Seguramente todo esto es nuevo para él —cogí a Silvia de la mano, para darle ánimos—. No te pongas en lo peor.

—¿Y si es impotente y estaba fingiendo? —Silvia se mordió el labio con acusado nerviosismo.

—Mujer, mira que tienes imaginación —Lola empezó a faltar a su palabra y se le escapó una carcajada que intentó corregir al momento.

—Veo que ya vuelves a estar en forma a lo que a elocuencia se refiere —dije a Lola—. El pequeñín no ha mermado tu eficacia, querida.

Entre las dos consolamos a Silvia y la animamos a quedar. Incluso sugerimos que, si le daba miedo hacerlo a solas, una de nosotras podía acompañarla y quedarse cerca: ella sólo tendría que hacer la llamada de emergencia y enseguida acudiríamos a su rescate. Pareció convencerse de que era una idea que considerar y nos comentó que propondría al misterioso

Rubén el verse en cuanto pisara la ciudad.

—Estoy cagada de miedo con esto del embarazo —confesó Lola—. Me ayudaréis, ¿verdad?

—¡Claro, mujer! —Silvia la besó tiernamente en la mejilla—. Seremos las mejores tías para este bebé, no lo dudes.

—Seréis las madrinas, nada de padrinos. Quiero que viva rodeado de mujeres...

—¿Se lo piensas decir a Daniel? —pregunté y, su cara palideció.

—No. No se lo voy a decir...

—Lola... —intenté que razonara pues no me parecía una buena idea.

—¡Ni Lola ni leches! Desde el día del juicio que no responde a mis mensajes ¡que le den por el culo!

—Mujer, tú tampoco respondiste a los suyos en su momento. Además, creo que tiene derecho a saberlo —Silvia asimismo lo intentó.

—No, no tiene ningún derecho: yo no le importo una mierda, así que, ¡que se vaya a tomar por saco!

—Eres muy de tomar decisiones en caliente —le recordé—, pero ésta deberías meditarla...

Lola se escaqueó cambiando de tema, para variar.

La comida trascurrió, como siempre, entre risas, sarcasmos y demás locuras para finalizar con la clásica frase de Lola: «cada mochuelo a su olivo». Tenía el tiempo justo de pasar por casa y cambiarme para encontrarme de nuevo con mi bello tulipán. Esta vez fui yo la que quise darle una sorpresa, sorpresa que finalmente me llevé yo: «No puedo quedar, me ha surgido algo inesperado. Te llamaré». Ese fue el mensaje que encontré en mi móvil unos minutos antes de nuestro encuentro.

Capítulo 25

¿Pero qué pasa?

Le contesté intrigada por Whatsapp, aunque ni siquiera leyó el mensaje y me fui a la cama con la intención de dormir, pero apenas pude. Estaba mosqueada ya que no me pareció suficiente explicación ese escueto mensaje. Estaba molesta no por el fondo sino por la forma... ¿Tan grave era el asunto que no podía llamarme? Hasta se me pasó por la cabeza que, simplemente, había alargado el momento testosterona con sus amigos... y esa idea aún me cabreó más porque, si así era, no había motivos para asustarme con un texto tan ambiguo.

El domingo a medio día le llamé y tampoco contestó. Mi mosqueo se convirtió en preocupación.

Llegó la noche y nada. Volví a enviarle otro mensaje desesperado: «llámame, estoy preocupada».

Alarmada ante la falta de noticias me fui a su piso. Nadie... no había ni un alma.

Estuve tentada de llamar a Mark, no obstante, tuve miedo de meter la pata y decidí no hacerlo. A las tres de la mañana sonó el teléfono: era él...

—¿Johan? ¿Va todo bien? —respondí al primer tono.

—No, todo va mal.

—¿Qué pasa? Estoy muy preocupada.

Noté a Johan suspirar al otro lado del teléfono.

—Es Eve.

—Estuvo el viernes en la exposición ¿verdad?

—Sí y estuvo contenta, no sé por qué lo ha hecho...

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Ayer tarde me llamó, aún estaba en Barcelona, quería verme y acudí a su hotel.

—¿No estabas con tus amigos?

—Sí, los dejé colgados cuando ella me dijo que tenía algo importante que

decirme antes de irse...

—¿Y?

—Llegué al hotel a eso de las cinco y subí a su habitación...

—¡Joder, Johan! ¿Qué coño ha pasado? ¿Os habéis acostado? ¿Es eso?

—¡No! ¡Nunca te haría algo así!

Hubo un silencio de segundos que me pareció una eternidad.

—Eve lo intentó. Quiso tener sexo conmigo. Me esperaba en ropa interior, champagne, velas... La rechacé desde el primer segundo; fui muy tajante... Me enfadé mucho con ella y fui incluso cruel. Le dije que dejara de agobiarme y que amo a otra persona. Fui extremadamente bruto y me pasé. Incluso la empujé para quitármela de encima... ¡Joder Julia! ¡La he cagado!

—Quizá así te deje en paz. A veces debemos ser claros y directos —dije con el ánimo de justificar su reacción, por otro lado, muy natural.

—Me fui dejándola allí, llorando, histérica... y me amenazó como otras veces con suicidarse.

—Te manipula, ya te lo dije una vez...

—Lo ha hecho, Julia: está en el hospital en coma, no saben si saldrá de esto.

Me quedé petrificada...

—Se tomó un frasco entero de tranquilizantes mezclados con alcohol. Me llamaron del hotel al ser el contacto de emergencia de su ficha de cliente. Llevo en el hospital desde entonces.

—Johan... ¿Quieres que venga?

—No. De hecho, he intentado contactar con su hermano para saber cómo actuar. Sé que hace mucho tiempo que no se hablan y la relación es casi inexistente.

—¡Dios mío! —sollocé—. No te sientas culpable cariño... no está bien, tú mismo me lo has dicho.

—No es la primera vez que lo hace: estando aún casados, cuando la cosa ya iba mal, se cortó las venas. Es una persona autodestructiva, por eso siempre fui con pies de plomo en cuanto a decisiones para con ella.

Me sentí como una idiota al pensar que estaba de birras con sus amigotes, cuando en realidad estaba pasando uno de los peores momentos de su vida.

—Eve es importante para mí, te lo dije, pero no en el sentido que piensas: no tiene apenas a nadie que cuide de ella.

—Lo entiendo, no te justifiques y, te apoyo, por supuesto.

—Mañana el médico le hará unas pruebas y me dirán qué se puede hacer. Está muy negro, Julia, lo más probable es que no salga adelante.

De repente oí unos pitidos de fondo... Estaba en la habitación del hospital y sospeché que era alguna de las máquinas que Eve tenía conectadas. No era buena señal.

—Debo colgar, algo va mal.

—Mantenme informada.

Colgó y no sé si llegó a escuchar mi último comentario. Al poco rato recibí un mensaje:

«Eve ha muerto y ha sido por mi culpa».

Entendía que se sintiera mal y le contesté que viniera a casa. Le abrazaría y, en silencio, le ayudaría a pasar por ello. Johan no contestó esa noche, ni al día siguiente y supe que necesitaba tiempo. Le conocía lo suficiente como para saber que cuando se agobiaba necesitaba estar solo.

Estaba muy preocupada y cada pocas horas le enviaba un escueto mensaje de ánimo, para que supiera que estaba allí. Sin embargo, él no los contestaba. Decidí darle el espacio que necesitaba y me aparté. Durante cinco días no supe nada de él; absolutamente nada.

Ya en la redacción, por Mark, supe que había ido a Ámsterdam. Me comentó que su exmujer había fallecido repentinamente y que estaba haciendo los trámites oportunos. No parecía saber lo que había ocurrido al cien por cien; yo no quise pifiarla y me callé.

A una semana del suceso seguía sin saber nada de él. Mark comentó que se había tomado unos días de permiso por temas personales, sin entrar en detalles, y que se había ido a Bangkok. Me quedé muerta, pues ni siquiera me avisó.

Contacté con él por mensajería privada:

«Sé que estás mal y quieres estar unos días solo, pero piensa en mí también... Estoy muy preocupada sin tener noticias tuyas, no lo entiendo. Necesito que hablemos y sé que te hará sentir mejor. Te quiero».

Tardó unas horas en contestar.

«No soy buena compañía ahora. Lo mejor será que te alejes de mí. No me busques. Necesito estar solo y pensar».

Se me partió de nuevo el corazón.

Esa primera semana sin él trabajé desde casa. Informé de que estaba indispuesta y que no acudiría al despacho. Lo estaba, desde luego, pero no era por culpa de un virus estomacal. Era el efecto tulipán en su fase más nefasta.

Quise ser positiva y pensar que se trataba de un mal momento y que Johan volvería a mis brazos, pero en muchos días, lo poco que supe de él es que seguía en Tailandia y que no tenía intención de volver inmediatamente. De hecho, Mark quiso fichar a un fotógrafo sustituto para que nos ayudara y me negué con la certeza de que Johan recapacitaría y volvería a Barcelona. Yo seguía ahogándome con mis suspiros...

Intenté hacer vida normal pero no me quitaba de la cabeza a ese hombre. Si dormía, soñaba con él; si me duchaba, notaba sus manos sobre mi cuerpo; si respiraba, le sentía... e incluso me parecía oír su voz de madrugada.

Era consciente de que estaba absolutamente colada por él y veía cómo nuestro amor estaba en la cuerda floja o quizá ya muerto. Puede que sólo fuera cuestión de tiempo, ¿de cuánto?

Me pasó algo que no ocurrió cuando lo dejé con Sergio: me deprimí hasta el extremo y noté cómo mis fuerzas se iban mermando. Lo único que tenía claro era que amaba a Johan, aunque él hubiese decidido tomarse de descanso unos días, unos meses o vete a saber cuánto, sin contar conmigo para nada... Como siempre fueron mis amigas las que enjugaron mis lágrimas y las que aguantaron mis malos momentos... no podía ser de otra manera. Entre las tres intentábamos superar las barreras que a veces te pone esta vida y, que no son pocas. En el fondo me sentía afortunada de tenerlas junto a mí... Los días sin Johan se me estaban haciendo no sólo eternos, también mustios y me estaba pasando factura la soledad.

Capítulo 26

Tres meses después

Lola estaba pletórica y feliz. Su «alien» era chico, como ella quería. Ya estaba de seis meses y se encontraba fenomenal. Tuvo la suerte de que apenas había cogido unos kilos, los necesarios y nada más.

Daniel no estaba informado. Seguía en sus trece de no decir nada. El caso fue que él sí se puso en contacto con ella un par de meses atrás, pero lo rechazó de forma tajante: decidió que ese tema solamente le implicaba a ella y punto. Poco importaba si el chico, que parecía haber recapacitado, quería volver a verla y es que cuando Lola te pone la cruz no te la saca ni Dios.

Silvia seguía hablando con el tal Rubén y habían aceptado verse esa misma semana en terreno neutral y no en Barcelona. Ambos iban a coincidir los mismos días en Madrid y apañaron una cena.

Cuando volvió nos reunió de urgencia. Se trataba de un aquelarre extraordinario que no teníamos en la agenda. Me quedé un poco preocupada por su tono, no parecía contenta y enseguida pensé que estaba relacionado con su encuentro con el tal Rubén.

Lola se puso un vestido ajustado y sexy que favorecía su embarazo. Era una embarazada moderna y guapa a rabiar. Iba a la moda y no se bajaba de sus tacones, aunque un incipiente lumbago se avecinaba en el horizonte.

La recogí con el coche y nos dirigimos a casa de Silvia.

—¿Tú sabes que le pasa? —preguntó Lola—. Está muy rara.

—Lo sé... más de lo habitual.

De pura chiripa encontré aparcamiento en la misma puerta de su casa. Zona azul, claro.

Entramos y nada más cruzar la puerta se echó a llorar.

—Nena... —Lola la abrazó como pudo con su barriga de por medio—. ¿Qué te pasa? ¿Salió mal con Rubén?

—Amor... estamos aquí para apoyarte —intervine.

—Es más complicado de lo que parece —soltó.

—¿Te ha hecho daño? ¿Qué ha pasado? —Lola preguntaba mientras a mí me pasaban esas mismas preguntas y mil más por la cabeza.

—Todo lo contrario... es un ser maravilloso.

—¿Cuál es el problema entonces? —acaricié su rostro en un intento de alivio.

—Es que es muy fuerte... no sé ni por dónde empezar.

—A ver, hija, que todo tiene solución. Incluso si está casado —Lola intentó que se calmara.

—¡No está casado! ¡Es *trans*! ¡Nació mujer!

—¿Quééééé? —gritamos las dos a la vez.

Nos explicó su historia. Rubén existe desde que María de los Ángeles a los catorce años decidió explicar a su familia cómo se sentía. No fue fácil: años de hormonas, tratamiento psicológico, operaciones... Sólo le faltaba la última etapa, que era la cirugía que le cambiaría la vida por completo.

Silvia estaba enamorada de ese hombre, sin embargo estaba en shock. Tenía sentimientos encontrados pues por un lado había encontrado a su alma gemela y, por otro, éste escondía un secreto complicado de digerir.

Ni en su trabajo lo sabían puesto que en su documentación ya figura como hombre desde hace años. Ese «impedimento» físico le impedía tener intimidad con Silvia y era insalvable salvo que se operara: no podía esconderlo por más tiempo y tampoco era una cosa para explicar por Skype...

Lloró de nuevo porque reconoció que era un tema de prejuicios. Le hice entender que ella se había enamorado de una persona, tanto daba si había nacido hombre como mujer. Además pronto pasaría por el quirófano y arreglaría el tema «más peliagudo» y sería un «hombre completo». Nosotros, en el fondo, no decidimos de quien nos prendamos... es nuestro caprichoso corazón.

Nos enseñó varias fotos. El tipo era guapo de verdad.

Después de lo de Johan, enamorarse de un transexual no me parecía tan grave. Lo importante es que sea amor verdadero sin importar lo que esconde entre sus piernas.

La animamos bastante, entre su amiga, la futura madre soltera y la otra, la que fue abandonada de un día para otro... vaya tres patas para un banco, pensé.

Yo seguía sin saber nada de Johan. En Facebook aparecía alguna foto de vez en cuando, pero nunca de su persona. Tenía restringidos los mensajes, así como escribir en su muro. Intenté llamarle un par de veces, aunque su teléfono ya no existía: lo más probable es que cambiara de número. Quiso acabar con todo y minimizar las probabilidades de contacto, eso estaba claro, pero ¿por qué? ¡Qué culpa tenía yo!

Sergio dejó de molestarme. Afortunadamente no le conté que ya no estaba con Johan. Entró en razón y volvió a Londres.

Quería pasar página, pero me resultaba inviable. Le veía en casa, en el despacho... y en las reuniones me parecía hasta oír sus elocuentes comentarios.

María, que no sabía en realidad qué me ocurría, intentó que saliera con un amigo suyo, un deportista de élite... No quise. Lo cierto es que me importaba todo un pimiento. Yo quería a mi tulipán y me estaba resultando imposible sacarlo de mi cabeza.

Incluso me estaba planteando cambiar de aires, irme a otra ciudad y empezar de cero... Era una idea que me rondaba a menudo y debía darle vueltas. Mi trabajo me gustaba, era todo lo que una periodista podía soñar, pero la sombra de mi tulipán era demasiado alargada y se me hacía difícil hasta ver a su padre, que me recordaba muchísimo físicamente a él...

Capítulo 27

En casa de los Van der Heer

Al día siguiente Mark me llamó a su despacho.

—Julia, este sábado damos una fiesta en casa. Nos gustaría que vinieras.

—Será un placer —mentí un poco.

Recordé que el día de la inauguración de la exposición, unos meses atrás, comentaron que me invitarían algún día y parecía que ese día había llegado.

—Acudirán amigos importantes que quisiera presentarte.

—¡Genial, allí estaré! —seguí mintiendo y fingiendo entusiasmo.

No me hacía especial ilusión ir de fiesta, pero me lo tomé como un acto más del trabajo, un evento necesario en casa de mi jefe.

Mis padres volvían a estar de viaje, ¡no paraban! De hecho, me sentía bastante sola. Pese a que contaba con mis amigas sentía una amarga soledad que me atravesaba por completo.

Me había vuelto una adicta al trabajo. Me pasaba una eternidad de horas en la oficina y, en casa seguía trabajando, lo que fuera con tal de tener la mente ocupada.

Seguía yendo a yoga con María que estaba muy animada con una relación que justo empezaba. Por fin había encontrado un pisito en el que vivir y su vida poco a poco se iba estructurando, todo lo contrario que la mía.

Esa tarde, de vuelta a casa, me pareció ver a Johan en su moto... Continuaba teniendo visiones. Tuve que parar en el chaflán para enjugarme las lágrimas. ¿Cómo podía ser que lo nuestro acabará así? ¡Estábamos bien! ¡No pudo ser una ilusión mía! ¡Me amaba!

Cada día la misma tortura ¿Por qué? ¿Por qué se alejó de mí? Yo le hubiera ayudado...

El sábado intenté arreglarme un poco para ir a casa de Mark y Carmen. Me estaba dejando un poco, era público y notorio. Mis amigas estaban preocupadas por mi estado de ánimo... y yo empezaba a estarlo también.

Llegué de las últimas. Viven en una población cercana a Barcelona y un accidente en la carretera me hizo llegar un poco tarde. Casi lo agradecí.

Me abrió una chica del servicio. «¡Qué nivel! —pensé—. Recogió mi abrigo y me acompañó al salón».

—¡Julia! ¡Al fin llegas! —exclamó Mark.

—Disculpa, había mucho tráfico debido a un accidente.

—No te preocupes en absoluto. ¡Ven! Quiero presentarte a una serie de personas.

Efectivamente, conocí a mucha gente que deseaba mantener una conversación conmigo y conocer a la mano derecha de Mark, no obstante, yo estaba en mi burbuja y no asimilaba más que el veinte por ciento de lo que me explicaban.

A punto de sentarnos a cenar me llevé la sorpresa de mi vida.

—¡Johan! ¡Por fin llegas! —exclamó Carmen abrazando a su hijo—. ¡Directo de Bangkok! ¿No te ha dado tiempo a pasar por tu casa?

Se me cayó la copa de cava al suelo, manchando la bonita alfombra persa del salón. Casi me caigo yo también...

Johan llegaba directo del aeropuerto... desaliñado; con barba de algunos días; más delgado y visiblemente desmejorado... La verdad es que estaba hecho unos zorros.

—Sube a tu habitación, te arreglas un poco y bajas ¿vale? —le indicó su madre—. ¡Qué bien que has vuelto cariño!

Me miró, también sorprendido, desde la distancia que nos separaba y su semblante entristeció. A mí me debió pasar lo mismo pues su hermana Helena no dejaba de preguntarme si me sentía bien.

Volvió a los veinte minutos, con el tiempo justo para sentarse a la mesa y eso sí, aseado, afeitado y con un esmoquin que le quedaba como un guante.

Sus padres me hicieron sentar frente a él en la mesa, ¿fruto de la casualidad? Yo sólo tenía ganas de llorar y tuve de tragar saliva en varias ocasiones para reprimirme. No intentó acercarse a mí en ese momento... ¿Qué me iba a decir? Delante de todo el mundo, ¿se atrevería? No me esperaba en ese evento, eso seguro. Aun así, me buscaba con la mirada todo el rato mientras yo le rehuía.

Estaba deseando que acabara la cena, poner una excusa y salir corriendo de allí como alma que lleva el diablo.

Tras la cena pasamos a otra sala, enorme, donde unos músicos tocaban

piezas de las de siempre, y muchos de los invitados se animaron a bailar mientras yo permanecía en un rincón intentando pasar desapercibida mientras a Johan lo entretenían unos y otros. No parecía cómodo en absoluto.

Mark insistió en que me quedara un rato y no supe decirle que no. Eso sí, intenté no estar a solas en ningún momento.

Fui a los aseos y de nuevo, como en la primera noche, me acorraló.

—Julia... por favor, Julia...—susurraba—. Sé que me odias en este momento. Escúchame, te lo ruego.

Qué poco sabía de mis sentimientos... No le odiaba, todo lo contrario. Sin embargo, estaba muy herida.

—Aquí no quiero hablar, Johan.

—Necesito explicarte lo que ha ocurrido.

—Que has huido... de mí, de todo, durante meses. Eso es lo que ha pasado.

—Vamos a hablar a un sitio más tranquilo.

—¿No me podías llamar? ¿Tienes idea de lo mal que lo he pasado? ¡No! ¡Qué coño! ¡No tienes ni puta idea! —elevé la voz hasta gritar. Exploté.

—Julia... no sabes lo que te he echado de menos.

Me volví a meter en el lavabo y lloré. No sabía que todavía me quedaban lágrimas...

Cuando salí, Carmen estaba fuera esperándome y Johan había desaparecido.

—Julia, ¿podemos hablar?

—Carmen, ya me iba.

—Será un minuto.

Me llevó a una sala algo más pequeña, a solas. Me sirvió un té caliente, pues temblaba.

—Estás muy enamorada de él, ¿verdad?

—Yo...

—Lo noté el día de la inauguración... a una madre no le pasan desapercibidas ciertas cosas.

Ahora entendía por qué me miraba tanto aquel día... me estaba calibrando.

—Johan ha pasado unos meses terribles —siguió—. Creo que deberías escucharle. No ha estado en Tailandia.

—¿Otra mentira más?

—Julia, hazte un favor a ti misma y hablada.

—Ahora mismo no puedo... estoy bloqueada.

—Lo comprendo, de verdad. Quédate a dormir. Tenemos habitaciones de sobras y ya es muy tarde. Quizá mañana estés más preparada para tener una conversación con él. Mark y yo nos iremos pronto ya que tenemos que ir a jugar al tenis a primera hora, ya me entiendes.

Me estaba haciendo entender que la casa estaría disponible para nosotros solos. Carmen insistió bastante en que debía escucharle. Decidí aceptar la oferta y pasar allí la noche, aunque estaba bastante segura de que no iba a pegar ojo sabiendo que él se encontraba a pocos metros de mi habitación. Tampoco tenía claro si hablar con él; no estaba preparada.

Capítulo 28

Empezar de nuevo

Desperté esa mañana abrazada a la almohada, parcialmente manchada con el negro de la máscara de pestañas. Me acosté llorando y amanecí igual.

Tenía un profundo dolor de estómago... el típico causado por un agudizado estado de angustia. No estaba capacitada para enfrentarme a los fantasmas de Johan ni a nada de lo que me tuviera que contar. Quería estar sola y pensar.

Cogí mi bolso y me fui antes de que se despertaran. Dejé una nota a los anfitriones dándoles las gracias, me metí en el coche y hui.

No quise quedarme en mi casa. Simplemente pasé a cambiarme de ropa y coger algo de recambio. Envié un mensaje a María avisando de que me tomaba unos días libres y desaparecí.

Me fui a la montaña. Conocía un bonito lugar en el pirineo catalán que me hacía sentir bien; necesitaba respirar aire puro y tener la mente en otro lugar. Apagué el móvil y lo puse en el fondo de la maleta: no quería saber nada de nadie. Tan sólo avisé a mis padres de que estaría unos días fuera y, por supuesto, a mis amigas, para que no se preocuparan por mí. Fueron cuatro días en los que medité mi futuro y sopesé asimismo mi pasado. Tampoco era tan digna ni tan correcta pues había cometido insensateces, como todo el mundo, pero me carcomía por dentro no saber dónde había estado Johan durante todo ese tiempo y por qué no se puso en contacto conmigo en estas quince semanas. Era todo tan secreto que me daba miedo conocer la verdad.

Ni siquiera sabía si me apetecía escucharle... Su madre insistió en que lo hiciera, sin embargo ¡es su madre! Iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que su hijo fuera feliz.

No hubiera pasado nada de haberme avisado, pedirme un tiempo... Somos humanos y lo hubiera entendido, le hubiera cedido el espacio necesario. Al desaparecer de este modo me dejó claro qué lugar ocupó en su lista de

prioridades y, no estaba dispuesta a ser la segunda o tercera opción de nadie.

Estaba dolida, herida, muy lastimada... porque le amaba y, esas semanas sin él habían sido demasiado duras como para olvidarlas. Sus últimas palabras escritas no podía quitármelas de la cabeza: «no soy buena compañía ahora. Lo mejor será que te alejes de mí. No me busques. Necesito estar solo y pensar».

Se había ido supuestamente a Tailandia, no obstante, esa era otra mentira en la que Mark fue colaborador necesario, imagino que para proteger a su hijo. Eso podía comprenderlo, aunque si sabía que yo sentía algo por su hijo, como su mujer intuía, fue muy cruel no decirme nada y hacerme pasar esa angustia sin saber a ciencia cierta si estaba bien. Quizá tan sólo eso hubiera bastado para darle el tiempo que precisara, explicar la verdad.

Volví a casa, conecté mi móvil y encontré decenas de llamadas perdidas de Johan. Simplemente le envié un escueto mensaje en el que le decía que ahora era yo la que necesitaba aire.

Ante la posibilidad de que Johan se presentara en mi casa me fui con Lola. Su barrigón iba en aumento y sus ganas de parir al «alien», también. Se acercaba a los siete meses y el parto estaba cerca.

Informé de la vuelta de Johan y de por qué necesité irme unos días.

—¿No crees que deberías escuchar lo que sea que tenga que decirte? — preguntó.

—No lo considero necesario. Desapareció y ni siquiera se puso en contacto conmigo para decirme adiós, hasta luego o lo que fuera. Qué poco le hubiera costado y lo tranquila que me hubiera dejado. He estado meses pensando de todo y nada bueno. Tú lo sabes. He estado hecha polvo cómo nunca.

—Te entiendo cariño.

—Ahora soy yo la que no quiero devolverle las llamadas.

—¿Te estás vengando?

—¡No digas tonterías! Eso sería muy infantil.

—Entonces ¿qué pretendes?

—No tengo ni puñetera idea...

—¿Le amas?

—Con toda mi alma... aunque me joroba reconocerlo.

—Ahora todavía lo entiendo menos ¡habla con él! ¡Seguro que hay una explicación! Yo no lo veo tan capullo y, créeme, conozco unos cuantos.

—¿Qué habrá hecho todo este tiempo? Vete a saber a cuántas se habrá follado... Seguro que es lo que me va a contar; que ha metido la pata y bla, bla, bla...

—Estás desvariando. Lo mismo ha estado buscando paz interior en un monasterio budista.

—No te cachondees...

—¡Has empezado tú! Te has hecho una película sin conocer la auténtica versión y la única persona que podría dártela es él.

—Ya es tarde. No hay vuelta atrás.

—Mi chico está dando patadas. Te está abroncando, que lo sepas.

El pequeño Iker se movía con rapidez y ciertamente estaba agitado.

—Quiero contarte algo —seguí—: me han ofrecido un trabajo en Madrid: dirigir unos informativos. Creo que lo mejor será que lo acepte, deje la revista y me afinke en allí una temporada. Es un nuevo reto y necesito cambiar de aires. Madrid tampoco está tan lejos y podemos seguir viéndonos casi como hasta ahora.

—¿La tele?... Julia...

—Sí, la tele. Una cadena nacional.

—Suen a huida en toda regla...

—Quizá, pero me parece la mejor solución ahora mismo.

Debatimos sobre si era una buena opción o no ya que, en realidad, me importaba muchísimo su opinión.

Llegamos a un consenso: de lunes a viernes puente aéreo a Madrid y volvería por el mismo medio el fin de semana a Barcelona, al menos de momento.

El lunes sin falta iba a presentar mi dimisión en la revista, con todo el dolor de mi corazón, pues el proyecto me entusiasmaba, pero necesitaba poner distancia.

Capítulo 29

Johan: mi vida en el infierno

Al cumplir los veinte mi idiotez se agudizó... Odiaba a mi padre especialmente. Fue un hombre rígido y nos dio asimismo una educación poco flexible. Pasé varios años en un internado, estudiando... Quería que fuera su relevo generacional para los negocios de la familia, pero yo no quería esa vida entre reuniones, agendas interminables y eventos a los que no quería acudir.

Otro mataría por ello, aunque yo sólo quería ser feliz, sin las presiones que él había sobrellevado a lo largo de su vida. No quería sufrir un infarto a los cuarenta, como él; no era mi deseo ser esclavo de un horario fijo, sentado en un bonito sillón de piel en mi despacho con vistas. No, no quería eso para mí.

Mientras más tensaban la cuerda mis padres, más tiraba yo hacia el lado contrario. Mirando atrás, ahora comprendo que era por mi bien, sin embargo, como hijo suyo que soy y conociéndome bien, debieron saber que esa técnica no funcionaría conmigo. Yo sólo necesitaba cariño y ser escuchado, no un fideicomiso que me arreglara la vida.

Pese a todo, estudié la carrera de Administración de Empresas como papá quería, en contra de todos mis deseos.

Justo al acabar la conocí a ella: Eve. Era pintora, una artista con mucha sensibilidad. Provenía de una buena familia, aunque desestructurada y con poco arraigo entre ellos. Ese desapego provocó que, con sólo veinte años, abandonara su hogar y se fuera a recorrer mundo.

Me fascinó su modo de vida: iba por las ferias de los pueblos cercanos vendiendo su arte. No le daba para hacerse rica, pero le permitía vivir con libertad y no bajo el yugo familiar. Me deslumbró. Decidí irme a vivir con ella al mes de conocernos.

¿Estaba enamorado de ella? Creí que sí durante mucho tiempo. Era en realidad una bonita amistad... Me gustaba físicamente, aunque yo, con poco más de veinte años no sabía qué era el amor. Me sentía atraído y estaba a

gusto con ella... y Eve me entendía.

Mis padres, qué decir, que se pusieron en contra desde el minuto uno... lo que provocó que yo me aferrara más en esa relación.

Nos casamos, por impulso, una fría mañana de invierno. Dos amigos como testigos y nadie de nuestras familias. Aún recuerdo a mi madre llorando cuando se lo comuniqué. Mi padre se enfadó tanto que amenazó con desheredarme por mi forma de hacer las cosas. Y es que ¡no se enteraba! Ese chico ya no era el Johan que ellos habían conocido, con el que habían convivido tantos años. Desde ese momento dejamos de hablarnos.

Con Eve quise descubrir el paraíso, pero lo cierto es que, al conocerla, se abrió también una puerta directa al infierno.

Había fumado marihuana ¡claro que sí! ¿Quién no lo ha hecho al menos una vez en la vida? Sin embargo, con ella y sus amigos los coqueteos con las drogas iban más allá: metanfetaminas, cocaína, heroína... No tardé en probarlas y de eso a engancharme fue todo muy rápido. Las drogas mitigaban mi dolor emocional y mi frustración.

En pocos años la espiral de locuras se hizo más intensa. Había días en los que incluso no sabía si tendríamos para comer, no obstante, no nos faltaban las sustancias que nos hacían ir deambulando por la vida en la cuerda floja. La metanfetamina que acostubrábamos a consumir todos los días se convirtió en mi Dios y nos llevó a la parte más oscura del averno.

Esa droga es un estimulante muy fuerte. Me sentía con más energía; no dormía durante largos períodos de tiempo, por lo general de varios días, y perdí el apetito, lo que me hizo bajar unos quince kilos. Estaba demacrado, muy delgado... Había dejado de ser el chaval deportista y apuesto para convertirme en un muerto viviente.

Consumíamos la droga una y otra vez. Podíamos inyectárnosla continuamente, entre pequeños intervalos de tiempo, hasta que se agotaran los suministros o hasta que estuviéramos demasiado incapacitados para continuar: no éramos dueños de nuestros actos.

Esa vida nos llevó a actuar sin pensar, participando en orgias con desconocidos, sin protección... y no éramos conscientes del peligro que corríamos.

Eve enfermó y en una analítica de control se confirmó que tenía los

anticuerpos del SIDA y ni con esas fuimos capaces de reaccionar. Me hice la prueba y no era portador, aunque poco me importaba.

Una mañana, a punto de cumplir veintisiete años, me senté en un parque y di de comer un poco de pan a unas palomas. Mi hermana Helena apareció de la nada y no me reconoció. Me miró como si le sonara de algo, pero no cayó en la cuenta de que ese enfermo, ese yonqui de mierda que vagabundeaba por el lugar, era Johan, su hermano pequeño. Yo no reaccioné a tiempo y no corrí hacia ella, que es lo que debí hacer, pero al llegar al apartamento y ver a Eve, la dejé.

Corrí a casa de mis padres y les pedí auxilio. Mi madre se desmayó al verme... Llevábamos muchísimo tiempo sin ningún tipo de contacto.

Les expliqué que había dejado a mi mujer y que necesitaba ayuda para salir de ese pozo, que cada vez era más profundo y en el que ya empezaba a ahogarme y a faltarme el aliento.

Me llevaron a un centro de desintoxicación en Suiza. Estuve cinco meses y salí limpio y con las ideas claras. Mis padres y mi hermana me apoyaron, estuvieron a mi lado en todo momento: no sé qué hubiera hecho sin ellos.

En la clínica, durante los primeros meses, no puedes tener contacto con nadie, sin excepciones. Es un programa duro, sin embargo, con sus cuidados y terapias, el hombre que cruzó la puerta al salir era otro.

Fui en busca de Eve para intentar que ella se rehabilitara también. No lo conseguí de primeras, sino que tuve que insistir durante meses. Finalmente lo hizo, tras un intento de suicidio que no culminó y que le hizo abrir los ojos. No obstante, las drogas le habían dejado secuelas irreversibles: los abusadores crónicos de esa sustancia demuestran síntomas que pueden incluir ansiedad, confusión, insomnio, trastornos emocionales y comportamiento violento, junto con características psicóticas, incluyendo la paranoia, alucinaciones auditivas y visuales y finalmente delirio. Todo ello la convirtió en un ser mucho más frágil y vulnerable en la sociedad del que yo me sentía responsable. No pensaba dejarla sola, pues no tenía a nadie.

Ya no vivíamos juntos, aun así, tras dejar ambos las drogas, nuestra amistad siguió adelante. La ayudé a montar su pequeño negocio de arte, en el centro de Ámsterdam donde, entre otras cosas, daba clases de pintura.

Me fui con una mochila a las espaldas a recorrer el mundo y hacer lo que

realmente quería: fotografías. Me hice un nombre en el mundillo y mi padre me fichó como colaborador. Conversamos mucho sobre lo que esperábamos el uno del otro y llegamos a un punto de entendimiento que se fue intensificando con el tiempo, comprendiéndonos y perdonándonos los errores que ambos habíamos cometido en el pasado.

Había cambiado por completo; ahora me veía capaz de cualquier cosa, de comerme el mundo. Además había recuperado la relación con mis progenitores, que volvían a confiar en mí después de todo.

Me instalé en Barcelona y conocí al verdadero amor de mi vida: Julia Martos, la chica que había conseguido tras muchos intentos fallidos que volviera a creer en el amor. No lo buscaba, es más, no me importaba acostarme con una diferente cada día, sin embargo, ella era distinta a todas. No podía dejarla escapar.

Con Eve nunca hablé de divorcio hasta que conocí a Julia y ahí se rompió por completo. No quería que acabara con ella de forma definitiva, pues pensó que me perdería para siempre y yo era su tabla de salvación, el que le hacía tener los pies en la tierra. Esa inseguridad acabó con ella, ¡pero se trataba sólo de un papel!

Cuando acudió a la inauguración no quise presentarle a mi novia... ¿por qué? No quería desestabilizarla aún más, todo era demasiado reciente. Quizá debí hacerlo, nunca sabré si hubiera sido mejor.

Al día siguiente me llamó... dijo que se trataba de un tema urgente pero no fue así, solo quería seducirme, en un intento vano de retenerme. La rechacé de malos modos, fui brusco, un capullo... todo por evitar dar alimento a sus ilusiones.

Me llamaron con urgencia del hotel, algo le había ocurrido y una ambulancia se la llevaba al hospital más cercano. Tras unas horas debatiéndose entre la vida y la muerte ésta última ganó la batalla.

Me hice cargo de su repatriación y de su sepelio. Sólo acudieron cinco personas aparte de mí: dos amigos, dos clientas y un vecino... Nadie de su familia hizo acto de presencia. Su hermano no respondió jamás a mis mensajes, confirmando así que hacía mucho que la habían repudiado. Comprendí entonces lo sola que la había dejado.

Me hundí... y la culpabilidad se apoderó de mí. No fui capaz de entender

qué llevó a Eve a quitarse la vida. Seguramente de no estar gravemente afectada su salud mental esto no hubiera ocurrido.

Pasé un par de días encerrado en mi apartamento de Ámsterdam, bebiendo hasta perder la noción del tiempo y eso no fue suficiente: una noche salí a buscar a mi amiga la metanfetamina y pasé tres días seguidos consumiendo.

Tan sólo crucé un par de mensajes con Julia y le dejé claro que yo no era buena compañía en esos momentos. Fui cruel de nuevo con alguien que me amaba.

Mi madre me conoce. Sabe muy bien lo vulnerables que somos las personas que en algún momento de la vida hemos sido adictos y vino en mi búsqueda, en cuánto supo que algo iba mal. Su instinto maternal no la engañó.

Me encontró ¡claro que sí! Y volvió a llevarme a Suiza, arrastrándome a la fuerza, pues yo no era consciente de mis actos y mi voluntad estaba anulada. En el centro las normas eran claras: incomunicación, rehabilitación y terapia psicológica. No sé cómo pude volver a abrazar a satanás, pero me asustó la facilidad con la que volví a hacerlo, a caer en su dominio...

Ahora he vuelto y no sé cómo enfrentarme a esta situación. Lo único que sé es que me he equivocado de nuevo y que mi vida es Julia Martos, aunque tras más de tres meses de silencio, lo normal es que no quiera volver a saber nada de mí. La he defraudado, estoy convencido.

Puedo llegar a entenderlo. Yo también me he decepcionado a mí mismo.

Capítulo 30

Madrid

Mark no quiso aceptar mi dimisión, sin embargo, la decisión ya estaba tomada: no quería seguir ligada a ellos, no quería sufrir. El simple hecho de cruzarme con Johan por los pasillos me ponía nerviosa hasta el extremo.

A primera hora de la mañana recogí mis cuatro cosas, dejé una nota de agradecimiento para María y me fui. No tuve el valor de decírselo a mi compañera a la cara pues pensé que intentaría retenerme. Salí corriendo una vez más: ya empezaba a ser mi especialidad.

Cambié el número de teléfono e informé de ello a mi entorno más cercano. Con el corazón roto y las ilusiones totalmente perdidas agarré la maleta y me fui a Madrid. Una amiga ya me había conseguido un apartamento cerca de Atocha para que pudiera instalarme y empezar de cero.

Lola, ya de ocho meses, estaba preocupada ya que quería que asistiera al parto: no le iba a fallar. Iba a coger el puente aéreo y me plantaría en el hospital antes de que naciera el niño.

Había pasado más de un mes desde que Johan regresó y yo, tonta de mí, no conseguía olvidar su aroma; ni sus manos; ni su torso; ni su manera de besar...

Mis amigas intentaron convencerme de que hablara con él pero yo, como buena tauro, soy cabezota y decidí que no teníamos nada de qué hablar. Sólo quería olvidarle.

Mi nuevo trabajo no estaba mal, aunque me sentía como pez fuera del agua. En la redacción contábamos con un buen equipo también y parecía haber muy buen rollo. Es cierto que yo me cerré en banda y me volví mucho más introvertida, con lo que mis relaciones sociales se vieron mermadas... Es que no tenía ganas ni siquiera de hablar de algo que no fuera trabajo.

Soy masoquista. Pese a que había borrado a Johan de mis redes sociales, entraba en su página web y observaba sus fotos... transmitían tanto... Una

colección nueva me sorprendió: había fotografiado tulipanes, ¿me estaría mandando un mensaje subliminal?

Lloré de nuevo. Miré por la ventana que daba al paseo de la Castellana y me sentí como pez fuera del agua ¿qué estaba haciendo allí? ¿Me amoldaría? No estaba segura de si lo iba a conseguir. La inseguridad se apoderó de mí por primera vez en la vida, pues yo era una mujer muy segura de mí misma y ahora flaqueaba y dudaba hasta de mi capacidad de raciocinio.

Lola me llamó.

—¿Qué tal, cariño? —preguntó—. ¿Cómo lo llevas?

—Estoy bien —mentí descaradamente.

—A mí no me engañas, nena.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Iker y yo hemos acordado que saldrá pronto... ¡ya no puedo más!
¡Tengo los pinreles como dos botas!

—Estás ya de baja, ¿no?

—Desde ayer, sí.

—Ya queda poquito para conocerle. Tengo muchas ganas.

—Tengo que contarte una cosa...

—Ahora viene cuando me asusto.

—¡Tú calla y escucha!

—Vale, dime.

—Anoche vi a Johan...

—¿Qué?

—¡Déjame acabar pedorra! —exclamó Lola—. Me dijo que necesita hablar contigo. Quiere explicarte lo que pasó.

—¿A ti no te contó nada?

—No. Dijo que sólo te pertenecía a ti y tiene razón. Creo que tenéis una conversación pendiente.

Lloré. ... ¡y es que me costaba tanto respirar sin él!

—No llores, cariño —siguió—. Vi a un hombre derrotado, Julia: no fuiste un capricho para él. Te ama de verdad.

—¿Le viste por casualidad?

—No, vino a mi encuentro. Dice que no puede contactar contigo por ningún medio, que sólo le queda viajar a Madrid y abordarte por la calle...

—¡Como se le ocurra!

—¡Tía! ¡Reacciona!

—Déjame pensarlo. Necesito tiempo para enfrentarme a esto.

—¿Sabes que te digo? Que debes arriesgar ¡coño! ¿Qué pierdes escuchándole? ¡Nada!

—No me eches la bronca, lo estoy pasando muy mal.

—¡Eres muy testaruda!

—Lo sé..., pero no sé cómo quitarme este dolor del alma y enfrentarme a lo que me tenga que contar.

—Yo sí lo sé. ¡Dale la oportunidad de explicarse! Nunca pensé que me pondría de otro lado que no fuera el tuyo... y ya ves.

Colgamos al rato y ya no pude volver a concentrarme en nada más en todo el día.

Volví a mi apartamento y junto a la puerta encontré un tulipán rojo. Era alargado, intenso, precioso. Era la época en que estas flores vivían su máximo esplendor y el ejemplar era de los más bonitos que había visto. No lo acompañaba ninguna nota, no hacía falta... sabía de quien era o al menos podía intuirlo. Miré a mi alrededor en un intento vano de verle... hasta me pareció reconocer su aroma, pero Johan no estaba ahí.

Entré, me puse una copa de vino y cogí su camiseta; todavía no me había deshecho de ella, no podía siquiera pensarlo. La abracé y lloré de nuevo, lo que me hizo reconsiderar mi postura.

Le envié un mensaje.

«Te escucharé»

Tardó pocos segundos en contestar.

«Dime dónde y no tardaré».

«En mi piso de Barcelona, el próximo viernes. Llegaré sobre las siete».

«Estaré puntual, necesito verte. Me ahogo sin ti»

No le contesté al último mensaje, sin embargo lo leí unas cuarenta veces.

Era miércoles. En dos días iba a volver a ver a mi tulipán ¿estaría preparada para lo que me tenía que contar? Lola tenía razón: debíamos hablar, aunque iba a resultar difícil que me convenciera del motivo por el cual en tres meses no había podido enviarme ni un solo mensaje.

Capítulo 31

Lola

—¿Diga? —Silvia contestó al primer tono.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joderrrrrrrrrrrrrrrrrrrr! —rugí—. ¡Me duele mucho!

—¿Estás de parto? ¡Si aún quedan tres semanas!

—¡Y a mí qué coño me dices! ¡Acabo de romper aguas!

—Te recojo ahora mismo y vamos a la clínica. Llamo inmediatamente a Julia para que coja el primer vuelo.

Era viernes, las tres de la madrugada. Un punzante dolor me despertó y fui al lavabo. Noté como un líquido caliente me bajaba por las piernas. Me asusté pues no había salido de cuentas y estaba sola en medio de la noche en una situación totalmente desconocida para mí.

Llegamos al hospital en tiempo récord y me recibió la comadrona.

—Lola, estás de parto.

«¡Qué lista la tía! Y yo que pensaba que eran cagaleras ¡no te jode!».

—Va para largo —siguió—. Sólo has dilatado dos centímetros.

—Y ¿qué significa eso?

—Que hasta dentro de un rato no hay epidural y el parto, hasta los diez centímetros de dilatación, nada.

—¡Me duele una barbaridad!

—¡Va mujer! Esto es un ratito y ya está. Dudo que el pequeñajo nazca antes de las cinco de la tarde. Podemos acelerarlo con oxitocina, aun así, si va todo bien y no hay sufrimiento fetal prefiero no usarla y que el proceso sea lo más natural posible.

Me aferré a la mano de Silvia con desespero.

—Me voy a visitar a otras pacientes y vendré a verte después, a ver cómo está la cosa —la comadrona se fue dejándome allí muerta de dolor.

—Nena, ¡tranquila! Eres primeriza —Silvia intentó consolarme—. Verás como en nada te ponen la epidural y tenemos al pequeño Iker por aquí dando por saco, como su mami.

—¿Ha confirmado Julia que viene?

—Ya está en el aeropuerto. Saldrá en el siguiente puente aéreo, no tardará, tranquila.

—¡Dios! ¡Qué dolor! ¡Quien me mandaría a mi abrirme de piernas!

—No seas dramática, hija... ¡estás de parto!

—No estoy preparada para ser madre, ¡voy a ser un desastre! ¡Si apenas sé cuidar de mí!

—¡Qué va! Lo que te pasa es que estás cagada de miedo.

—Si no sobrevivo a esto, cuidadlo.

—¿Ahora te entra paranoia? Y eso que aún no te han pinchado nada...

—Te lo juro ¡nunca más! ¡Me voy a volver lesbiana!

—Eres la reina del drama.

—¡Ay! ¡Otra contracción!

Estrujé la mano de Silvia hasta que ésta grito de dolor.

—¡Nena! ¡Me la vas a romper!

Respiré hondo e hice la respiración tipo vela tal como me habían enseñado en las clases de preparación al parto y, no funcionaba, no me relajaba ni un ápice.

—¿Cuándo vendrá la comadreja?

—¡La comadrona querrás decir!

—No ¡comadreja! No me ha puesto la epidural ¡La odio!

—Te la pondrán en cuanto eso sea posible, hija. Tranquilízate que el niño va a salir estresado.

—Cuéntame algo bonito ¡porfa!

—Vale... ayer hablé con Rubén. Hablamos mucho...

Por un momento dejé mi dolor de lado para centrar mi atención en lo que me estaba contando.

—¿Y?

—Hemos tomado una decisión: vamos a seguir juntos. Estamos enamorados... No me importa quién es biológicamente, me importa él. Punto final.

—¡Qué valiente eres! ¡Estoy orgullosa de ti!

—Además pronto se someterá a la cirugía de cambio de sexo con lo cual nada nos impide estar juntos plenamente. Yo le he conocido como hombre y así lo veo.

Me sentí feliz por ella. Había estado muchos días dándole vueltas al coco,

pensando en qué podía hacer y ha tomado la decisión correcta.

—Julia ya ha aterrizado. Viene directa hacia aquí—informó.

Eran las doce y la comadrona no había hecho acto de presencia. El dolor cada dos minutos me mataba, aunque no me quedaba otra que esperar.

Al final apareció, disculpándose por la tardanza.

—¡A ver cómo está el tema! —la partera me examinó y dio un brinco.

—¿Va todo bien? —preguntó Silvia.

—Sí. Hay que bajarla ya al paritorio, ¿va a tardar mucho el padre?

—¡Mira, por ahí entra! —bromeé al ver a Julia—. No hay tal padre: soy madre soltera.

—¡Uf casi no llego! —se lamentó Julia.

—Vamos a prepararlo todo para bajar. En cuatro empujones lo tienes aquí.

—¿Y la epidural? ¿Cuándo me la ponéis? —pregunté temiéndome lo peor.

—Has ido más rápida de lo previsto. El parto es inminente... no va a dar tiempo.

—¡NOOOOOO! —grité con todas mis fuerzas.

—Tranquila, si ya está aquí, lo peor ya lo has pasado —puntualizó la comadrona más comadreja que me había encontrado en la vida.

—¡Y una mierda! ¡Os voy a denunciar! ¡Soy abogado! —espeté mientras la enfermera, ignorándome, se alejaba para disponer todo mientras yo, por causa del dolor, había perdido la capacidad de comprensión.

—Lola, tía, ¡relájate! —intervino Silvia—. Lleva toda la mañana quejándose —dijo a Julia—. No he visto parturienta más quejosa...

—¡Sacádmelo ya! —grité.

Julia cogió mi mano y me miró a los ojos:

—Lo vas a hacer muy bien, campeona. Estamos aquí contigo, no nos vamos a separar.

A todo esto, ya eran más de las tres de la tarde cuando me bajaron al paritorio y, yo no veía el momento de expulsar a mi renacuajo para que cesara el dolor.

Y al final, tal y como me prometió la comadrona, en cuatro empujones, con tres kilos setecientos cuarenta gramos y cincuenta y dos centímetros, Iker se presentó en este mundo.

Capítulo 32

Iker y Johan

—¡Ya somos tías! —abracé a Silvia—. Lo ha hecho super bien. Ahora sacarán al peque y a ella la coserán y demás. Me han pedido que esperemos en la habitación. La subirán en un rato.

Esperamos tal y como nos dijeron. Eran las cinco y ni siquiera pensé en que apenas quedaban dos horas para encontrarme con Johan... No le había avisado de que podría llegar con retraso pues presumí que estaría a tiempo ya que, como habíamos acordado, Silvia se quedaría esa primera noche con Lola. Tardaron muy poco en subir al peque, al que oímos llorar en el nido. Nos extrañó que ella se demorara tanto pues ya hacía más de una hora y bajé a interesarme...

—Mi amiga acaba de parir y aún no la han subido —pregunté a la enfermera del área.

—Déjame mirar... Se debe estar recuperando de la anestesia —contestó.

—No creo, no le han puesto ningún tipo de sedación. Me estoy poniendo nerviosa... Me dijeron que era cuestión de pocos minutos que la llevaran a la habitación...

—Disculpa, ahora vendrá el médico a informar —dijo tras consultar el ordenador con un semblante serio muy preocupante que me descolocó.

No me sonó nada bien.

Salió el ginecólogo acompañado por la matrona.

—Eres la acompañante de Lola, ¿verdad?

—Sí, ¿qué pasa doctor?

—Cuando la estábamos suturando sufrió una hemorragia uterina. La hemos parado a tiempo, pero pasará la noche en observación. Ha perdido mucha sangre.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —me eché las manos a la cabeza.

—No es muy frecuente, honestamente. A veces es un desgarro, otra un hematoma... El caso es que la hemos podido detener. Le hemos hecho una

transfusión y creemos que se recuperará.

¿Creemos? Esa palabra rebotó en mi cerebro de lado a lado, causándome un doloroso latigazo.

Volví arriba y expliqué lo sucedido a Silvia. Ni me dejaron verla... Mi Lola iba a salir de ésta ¡claro que sí!

Iker estaba en el nido. Silvia de igual manera iba a pasar allí la noche y yo... yo no tenía humor para nada. Eran casi las ocho y media cuando llegué a casa.

Tenía el móvil desconectado y me olvidé de encenderlo. Esa era mi excusa, en este caso real. Cuando lo hice tenía un mensaje de Johan:

«Llevo un buen rato esperando. Me marchó. Ya me dirás si quieres verme o no».

Noté la tensión en esas pocas letras y supuse que pensó que yo quería vengarme o algo y no era así. Saqué fuerzas para ducharme y cambiarme de ropa.

Decidí ir a su ático y coger el toro por los cuernos. El tema de Lola me había revuelto las entrañas y quería aprovechar el tiempo y no perder ni un minuto más.

Llegué sobre las diez a su casa. No tardó en abrir la puerta. Sus ojos se iluminaron... Le di tres besos.

Para comenzar le expliqué todo lo que había sucedido con Lola para justificar mi plantón.

—Ostras... vaya —se lamentó—, pobre Lola. Ya verás cómo saldrá adelante. Tiene mucha energía positiva.

—Seguro que sí. No me puedo quedar mucho rato, a primera hora quiero estar en la clínica para relevar a Silvia.

—Tranquila, ¿te apetece tomar algo? ¿Un vino?

—Vale, si tienes tinto mejor.

Necesitaba esa copa más que el aire que respiraba.

Se sentó junto a mí, en la terraza, la misma en la que había cenado meses atrás.

—No sé ni por dónde empezar —soltó.

—Por el principio estaría bien...

Johan me explicó lo que había ocurrido... su depresión; su bajada de nuevo al infierno; su rehabilitación... De hecho, seguía en tratamiento psicológico, aunque no había tomado, desde el momento en que entró en el

programa, ninguna sustancia ilegal.

—¿Entiendes ahora por qué no me puse en contacto contigo?

Mis lágrimas corrían por las mejillas, estropeando el poco maquillaje que llevaba.

—Me siento una imbécil. No he estado a la altura.

—No es cierto. Reaccionaste así porque imaginaste otra cosa y era lógico, dadas las circunstancias. Es totalmente comprensible.

Suspiré.

—Tampoco quise que me vieras así el día que llegué. No sabía que estarías en la fiesta de mis padres.

—No comprendo por qué Mark no me contó nada... Me hubiera ahorrado mucho sufrimiento.

—Yo les dije que no lo hicieran, pues no sabía a ciencia cierta si sería capaz de ganar esta batalla por segunda vez. Mira Julia —respiró hondo—, dudo de mí mismo desde que volví a caer. No sé si soy capaz de volver a hacerlo. Seré un adicto toda mi vida...

—Podrás superarlo, fue un fuerte shock.

—Me doy miedo a mí mismo y no quiero arrastrarte a esto.

—¿Qué quieres hacer? —pregunté con curiosidad temiéndome lo peor.

—Seré sincero: aún no estoy recuperado al cien por cien y no sé cuándo lo estaré. Te quiero, Julia, esa es la única verdad. Tanto, que no deseo nada malo para ti y... yo ahora mismo no puedo aportar lo que te mereces. Sigo con el tratamiento y, no, no he vuelto a probar nada, sin embargo, me siento vulnerable. No confío en mí.

—Quiero ayudarte, Johan. Si estoy a tu lado será más sencillo. Sé que será duro, pero no me asusta. Yo te amo con todo mi corazón —me abrí por completo.

—No tienes ni idea de lo que es esto, cielo. Cuando tengo un día malo, soy lo peor y, créeme, ahora tengo bastantes de esos.

—Entonces ¿lo nuestro muere? ¿Sin más? ¿Tiras la toalla?

—Tenía la necesidad de explicarte lo que había pasado y no pensaras que era un cretino. Ahora ya lo sabes todo.

—Pues me siento mucho peor, sinceramente.

—Voy a dejar la redacción también. Por allí te echan de menos, deberías volver. Tú eres de papel, no de tele...

—¿Por qué te vas? ¿A dónde? No volvería, aunque también los añoro...

Todo me recuerda a ti y si no estás conmigo no puedo.

—Posiblemente a Alemania, tengo unos amigos allí. Lo único que tengo claro es que quiero irme lejos y ponerme bien. Volver a tener el control de mi vida.

—A eso se le llama huir. Te lo digo yo que soy una especialista. Mira Johan, me da igual si eres drogadicto, un asesino en serie o el monstruo de las galletas —seguí—, entérate, puedo con esto y más.

—Necesito pensar, Julia. Debo acabar la terapia y volver a sentirme fuerte. No quiero esa vida para ti.

—¿Y ya está? Una vez me preguntaste si te acompañaba en este viaje y te dije que sí y lo sigo pensando.

—Este viaje está lleno de curvas y precipicios... no es al que te invité. Es difícil estar con un adicto con tendencias autodestructivas.

—No eres el primero que pasa por eso y sale adelante. Sé que lo harás, eres más fuerte de lo que crees.

—Ojalá. Deseo hacerlo con todas mis fuerzas.

—¿Aquí se separan nuestros caminos?

—Me temo que sí —Johan tenía los ojos más tristes que había visto en mi vida—. Quiero que sepas que eres la mujer a la que he amado más en mi vida. No te olvidaré jamás, pero no podemos estar juntos.

—Johan...

—No digas nada más, por favor. No lo hagamos más difícil.

Me tomé la copa de un solo trago, nos despedimos con tres besos muy largos, nos abrazamos y crucé la puerta. Se rendía, no quería intentarlo.

Capítulo 33

Corazón carbonizado

Llegué a la clínica a primera hora de la mañana. Por suerte Lola estaba mejorando a pasos agigantados: nos había dado el susto de nuestras vidas y yo no estaba para más sobresaltos.

Iker era rubito, gordito y te daban ganas de comértelo a besos. Mi vida era como el yin y el yan: por un lado nacía Iker y por el otro Johan me abandonaba. Tenía el corazón no sólo roto en mil pedazos como un frágil cristal cuando lo lanzas contra el suelo... estaba carbonizado por completo.

Lola pasó una semana ingresada y luego se fue a casa, Silvia la ayudaba con el niño y yo hablaba con ambas a diario.

Volví a Madrid como un alma en pena, sin saber qué hacer con mi vida. Debía superar lo de Johan, pero ¡no quería! Yo le amaba y deseaba estar con él por encima de todas las cosas. Él me quería, me lo dijo, pero tenía miedo. Le entendía hasta cierto punto pues en realidad era un acto de cobardía no intentarlo siquiera...

María me confirmó que Johan había dejado su trabajo en Barcelona y se había mudado a Frankfurt. Según ella iba a ser algo temporal y, por lo que había contado Mark, solía hacer este tipo de cosas cuando se agobiaba. Comentó que mi puesto seguía vacante y que no encontraban a la persona idónea. Mark también me lo hizo saber: querían que volviera.

Mi trabajo en Madrid no era del todo malo. Sin embargo, como dijo Johan, yo soy de papel... No me gustaba la tele, además, la línea editorial estaba un poco manipulada y, aunque ocurre en casi todas partes, a mí no me gustaba un pelo. En la revista tenía la libertad que ansiaba.

No me amoldaba al trabajo, ni al cambio de casa, ni a estar sin él y, por supuesto, añoraba a Lola y Silvia.

Llamé a Mark y hablamos durante un buen rato.

—Queremos que vuelvas, ya lo sabes.

—Mark, no sé si es apropiado dadas las circunstancias.

—Mira Julia, yo te aprecio y aún más por lo que has hecho por mi hijo. Te valoro muchísimo como profesional y no queremos perderte. Te has tomado un tiempo y has meditado otras opciones... y eso está bien. Aquí siempre serás bienvenida, es más, te estamos esperando.

—Dame unos días para pensarlo.

—Por supuesto ¿hablamos la semana que viene?

Nos despedimos. En realidad, no tenía mucho en lo que pensar: mi aventura en la capital no había salido bien. Tomé una decisión en caliente que no maduré y ahora estaba pagando el pato. Quería volver a Barcelona e intentarlo de nuevo. Pedí a mi jefe que me diera una semana antes de volver a incorporarme para organizar mis cosas.

Me despedí de Madrid y lo primero que hice al llegar a la ciudad condal fue ir a ver a mi ahijado. Apenas tenía tres semanas y había cambiado muchísimo. Le achuché y lloré como una niña al tenerlo en mis brazos... ¡cómo me hubiera gustado tener uno con Johan! Pero eso ya era del todo imposible.

Había huido y yo también en su momento. No obstante, volví y retomé mi vida justo en el punto donde la había dejado, tan sólo me faltaba mi bello tulipán.

Lola estaba guapísima, apenas le quedaban secuelas del embarazo y no tenía siquiera barriga. Quise instalarme con ellos unos días y así vivir de cerca la experiencia con Iker y ayudar a Lola con los biberones y demás tareas. Como buena madrina traje muchos regalos de Madrid para él.

Salimos a pasear una tarde por el parque de la Ciutadella y Lola de repente palideció.

—¡Coño! ¡Ese que viene hacia nosotras es Daniel! ¡Corre!

—Es tarde. Nos ha visto, Lola...

Daniel se acercó con una sonrisa en la cara.

—Lola ¿Qué tal? Cuanto tiempo...

—Sí, bastante.

—Bueno, yo os dejo solos si eso —intervine.

—Ni de coña, ¡tú te quedas! —ordenó Lola.

—¿Y ese bebé? —preguntó—. No sabía que habías tenido un hijo. Hace bastante que no te veo por los juzgados ni por ninguna parte. No coges mis

llamadas...

—Ya ves... sorpresas te da la vida.

—Es muy pequeño. Qué tiene ¿un mes?

—Dos meses y medio. Nació prematuro —mintió con el ánimo de evitar que el propio Daniel echara sus cuentas, aunque no sirvió de nada ya que el niño pesaba ya casi cinco kilos.

—Lola, ¿es mío?

—Pero ¡qué dices! Perdona majo, que echáramos cuatro polvos no significa que tuvieras exclusividad conmigo.

Ciertamente el niño era clavado a Daniel. Hasta tenía su característico hoyuelo en la barbilla.

—Lola, has huido de mí y justamente de eso hace ocho meses... ¡Dime mal pensado!

—Bueno chicos —solté—. No creo que sea conversación para tratar en medio de un parque...

—¿Sabes Daniel? —ignoró mi sugerencia de inmediato—. Eres un capullo. Te tomaste fatal que te ganara en el juicio. Actuaste de forma sumamente infantil y en cuanto lo nuestro se puso intenso saliste corriendo... Después, de alguna forma, te vino la luz y quisiste volver a ponerte en contacto conmigo, supongo que buscando sexo.

—Qué equivocada estás...

Yo presenciaba atónita esa conversación que debía ser totalmente privada, pues había mucho de qué hablar, pero Lola agarró mi mano con fuerza y no me quedó más remedio que permanecer junto a ella mientras discutían acaloradamente.

—¿Estoy en un error? ¡Perdone letrado!

—Sí, fui un gilipollas, lo reconozco. Estuve unas semanas alejado ¡vale! Sin embargo, me di cuenta de una cosa: prefería tenerte entre mis sábanas que en un juzgado. Me enamoré de ti, aunque me costó reconocerlo, ¿es un delito, señorita?

¿Es que todos los abogados discuten igual? ¿Haciendo referencia a términos jurídicos?

—¿Puedo intervenir, señor juez? —pregunté con ironía—. Creo que debéis quedar y hablar con más tranquilidad.

—Con la venia ¡sí! —contestó al segundo Daniel.

—¡Protesto! —exclamó Lola.

—Parecís dos idiotas... ¡sois imbéciles! Acabo de perder al amor de mi vida y vosotros jugando a hacer el tonto ¡mirad! ¡Me tenéis harta! —seguí—. ¡Tú! ¡Daniel! Mañana a las 21 horas en casa de Lola: te invita a cenar. Yo me llevo a Iker a casa a dormir y así podéis hablar con tranquilidad y ¡ahora doy por terminado este juicio! —sentencié.

Nos fuimos y observé cómo a Lola se le escapaba una lágrima.

—No hace falta ser un lince para ver que estáis enamorados ¡tonta del culo!

Capítulo 34

Silvia y su gran noticia

Qué decir que la cena de Lola y Daniel arrojó mucha luz a esa relación y, por supuesto, abrió una gran puerta a la reconciliación. Le confesó la verdad: que Iker era hijo suyo y, el vino hizo el resto... Ambos se declararon totalmente colgados el uno del otro y lo suyo parecía «visto para sentencia».

Era pronto para decidir cosas más serias y acordaron ir poco a poco. Daniel participaría de la crianza del pequeño y ellos empezarían de cero como novios... y si la cosa fructificaba ya verían.

Otra amiga que por fin encontraba el amor era Silvia: nos reunió para confirmar que después de la inminente operación de Rubén se iba a vivir con él a Bilbao. No me sorprendió demasiado porque jamás la había visto tan enamorada, por eso la animé desde el principio a arriesgarse por esta relación. Bilbao está a menos de una hora de avión y podríamos vernos siempre que quisiéramos.

Tenía a todas mis amigas con pareja y sólo quedaba yo.

Soñé que Johan me llevaba al altar. Una boda en la playa, ambos vestidos de blanco en un lugar paradisíaco. Eran sólo fantasías que nunca se harían realidad pues mi tulipán se había mudado a Alemania para alejarse de mí.

Quise ponerme en contacto con él y utilicé una excusa muy tonta: informarle de que había encontrado, en un cajón perdido en la oficina, un portafolio suyo con fotos.

De vez en cuando le escribía y no siempre contestaba a mis mensajes, sin embargo, esa noche respondió enseguida.

«¿Qué tal por Frankfurt?»

«Hola, Julia. Aquí todo bien, ¿cómo te va a ti?»

«Me va, que no es poco dadas las circunstancias»

«Siento mucho todo lo que te dije»

«A mí sólo me importa que tú estés bien, tulipán»

«¿Quieres que hagamos una sesión de video? Así le ponemos cara a esta

conversación».

Accedí... Tenía tantas ganas de verle que, con que apareciera tras una cámara, me conformaba. Al menos podría verificar si estaba bien. Sonó la alerta de la llamada entrante en el ordenador y me faltó tiempo para aceptarla. Johan apareció ante mí y una enorme mariposa, que más bien parecía un dragón, revoloteó alegre por mi estómago. Estaba feliz de verle y lo necesitaba como el aire que respiraba.

—Te veo bien —dije.

—Tú en cambio haces cara de cansada, aunque estás guapa.

—Estoy agotada, es verdad —no puntalicé que mi agotamiento era debido a una causa emocional más que física.

—¿Quieres que lo dejemos para otro día?

—No, por favor. Es sólo que me cuesta dormir, pero estoy bien.

—Me dijo papá que has aceptado volver: has hecho bien.

—No me acostumbraba a Madrid ni al formato televisivo, la verdad. Añoraba mi despacho con vistas a la Diagonal —intenté bromear.

—Yo también añoro Barcelona.

—¿Vas a volver algún día?

—No lo sé. Espero que sí. Aunque aquí tengo algún que otro proyecto interesante.

—Johan...

Quise decirle que se me iba la vida sin él y que mi existencia no tenía ningún sentido si estaba lejos.

—Dime...

—Te veo mucho más recuperado, ¿acabaste el tratamiento?

—Estoy muchísimo mejor y con muchas ganas de hacer cosas, aunque todavía me faltan sesiones. Julia, como te decía antes, lamento todo lo que te dije la última vez que nos vimos y lo cruel que sonó. No pretendía hacerte daño.

—¿Por qué lo complicamos siempre todo? Johan, no me importa reconocer que te quiero y que lo daría todo por ti. Te sigo esperando, cariño —me lancé.

—Tú eres la mujer que más he amado —utilizó el verbo en pasado—. No obstante, tengo aún muchos temas por solucionar y me falta confianza en mí mismo.

—Me levanto por las mañanas y siento como día tras día me fallan las

fuerzas. No entiendo tu postura. Quisiera ayudarte y pasar lo que tengas que pasar junto a ti... de eso trata el amor: de estar en lo bueno y en lo malo, unidos.

Oí de fondo una puerta que se cerraba y una voz femenina que hablaba inglés y, aunque preguntaba algo, él no contestó de forma inmediata.

Se quedó mirándome y acarició la pantalla del ordenador, como tocándome...

—Tengo que dejarte, ha surgido algo. Te llamaré pronto —dijo a los pocos segundos.

Vi a través de la cámara a la chica que había estado oyendo. Iba con una camiseta larga y zapatillas. Los celos me invadieron y me retorcí de dolor... ¿Estaba mal para estar conmigo, pero no lo estaba para follarle a cualquier otra? ¿Estaba conviviendo con esa mujer? ¿Quién era?

No quería creerlo y seguramente había mil explicaciones para lo que acababa de ver. Aun así, me incliné por la que más daño me hacía. Pensar que Johan podía estar con otra me consumía y ardí de furia.

Esa inquietud me dejó aún más hundida de lo que ya estaba y con muy pocas ganas de seguir luchando por esta relación que parecía no tener futuro alguno.

Capítulo 35

La despedida

Desde esa noche en que hablé con él, ya unas semanas atrás, no volvimos a llamarnos. Quise darle el espacio necesario, el que a mí me sobraba ya que los vacíos emocionales ocupaban mi vida por entero.

Seguí trabajando duro. En la redacción todo iba de maravilla y Mark estaba muy contento con mi vuelta. Yo me refugié por completo en el trabajo, más de lo normal y de lo que era considerado sano, ya que intentaba tener mi cabeza ocupada el máximo de tiempo posible.

Helena, la hermana de Mark, finalmente se separó de su marido de forma definitiva y se instaló en Barcelona. Ocupó el despacho contiguo al mío y de vez en cuando salíamos a comer juntas y empezamos a cultivar una bonita amistad. Nunca hablábamos de Johan y ni siquiera sabía si ella era conocedora de lo que habíamos vivido juntos, aunque sospechaba que sí. La miraba y le veía a él. Compartían no sólo un acusado parecido físico, sino también un carácter similar.

Silvia se iba a Bilbao en dos días y junto a Lola le organizamos una fiesta de despedida para esa noche. Tenía clarísimo que iba a llorar como una magdalena ¡habíamos vivido tantas cosas juntas! Si digo que somos las tres como hermanas es quedarse muy corta y eso que somos totalmente diferentes de carácter, pero eso también pasa en las mejores familias.

Se iba, pero no tenía por qué ser un drama. Bilbao está cerca y los billetes de avión salen económicos; sin embargo, me enfrentaba de nuevo a una pérdida y no me sentía preparada. Egoístamente hubiera preferido que fuera él el que se trasladara a Barcelona, pero me sentí feliz por ella... Necesitaba a alguien que complementara su vida y esa persona era Rubén.

Salí de la oficina y fui a casa a cambiarme. Me costó un horror parecer presentable ya que últimamente iba hecha un desastre. Decidí que eso no podía seguir así y me obligué a mí misma a pedir cita en la peluquería y regalarme un cambio de imagen. Cuando me deprimó es de las pocas cosas

que me animan un poco.

Llegué sola a la fiesta que organizamos en bar al que solíamos ir desde el instituto... el mismo que era cómplice de nuestras innumerables pellas, testigo de nuestros primeros morreos, muchas lágrimas de desamor y también de alguna de las broncas que habíamos tenido.

Ella no sabía nada de la que estábamos liando. La citamos en otro lugar, donde la recogería Lola con una excusa y la traería por sorpresa encontrándonos a todos allí. El bar abrió en exclusiva para nosotros ya que éramos unos cuántos entre amigos, colegas de profesión y familiares.

Silvia llegó y nada más entrar por la puerta lloró. Era la llorona del trío; aunque, en los últimos meses, yo la superaba con creces.

—Venid aquí, cabronas ¡como os gusta verme llorar! —se acercó a nosotras y nos abrazamos.

—Te queremos, peque.

—¿Te acuerdas cuando nos separamos por primera vez? —me preguntó Silvia.

—Cómo olvidarlo —contesté—. Fue el primer verano que fuimos a campamentos distintos. Como no había móvil nos escribíamos cartas a diario...

—¡Es verdad! Fue el mismo verano que yo me fui a Irlanda a estudiar —soltó Lola.

—Es que tú eras muy pija para ir de acampada —Silvia intervino muriéndose de la risa—. Decías que no podías estar entre tanto bicho.

—Yo lo único que pretendía era conocer a un irlandés que me pusiera los ojos en blanco... de ahí mi idea de pasar de las acampadas en la montaña. Aún me acuerdo de Kevin...

—¿Kevin? ¿El mismo que te rompió el corazón? —la miré con curiosidad

—Sí —contestó melancólica—, fue mi primer amor serio.

—Ya me acuerdo de tus lagrimones —Silvia nos recordó las semanas que Lola nos hizo pasar tras volver de Dublín.

—¡Qué difícil todo! —se justificó—. Si hubiera ocurrido ahora no le hubiera dejado escapar...

—Erais unos críos —intervine—, apenas habías cumplido los dieciséis.

—Fue el primero, aún me acuerdo... Delicado, cariñoso... Quizá el hombre que con más ternura me ha tratado. Me pregunto que habrá sido de

él.

—Pues seguramente estará casado, con hijos, habrá cogido unos kilos y será más calvo. Mejor quédate con el recuerdo que guardas en tu memoria — Silvia dio la estocada final al tema Kevin.

—Sí, sólo me falta que te vayas tú a Irlanda —la miré con los ojos a punto de verter una lágrima que contuve respirando muy hondo.

Reímos como locas en la fiesta y cómo no, nos pegamos una buena panzada de llorar. En una pantalla gigante visualizamos decenas de fotos en las que Silvia era la auténtica protagonista. Todo el mundo intervino aportando instantáneas de cumpleaños, comuniones, campamentos de verano, graduaciones, fiestas, bodas y alguna que otra foto indiscreta cortesía de Lola... La verdad es que fue un bonito momento en el que hasta el más pintado no pudo retener la emoción.

Silvia dejó su apartamento amueblado, embaló sus cuatro cosas y se fue a otra ciudad a empezar una nueva vida.

Regresé a casa con un nudo en la garganta tras acompañarla al aeropuerto. Le deseaba la mayor felicidad del mundo que era justo lo que a mí me faltaba sin mi tulipán.

Rompí mi norma de no escribir a Johan y lo hice esa misma tarde:

«Creo que ya es hora de que hablemos de verdad. Esto no puede seguir así. Estoy desesperada».

Capítulo 36

Todo o nada

No contestó al mensaje que le había enviado días atrás y no quise insistir, bastaste me había rebajado ya, yendo detrás de él como un perrito. Empezaba a estar harta de la situación.

Volví pronto de trabajar, mucho antes de lo habitual. Tenía una acusada jaqueca y Mark me envió a casa.

Paca salió al rellano en cuanto notó mi presencia. Venía con un precioso ramo de tulipanes.

—¡Mira qué preciosidad! ¡Las trajeron esta mañana para ti! —exclamó con las flores en una mano y agitando la otra.

—¿De dónde han salido? —miré si iban acompañadas de una nota, pero no.

—No sé, cariño. Las trajo un chico con uniforme naranja.

—Un mensajero, supongo.

—Sí. No he tenido que pagar nada, pero le he dado tres eurillos de propina, era muy majo.

—Pasa, que te los pago ahora mismo, ¿quieres un café?

—No hace falta que me pagues nada, Julia. Una manzanilla mejor.

Coloqué las flores en un jarro transparente y las dejé en la mesa del comedor, junto a la ventana para que no les faltara luz.

—¡Qué bonitas son! —Paca las miraba maravillada—. ¿Son de aquel chico extranjero que venía antes? ¿Aquel tan alto?

Se me escapó una lágrima. Paca corrió hacia mí y me rodeó fuertemente con sus brazos, acarició mis cabellos y me besó en la frente, como hubiera hecho mi propia abuela.

—No lo sé con certeza, Paca. Creo que sí... no pueden ser de nadie más.

—¿Estáis enfadados?

—No es exactamente eso... es algo más complicado. Además ahora vive lejos.

—Pues si fuera mi Vicente, que en paz descanse, me iría tras él sin pensarlo.

—Me ha pedido tiempo. Yo le necesito, Paca —confesé.

No quise entrar en detalles privados, aun así le expliqué por encima por qué no estábamos juntos, aunque ni yo lo entendía. Omití comentar el detalle de que parecía convivir con otra mujer.

—Coge el teléfono y agradécele las flores —ordenó.

—¡No! Le enviaré un mensaje después, cuando esté más calmada, ¿y si resulta que no son de él?

—¿Y de quién van a ser, hija? No os entiendo a los jóvenes —siguió—. Tiráis la toalla a la primera... Vicente y yo, casi cincuenta años juntos y sólo pudo separarnos la muerte y ¡nos pasó de todo! Pero nada pudo con nosotros...

—Me encantaría pasar los próximos cincuenta años con él...

—¡Ve a donde quiera que esté! ¡No esperes a mañana!

—Ni siquiera sé si todavía está en Frankfurt.

—Pues hija, ¡indaga, que para eso eres periodista!

Paca se marchó al rato y me quedé dándole vueltas a la cabeza. Quería hacer algo por nosotros. Quizá quemar mi último cartucho y, si salía mal, enterrar ese muerto bien profundo para que no volvieran los espíritus a atormentarme, aunque para eso debía confirmar dónde se encontraba Johan.

Al día siguiente verifiqué que todavía se hallaba en Frankfurt, cogí el primer vuelo disponible y me planté en la ciudad con lo puesto y una muda sin saber exactamente a dónde ir, sin conocer su dirección exacta, aunque su hermana me dijo que era cerca de la plaza *Römerberg*, donde se encuentra el ayuntamiento. Reservé una habitación en esa misma zona, dejé mi equipaje y merodeé por el lugar con la esperanza de encontrármelo por sorpresa, aun a sabiendas que eso sólo ocurre en las películas malas, así que, sin éxito regresé tarde al hotel y le envié un mensaje:

«Estación central Frankfurt. Puerta principal. 20 horas».

Quedaba una hora para la cita y me fui para allá sin saber si aparecería. No quise ni mirar el teléfono por si respondía que no.

Me senté en uno de los bancos de la estación y esperé durante tres horas. No apareció. Ni llamó ni dio señal alguna. Me derrumbé, me di por vencida. Volví al hotel y me metí en el bar decidida a bebérmelo entero. Sonó mi

teléfono a la segunda copa. Era él.

—Julia ¿estás aquí? ¿En Frankfurt?

—Sí, llevo toda la tarde buscándote.

—Perdona... acabo de llegar a casa y he visto tu mensaje. Me olvidé el móvil... Lo siento muchísimo.

—Ya...

—¿Dónde estás? ¡Vengo ahora mismo!

—Es un poco tarde...

—No me importa, ¡quiero verte!

—¿Estás seguro?

—¡Sí!

—Hotel Miramar.

—Está aquí cerca. Vengo en cinco minutos.

—Te advierto que estoy un poco perjudicada...

—¡No te muevas!

Johan colgó el teléfono, sin esperar respuesta, y a los seis minutos exactos se plantó en el bar del hotel. Se quedó pasmado ante mí, mudo.

—¿No me das los tres besos de rigor? —pregunté.

Johan me saludó como suelen hacer los holandeses y me abrazó fuerte dejando mi cabeza a la altura de su pecho. Seguía oliendo igual de bien que siempre.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Es por trabajo?

—He venido a buscarte —solté sin un atisbo de duda—. No me pienso ir sin ti.

—Julia —cogió mi mano—, te echo tanto de menos...

—Si tú me amas y yo te amo... ¿Por qué no estamos juntos? Estoy harta de jugar al gato y al ratón. Me duele estar lejos de ti. Me estás matando poco a poco, es muy cruel...

—Me da mucho miedo fracasar contigo, esa es la verdad.

—¿Es por la rubia que vi el otro día durante la llamada? ¿Estás con ella?

—¿Con Janet?

—No sé cómo se llama. Lo único que sé es que estaba en tu casa ligera de ropa y en zapatillas.

—¿Estás celosa? ¿De Janet? —a Johan le entró la risa floja sin poderlo evitar—. Janet es una amiga, es la tía más lesbiana que conozco. Vino a pasar unos días conmigo. Vive en Londres, nos conocemos desde hace mil años...

Me sentí como una idiota.

—¿Entonces no hay nada entre vosotros?

—Sólo una bonita amistad. Tú eres más su tipo que yo, desde luego.

—Mira Johan, yo no puedo seguir así.

—Yo tampoco, la verdad.

—Me envías flores, bellos tulipanes rojos que significan amor eterno... y en cambio sigues aquí... me confundes.

—Te los enviaba porque quería que supieras que seguías en mi mente y en mi corazón. Yo sigo recuperándome y no te olvido, ni quiero hacerlo, pero no quiero hacerte sufrir.

—Te he dicho mil veces que te quiero y que estaré contigo en lo que sea...

—En tu familia odiáis a los drogadictos tras vuestra experiencia con tu primo, y eso me preocupa.

—Nadie tiene por qué saberlo. Para mí no eres un yonqui, sino una persona con sentimientos que ha pasado por una experiencia muy dura. Quiero pensar que, si estoy a tu lado, tú serás mucho más fuerte y no volverás a caer... Puedo darte la estabilidad que necesitas, ¡juntos podemos hacer lo que queramos! Tienes que enterrar tu pasado... ha muerto con Eve. Tú debes seguir adelante. Conmigo o sin mí, no obstante, debes continuar. Mereces ser feliz, ¡los dos lo merecemos!

—Me dejas sin palabras. Soy un egoísta, ¡he pensado tantas veces en ir a tu encuentro! Pero el miedo me domina...

—Lo dejaría todo por ti. Me da absolutamente igual el resto. Sólo quiero estar contigo, a ver si te enteras...

Me acerqué a sus labios y le besé. Quise tomar la iniciativa y arriesgarlo todo.

—Subamos a mi habitación —le invité a retomar lo nuestro dónde lo habíamos dejado, sin importarme las consecuencias. Deseaba tener a Johan pegado a mí y que no se marchara jamás.

Entramos y me apoyó tras la puerta... Besó mi cuello y sus manos fueron bajando hacia mis pechos. Yo gemía ¡le necesitaba tanto!

Me arrancó la camisa y yo hice lo mismo con la suya. Lamí su piel, le arañé la espalda... Ardía por dentro.

Hicimos el amor toda la noche. Necesitábamos recuperar el tiempo perdido.

Al despertar Johan se excusó y se marchó, pero quedamos para comer en su casa.

—Te espero a la una, cariño.

—Allí estaré, tulipán.

Se giró y me lanzó un beso que recogí en un gesto sumamente infantil.

Estaba feliz. Johan volvía a mí.

Capítulo 37

De nuevo en sus brazos

Lola me llamó a media mañana...

—¡Nena! ¡Que nos casamos!

—¿Qué? Pero si hace nada que habéis vuelto... ¿no es un poco precipitado?

—No sé qué decirte... La verdad es que hemos empezado la casa por el tejado: tenemos un bebé. ¡Fuera bromas! Lo hemos hablado, nos queremos y ya está.

—Cariño ¡felicidades!

—Será algo íntimo y espero que seas mi testigo.

—Si no me lo hubieras pedido, te mato.

—Estás muy animada hoy... ¿Qué hay de bueno?

—Estoy en Frankfurt, he pasado la noche con Johan.

—¡Nena! ¡Esa es una gran noticia!

Le expliqué lo que había hecho, el arranque que me dio y que me trajo a Alemania. Y es que no pensaba irme sin él.

—No sé qué va a pasar a partir de hoy, tenemos mucho de qué hablar. Sé que el siente lo mismo que yo, estoy convencida.

—¡Estáis hechos el uno para el otro! No, si al final acabaremos las tres emparejadas al mismo tiempo, ¡por primera vez en nuestras vidas!

Tras un rato de charla colgamos y fui a comprarme un vestido para ir mona a casa de Johan. Por primera vez en mucho tiempo tenía ganas de arreglarme y de estar atractiva.

A la una menos diez ya estaba allí y subí sin agotar esos minutos extra. Me abrió la puerta con el delantal puesto. Olía de maravilla.

—¡Qué guapa estás! Pasa y ponte cómoda.

Ese piso no tenía nada que ver con el de Barcelona, era mucho menos «él» y se notaba que no iba a ser su cuartel general por mucho tiempo.

—¿Quieres un vino?

—Claro, cariño.

—Esta mañana he estado haciendo algunas gestiones —comentó.

—¿Y han ido bien?

—Sí, todo genial. También tuve una larga charla con mi psicóloga. Me quedé a la espera de más información...

—Hemos hablado mucho de ti durante estas semanas.

—¿Y?

—Me ha dicho, con otras palabras, que sería muy tonto del culo si te dejara escapar...

—Te lo digo yo también —bromeé—, no hace falta que pagues cien euros por sesión —besé sus labios con dulzura.

—Yo estoy convencido de ello. He pasado mucho miedo estos meses, no era yo. Tenía pánico de arrastrarte a mi infierno particular, sin embargo, ahora me siento más fuerte. Si no hubieras venido ayer... me has abierto los ojos.

—Debí hacerlo hace tiempo. Necesitabas un empujoncito. Johan, lo único que sé es que te amo y quiero vivir los próximos cincuenta años contigo —me acordé de Paca y Vicente, su gran amor.

—¿Sólo cincuenta? Mi familia es muy longeva... Mi abuela vive, tiene noventa y dos años y aún conduce. Tiene para largo.

—Los que nos queden, cielo.

Tras comer pasamos la tarde juntos y, claro, dejé el hotel para pasar esa última jornada en Frankfurt en brazos del amor de mi vida.

Me llevó por los lugares más emblemáticos de la ciudad, como la *Casa de Goethe* o el *Jardín de las Palmeras*. No dudamos en subir al tranvía *Ebbelwei Express*, una divertida y original manera de explorar la ciudad y que te permite recorrer los puntos más interesantes mientras degustas una copa de sidra acompañada de *pretzels* y música.

Era la última noche antes de volver y cenamos en un maravilloso restaurante romántico en el centro. No quería marcharme... La separación me aterraba por si se lo pensaba mejor estando a solas.

Dormimos poco... nos bebíamos el alma, comíamos de nuestro deseo, sin embargo, la realidad era que en pocas horas debía tomar un vuelo de regreso.

—Hice más cosas ayer —me dio un sobre acolchado mientras tomábamos

un último café en el aeropuerto—. No lo abras hasta que estés en casa.

—¡Qué misterio!

—¡Prométemelo! De eso depende mi vuelta a Barcelona y mi vida contigo... o todo o nada. No te puedo decir más.

La despedida fue dura. Tras pasar el control policial estuve tentada de abrirlo, pero mantuve mi promesa de no hacerlo hasta que estuviera de regreso.

Estaba muy intrigada y ya estaba deseando llegar a casa para ver qué contenía... de ello dependía que de nuevo se instalara en la ciudad condal. No necesité más información para decidir que me daba exactamente igual lo que contuviera: iba a hacer lo posible para que eso ocurriera y todo lo que él me propusiera, sin dudarlo un segundo.

Intenté descansar durmiendo poco durante el vuelo ya que habían sido unos días intensos. Tenía el cuerpo baldado, aunque no me importaba: estaba con mi tulipán y regresaba a Barcelona con el corazón lleno de esperanza.

Capítulo 38

Donde quiera que tú me lleves...

Llegué a casa, dejé la maleta sin deshacer en un rincón de mi habitación y me senté en el sofá con el sobre que me dio Johan entre las manos. Lo abrí.

Había dos cajas con sendos números. Curioseé la que llevaba el nº 1: Encontré un anillo precioso acompañado de una nota.

«No tienes miedo, lo demostraste viniendo a buscarme a Frankfurt... Yo sí lo tengo, pero sé que sólo contigo puedo superar todos los retos que me planteo esta vida, tanto los buenos como los malos. Mi único deseo es tenerte a mi lado para siempre y no defraudarte. Creo que ha llegado la hora de arriesgar. No me digas hoy que sí... Te espero el día D a la hora H. Si quieres seguir con esta aventura mira en la cajita nº 2. Te amo, Julia Martos».

Me quedé estupefacta. El anillo encajó a la perfección en mi dedo corazón, como el zapato de cristal en el pie de cenicienta. No tardé en abrir el segundo paquete con lágrimas en mis ojos:

«Si has llegado hasta aquí es porque me amas tanto como yo a ti... y no pienso decepcionarte. Usa estos billetes... allí te espero en dos días».

Conmovida, observé que los billetes de avión tenían como destino Bali. Debía partir al día siguiente, tal y como rezaba la fecha del vuelo que tenía en mi poder. No sabía muy bien a lo que me enfrentaba, aunque tenía clarísimo que iba a preparar mi maleta con lo necesario y me iba disparada para allá. Cualquier cosa por estar con él.

Estaba tan emocionada que pasé por casa de Lola, quería verlos antes de marchar y estar con ellos un rato.

Iker dormía. Era un bebé muy bueno... Parecía mentira que llevara los genes de Lola. Me encantaba verle dormir con esa carita tan linda.

—¡Jolín nena! —abracé a mi amiga—. Qué guapo es mi bebé... ¡es tan

perfecto!

—Estamos locos con él. Daniel está entusiasmado con el niño.

—Es que son clavados... No sé cómo pretendías ocultárselo, si son dos gotas de agua.

—Siento que estos meses hemos sido los dos unos completos idiotas. Míranos ahora... ¡vamos a casarnos!

—Ya te lo dije un día... No hace falta gafas para ver que estáis enamorados. ¡Vivid el momento!

—¿Cómo acabó la aventura en Frankfurt?

—Con una promesa...

—¿Cómo?

—Mañana me voy a Bali. Me ha dicho que de eso depende su vuelta a Barcelona. También me ha dado este anillo —se lo mostré.

—Nena ¡eso es un anillo de compromiso!

—¿Tú crees?... Lo único que sé es que mañana me voy a Indonesia.

Estuvimos poco rato juntas pues Lola, después del nacimiento del niño, a ciertas horas ya se caía de sueño y, aunque yo estaba plena de energía, supe que era el momento de marchar e intentar descansar un rato antes de partir.

Esa mañana salí flechada hacia el aeropuerto, sin apenas haber pegado ojo. Hice escala en Singapur, donde tuve que estar seis horas a la espera de mi siguiente vuelo. Estaba intrigadísima y sobretodo quería verle... Estaba dispuesta a morir por él si era necesario.

Aterricé en Bali y en la zona de llegadas me esperaba un chófer que llevaba mi nombre escrito en un cartel.

Me fui directa hacia él, sin saber a dónde me iba a llevar. Estaba agotada. En el coche me sirvió una coca cola que me espabiló un poco. No pregunté nada, ni siquiera a dónde íbamos.

Llegamos a un hotel de *Seminyak*, el mismo en el que habíamos estado hospedados la última vez. Eran las once de la mañana y el sol brillaba con fuerza.

De la recepción, aún no sé cómo, pasé a una villa, en donde unas chicas que no hablaban apenas inglés, me cogieron de la mano y me arrastraron hacia una habitación.

Me pusieron un vestido largo, blanco, sedoso, corte griego... ¡precioso! Me recogieron el cabello en tiempo record y me maquillaron discretamente...

Yo seguía sin preguntar, muda, sorprendida y en una nube que temía se desvaneciera.

Pusieron un ramo de *Frangipani* maravillosos entre mis manos, la flor típica de la isla, muy parecida al *Tiaré* de Polinesia... y yo me dejaba llevar ensimismada.

Una vez preparada me acompañaron, entre tímidas risas, al jardín de la villa, donde una preciosa música local me llevó hacia el momento más mágico de mi vida.

Anduve a solas una corta distancia a través de la frondosa vegetación que no dejaba ver el horizonte de mi destino. Una vez cruzados esos metros pude vislumbrar lo que me esperaba allí.

Vi a Lola con lágrimas en los ojos, acompañada de Daniel; también pude ver a Silvia de la mano de Rubén y, a lo lejos, a pie del altar, estaba mi tulipán... Iba vestido de blanco, como en mi sueño.

—Has venido...

—Iría al fin del mundo por ti...

—¿Nos casamos?

—Por supuesto, cariño.

Si bien es cierto que la ceremonia en Bali no es oficial en España, a nosotros nos valía. El sueño de mi tulipán era que, si se enamoraba de nuevo, así sería la boda... ¿Y qué mejor sitio que en el lugar donde dimos rienda suelta a nuestro amor?

Johan me cogió suavemente por la barbilla clavando su mirada en la mía. Suspiró.

—Te amo tanto, Julia.

—Te quiero mi amor...

Saboreé sus labios de nuevo, en cuanto nos dieron el permiso para hacerlo, entre los aplausos de los asistentes. Supe que esta vez no nos equivocábamos y que nuestro amor sería para siempre.

FIN

Sarah Wall



Sarah Wall es el seudónimo que uso para escribir. Nací un frío día de febrero de 1972 en Barcelona.

Sobre mí, os contaría que esta aventura empezó como una terapia de choque para liberar el estrés y luego siguió como una maravillosa afición. Me encanta viajar, lo cual se refleja en mi primer libro «Te necesito esta noche» en donde recreo situaciones inspiradas en mis viajes: Marrakech, Paris o Londres son algunos de los destinos que aparecen en él. En la segunda novela «Próximo destino: TÚ» la historia transcurre entre Barcelona y Nueva York, ambos del género romántico.

El tercero «La niña del sombrero de Paja -la historia de Moon-» fue todo un reto para mí. Un libro cuyos beneficios son íntegramente para la ONG Camboya Sonríe. Un drama social que todo el mundo debería conocer.

Entre mis hobbies se encuentra la cocina y hacerlo para mis amigos, estar con mi marido y mi hija adolescente, que es un amor; el cine, la música

Esperamos que haya disfrutado con la lectura
www.edicionesjavisa23.com